



RELATOS de

PAREDONES

y de un lugar cualquiera

EDER BARAJAS

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

RELATOS de **PAREDONES** y de un lugar cualquiera

Eder Barajas



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de la Costa

Fotografía de portada: Camino a Paredones
Fotógrafo: Sergio Daniel Flores Macías

Primera edición 2016

D.R. © 2016, Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de la Costa
Av. Universidad #203, delegación Ixtapa,
48280, Puerto Vallarta, Jalisco, México.

ISBN: ISBN: 978-607-742-573-1

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

CONTENIDO

Prólogo	7
<i>Olimpia Chong Carrillo</i>	

PARTE I. PAREDONES

Viernes Santo.	11
El soldado	13
La huerta de pepinos	17
¿A poco ya no te acuerdas?	22
La cuadrilla	26
El tocadiscos de Valerio	28
Marcos	32
El Sesteo	39
La gallina con pollitos	45
Domingo de futbol	49
Las tierras de “El Marro”	52
El loco del machete.	57

PARTE II. UN LUGAR CUALQUIERA

Anita	65
Desaparecido	72
El color del cielo.	80
Otoño	83
Un día	85

Esperanza	89
Vacaciones.	99
Consulta en familia	104
Cabrito	107
San Andrés Milpillás	111
Del otro lado del abismo	126
La chica de cabellos rojos.	131
Acerca del autor	135

PRÓLOGO

Y comienza la descarga de disparos: 25 cuentos que bajo la dimensión personal de un autor novel, inmerso en la era de la literatura digital, de las redes sociales y del diálogo colectivo de una generación que recurre a los mensajes de texto breves, sin una sintaxis que traduzca la profundidad del pensamiento, armados con herramientas precarias de un lenguaje entrecortado y vacuo, vienen a establecer una columna más que sirve de soporte a la cuentística contemporánea mexicana.

Sumido en un contexto de recepción desalentador, en que hojear un libro puede considerarse un acto heroico y retador que compite contra el deslizamiento táctil no de folios sino de pantallas coloreadas, sonoras y frías, Eder acata su papel de guerrero y desenfunda la espada del texto álgido, propositivo, descubierto e impreso.

Estos relatos, que como salidos de un tubo de ensayo en algún laboratorio de genética literaria, constituyen un ente híbrido, mezclado e incalificable, que fusiona elementos del cuento con la crónica, el testimonio y la poesía urbana, dibujando un vitral por el que se reflejan el humor, la ironía, la frustración, el desamor y el olvido, se levantan como el disparo de gracia contra el impersonal y ajeno muro del paredón mental que se agiganta en una sociedad que reclama el rescate urgente del intelecto aniquilado.

El autor de estos digeribles, disfrutables y seductores cuentos, juega con un lenguaje colmado de códigos lingüísticos que establecen un puente comunicativo con los lectores potenciales de esta ópera prima.

La verosimilitud de las historias, desnuda al lector de prejuicios y lo expone al enfrentamiento con sus preocupaciones irresolutas. Los personajes, sumergidos en el contexto urbano, ese que colinda entre la marginalidad y la oniria, símbolos de la contracultura, se colman de una atmósfera psicológica tan bien trabajada, que la

verosimilitud de sus acciones y caracterizaciones, los convierte en protagonistas que trascienden las páginas del libro para introducirse, sin pedir permiso, en ese lugar cualquiera en que decidamos abrir, sin rodeos, este magnífico universo narrado.

Olimpia Chong Carrillo

PARTE I
PAREDONES

VIERNES SANTO

La tarde amenaza con alejarse en los campos verdes y amarillentos de las plantaciones de tabaco de la Costa de Oro Nayarita, y nosotros ya estamos terminando de ensartar las dos agujas que faltan para completar la última sarta de tabaco del día, porque mañana no vamos a venir a trabajar. Mañana es Viernes Santo y vamos a pasar el día a la presa que está por allá, por el rumbo del Cerro de La Piedrera, casi llegando al pueblo de Ojos de Agua. Cada año vamos junto con la gente del pueblo y casi todos mis amigos van con su familia; ahí acampamos bajo los árboles de huanacaxtle y nos bañamos en la orilla. Los más grandes hacen competencias para cruzar la presa nadando, pero los más chicos no lo hacemos porque está hondo y no sabemos nadar. Los grandes también suben a la cima de los cerros que la rodean, y abajo, entre los árboles, las señoras preparan el lugar donde va a comer cada familia. Sacan los tacos de frijoles para calentarlos en las brasas, los sándwiches o la ensalada de atún enlatado; son muy pocos los que pueden llevar pescado o camarones; también sacan refrescos y agua en galones, y bajo esos árboles después del mediodía a veces hay baile. A mí me gusta ir a la presa, pero preferiría ir al mar, me gustaría mucho conocerlo.

Mi hermano mayor y yo este año queríamos ir a la playa El Sesteo, pero papá no tuvo mucho dinero. Mi hermano fue cuando era más chico y dice que el mar tiene algo mágico, que la arena está suavecita, que cuando caminas se te mete entre los dedos y sientes que te acaricia los pies, y que el agua llega muy lejos, hasta el fin del mundo, hasta donde se mete el sol. Dice que te puedes quedar mirándolo todo el día y no te enfadas, que las olas forman muchas figuras con la espuma y la arena que brotan cuando se revientan. Yo me emociono cuando me cuenta y no pierdo la esperanza de que mi papá algún día me lleve.

Cuando mi hermano me cuenta y mi papá me ve así de emocionado, a veces se acomoda el sombrero y deja de ensartar las hojas de tabaco en la aguja, finge que está acomodando la pila de sartas que ha hecho y se voltea para otro lado o se agacha. Después, como que agarra fuerzas y me dice que nomás que junte dinero me va a llevar para meternos hasta lo más lejano, hasta donde el agua forma las olas, y que me va a comprar un papalote de los que venden ahí para volarlo alto, que casi llegue hasta el cielo. Yo me lo imagino todo y no puedo aguantarme las ganas de reír de gusto, la sonrisa ya no se me borra en todo el día. Y yo sé que algún día sí me va a llevar, porque los papás nunca dicen mentiras.

—Ándale, hijo, ya recoge las agujas y la bolsa del lonche. Súbete a la parrilla de la bicicleta. Vámonos para llegar a la tienda por unos atunes para llevárnoslos mañana a la presa. ¿Tu mamá te dio la libreta para que doña Herminia te los anote en la cuenta?

Y nos vamos en la bicicleta por los caminos llenos de polvo, por los callejones de las parcelas de tabaco y el bordo del canal.

El sol se empieza a perder, pareciera que ya está tocando los tabacales del lado de las tierras de Las Higueras, que se van quedando cada vez más atrás, como si el astro rey empezara a esconderse entre los surcos. Desde el bordo del canal se ven las galeras llenas de sartas de hojas de tabaco colgadas secándose bajo los rayos rojizos del sol. Volteas para un lado y ves tabacales, luego volteas para el otro y encuentras el mismo color verde y amarillo de las plantas.

Sentado en la parrilla de la bicicleta, corto algunos guamúchiles al pasar entre los árboles que abundan a los lados del camino y me los voy comiendo en silencio. Papá también va pensativo. Yo sigo soñando despierto con el mar mientras lo abrazo por la cintura y él va apurándose a pedalear para no llegar de noche a la tienda.

En mi abrazo lo aprieto fuerte y le digo despacito que lo quiero mucho, como todas las estrellas del cielo; él sigue preocupado por alcanzar abierta la tienda y solo voltea con una sonrisa para disimular su preocupación, luego sigue pedaleando por el camino lleno de polvo que nos lleva hasta el rancho. Porque mañana es Viernes Santo y, como hace cada año, se esfuerza para poder llevarnos a la presa a mis hermanos y a mí, pero yo sé que algún día me va a llevar al mar, yo sé que él nunca me dice mentiras.

EL SOLDADO

Me siento un poco cansado, son las tres de la mañana y vengo saliendo de este pueblito llamado Paredones, manejando un taxi que, para mi mala suerte, siento que no funciona correctamente; al parecer el carburador está fallando, porque siento que el coche se jalonea; en ratos como que se quiere apagar, y tengo que pisar un poco más el acelerador. Me estoy arrepintiéndome de haber traído desde Santiago Ixcuintla a ese borracho a estas horas de la madrugada y con este cielo nublado. Acabo de pasar la escuela secundaria a la salida del pueblito, las últimas luces se van quedando atrás y lo nublado hace que la carretera se sienta cada vez más oscura. Ya no se escuchan los ladridos de los perros que se me echaban encima al paso del coche; el último hace unos segundos que ha guardado silencio.

La oscuridad, las nubes en el cielo, el canto de los grillos y la repentina ola de aire fresco cargado de humedad que me dio de lleno en la cara, así como las lomas, árboles, arbustos y demás vegetación cerrada que abundan en los dos lados del camino, me hacen sentir cierta incomodidad.

Subí los cristales. Me urge llegar a Santiago.

Bajando la pendiente que se cierra con una curva en forma de “S” que está pasando la caja del agua —así llamó el borracho a este lugar cuando íbamos llegando, al parecer es un tinaco del sistema de agua potable—, encendí la radio. No sé si es por lo nublado, pero no se pudo sintonizar ninguna estación, solo se escucha un zumbido molesto, así que preferí apagarlo. Acababa de accionar el botón cuando el inconfundible canto del pájaro muertero hizo que se me erizara la piel; sentí un escalofrío en la nuca y en la espalda que se me fue extendiendo hasta los brazos. El aire de vez en cuando estremecía la vegetación a los lados del camino. Un relámpago seguido de un trueno me hizo sobresaltar, apreté fuerte el volante y aceleré

un poco. La luz del relámpago me dejó encandilado por un momento y más ansioso por llegar a Santiago.

Nunca he sido cobarde, pero debo admitir que se siente cierto miedo en el ambiente, tal vez sean mis nervios. Los grillos siguen cantando a pesar del clima que anuncia la llegada de la lluvia, cada vez los escucho más fuerte, no sé si eso sea normal. Empiezo a tomar la subida de la última loma —El Jagüey o El Desagüe creo que le llaman a ese lugar— y, un poco descontrolado, piso un poco más el acelerador. El sonido de otro trueno hizo cimbrar la tierra y la luz intensa de un segundo relámpago me volvió a cegar debido a lo denso de la oscuridad. De repente se apagaron las luces del coche. Los escalofríos otra vez empezaban a recorrerme el cuerpo. No habían pasado más de tres segundos cuando se volvieron a encender los faros, la oscuridad se sintió como un abrir y cerrar de ojos, como si hubiera sido un parpadeo lento.

La visibilidad estaba llegando a mis ojos y lo aturrido iba pasando cuando de la nada apareció en mi carril ese tipo vestido con ropas de militar, con dificultad para caminar y apoyándose en lo que, en una primera impresión, yo creí que era un bastón o algo así. Fue una visión muy rápida, lo vi a unos siete metros de la defensa del coche que seguía yendo a alta velocidad. Volví a apretar firmemente el volante y lo giré con fuerza para esquivarlo mientras pisaba el freno hasta el fondo. Justo en ese instante, en cuanto reaccioné y presioné el pedal, otra vez se apagaron las luces, tal como si con el pie hubiera accionado un interruptor junto con el freno, y con él las hubiera apagado.

Dejé escapar un grito que sonó como un quejido perdiéndose entre el sonido de las llantas resbalando en el pavimento mientras el coche derrapaba en medio de la oscuridad. En la poca visibilidad que tuve en ese pequeño instante pude darme cuenta de que él no se inmutó, o tal vez ni siquiera se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Con miles de trabajos logré controlar el carro, por poco me salgo de la carretera debido al volantazo, mientras los miedos se iban acumulando haciéndome sentir más sobresaltado, con sequedad y un sabor amargo en la boca, tembloroso y el corazón retumbándose en el pecho.

El taxi se detuvo metros adelante y de repente se encendieron las luces altas. El motor funcionaba con dificultad, cascabeleando y

haciendo ruidos extraños. Sentado y aferrado al volante con las dos manos, yo cerraba y abría los ojos intentando enfocar la carretera mientras me acostumbraba al resplandor de la luz y esperaba que mi pulso volviera un poco a la normalidad. A pesar del ruido del coche, aún podía escuchar los grillos y el pájaro muertero a lo lejos. Es raro, pero no sentí ningún impacto, no sentí haberlo atropellado. Dejé encendido el carro, me bajé todavía sobresaltado y con más miedo y preocupación que antes. Sentía que el corazón luchaba por saltar entre los botones de la camisa.

—¡Amigo, ¿está bien?! ¡Amigo! —le grité dos o tres veces, pero nadie me respondía. A paso rápido fui revisando las marcas que dejaron las llantas en la carretera hasta que llegué al lugar donde empecé a frenar. Me imaginaba lo peor, al tipo herido tirado en la carretera bañado en sangre o con algunos huesos rotos. Llegué a pensar que lo había matado. Sin embargo, no había nada en ese lugar. Juro que lo vi frente a la defensa y estoy seguro de que debí de haberlo golpeado, pero no había nadie.

El canto de los grillos me taladraba la cabeza y la llenaba de un zumbido que me aturdí mientras buscaba a algunos metros a la redonda con dificultad por lo oscuro de la madrugada que se intensificaba con lo nublado del cielo. Busqué con desesperación en ambos lados de la carretera, pero no encontré a nadie. Los vellos del cuerpo se me erizaron en ráfagas que subían y bajaban por la espalda, pues yo estaba seguro de haberlo visto. Regresé corriendo al taxi y me acomodé en el asiento; sentía que los grillos cantaban más fuerte y que el corazón me latía con mayor intensidad; lo sentía palpitar hasta en las sienes, y con cada golpe en la cabeza sentía una sensación de dolor y ganas de vomitar. El miedo y la confusión me paralizaron por un instante, pero enseguida reaccioné; con desesperación aceleré, y durante todo el camino evité voltear hacia atrás, con miedo de mirar a través de los espejos retrovisores y encontrar su silueta en la carretera o verlo sentado en el asiento trasero.

No supe en cuánto tiempo recorrí los seis kilómetros que me separaban de Santiago Ixcuintla, pero las primeras luces de las lámparas de los postes iluminando las calles me tranquilizaron un poco y pude darme cuenta de que aquí no está nublado ni hay relámpagos, y el canto de los grillos cambió por el sonido de la sirena de una ambulancia que pasó por la avenida. Aun así, aquí me tienes, todavía

tembloroso por haber visto el ánima del soldado que dicen que se aparece en el camino de las lomas de Paredones. Yo lo vi caminando apoyado en su fusil, con paso cansado o como si estuviera herido, o la verdad ya ni sé. Lo que sí sé es que lo vi caminando un poco agachado con una gorra de guacho y la oscuridad cubriéndole el rostro. Nunca me volteó a ver ni aunque estaba a punto de arrollarlo.

—Hay muertos que no saben que ya fallecieron —dijo con un tono grave la única persona que quedaba a esa hora a un lado de la barra.

—Sírreme una caguama —le dijo el taxista al barman de la cantina La Cueva del Lobo, mientras respiraba hondo y tembloroso, y con la vista perdida recorría las mesas de madera del local semivacío.

LA HUERTA DE PEPINOS

Tenemos rato espiondo a Moisés Preciado, mientras él riega su pequeña huerta de pepinos que está en las parcelas conocidas como Las Casas. Así les dicen porque en ese lugar había unas casonas antiguas que hace tiempo fueron destruidas.

Un canal forma una curva y rodea las parcelas por el norte, por donde están el cerro de Coamiles y el cerro de Peñas; también lo hace por el oriente, donde está el cerro de La Piedrera; mientras que por el lado opuesto, por donde se mete el sol, existe un bordo de tierra ancho y alto con una vereda bajo los árboles de pimientillo y guásima que lo cubren. En los dos lados de esa vereda hay arbustos de coatantes y unos zacatales de parán. En los árboles del bordo se posan diferentes tipos de pájaros; hay garzas, mirlos, chicurras y zanates; también hay güilotas y cocochas, que son las que a mis amigos y a mí nos gusta cazar con nuestras resortereras, porque esas tienen buen sabor cuando las asamos en las brasas.

Del otro lado de ese bordo están las tierras de un señor que hace muchos años que murió y al que todos le dicen “Borrego”. Es un predio de algunas hectáreas que, según me ha dicho mi papá, antes era una hacienda que tenía cientos de hectáreas de tierra. Ahí está una casa grande y antigua con muros de adobe, techos de teja y puertas y ventanas de dos hojas hechas de una madera gruesa y tosca. Ahí sigue de pie, abandonada, resistiendo el paso del tiempo, escondiendo antiguos pasajes de su propia historia y resguardando el eco de sus secretos.

A un lado de la casa hay viejos bebederos para el ganado, una pila para el agua casi destruida y junto a ella un pozo de tiro. Yo creo que también debió de haber lavaderos. Siempre he tenido la curiosidad de saber qué pasó ahí, cómo habrá sido la vida en ese lugar y por qué lo habrán abandonado. Veo la construcción y me

la imagino en otros tiempos, llena de vida con gente vestida con su antigua ropa de campo, vaqueros en su caballos arreando el ganado mientras levantan nubes de polvo, señoras lavando ropa y niños corriendo alrededor. Me han contado algunas historias de aparecidos de ese lugar que hacen que crezca mi interés y a la vez me dé miedo.

Una vez que mis amigos y yo fuimos por aquellos lados de carcería, a matar cocochas y güilotas, íbamos a abrir las puertas y meternos en la casona, pero nos ganó el miedo y nos fuimos corriendo a grite y grite entre los terrones y las plantas de tomatillo, huizapol y alderetes. Creo que ahí se me perdió mi resortera favorita, la que tenía la horqueta de madera del árbol de guayabas que cortaron en mi casa. Me acuerdo de que estaba bien dura y livianita; se tiraba a gusto con ella.

El bordo de “Borrego” y el canal rodean las tierras de Las Casas, con lo que se evita que haya una cerca de alambre de púas, como la hay en otros terrenos de cultivo. Por el sur está el ingreso a las tierras, las cuales están separadas en parcelas de algunas hectáreas en las que se siembran maíz, sorgo y frijol. A veces los dueños de las siembras de sorgo nos pagan por “pajarear”. A nosotros nos parece divertido tirar pedradas con las resorteras y gritarles a las parvadas de pájaros que llegan a comerse los granos sazones de sorgo.

También al sur está mi pueblo, Paredones. Uno llega después de recorrer unos minutos un camino lleno de tierra y de un polvo de un tono entre blanco y gris que las ráfagas de viento del mes de mayo levantan y juegan con él, formando pequeños remolinos. El camino sigue por un lado la trayectoria del canal, y en algunas partes el camino y el bordo del canal son uno mismo. En las tierras del otro lado del pueblo se planta el tabaco en el que trabaja la mayoría de la gente, sea en las cuadrillas de corte o ensartando las hojas para formar sartas que se secan colgadas al sol. Yo a veces voy a ayudarle a mi papá o a mis tíos y ellos, los sábados que les pagan la raya de la semana, me dan dinero para gastar en el pueblo o me llevan en la parrilla de su bicicleta a Santiago Ixcuintla.

A mí me gusta que me lleven a Santiago porque en el mercado hay muchos juguetes, música, los gritos de los vendedores, el regateo de la gente y porque venden comida y muchas cosas; hasta parece que hay fiesta. Me acuerdo de aquella vez que me compraron una pistola con unos dardos y una camiseta con el estampado

de luchadores. Pasamos por la plaza, donde compramos un tejuino para refrescarnos; ahí había algunos coras y huicholes con sus trajes coloridos y brillantes, y hablando de una forma muy rara que yo no les entendía nada. Nunca he podido distinguir a los coras de los huicholes porque se parecen, pero mi tío sí sabe.

Esos señores y señoras estaban sentados en las escaleras del kiosco y varios chiquillos arriba, unos sentados en el piso y otros jugando. Aunque ya los había visto antes en los tabacales de mi pueblo, me di cuenta de que me estaban mirando y me dio cierto temor y desconfianza, tal vez porque no estaba tan acostumbrado a la gente desconocida. Le di un trago a mi vaso de tejuino, apreté fuerte mis cosas que puse debajo de la camisa y me fui caminando pegadito de mi papá, hasta que nos alejamos por la calle que tiene un puente y unos murales, la del templo del Señor de la Ascensión. Ellos se quedaron resguardándose del calorón que estaba haciendo.

El sol empieza a apagarse escondiéndose entre los árboles de pimientillo, mientras continuamos agazapados bajo las ramas de la coatantera. En la bolsa llevamos mangos que cortamos en la huerta que cuida un viejito al que le decimos Chito, elotes de las tierras de don José Flores, unas guayabas que encontramos en un árbol bien cargadito por el camino a las tierras de “Borrego” y un montón de piedras redonditas que pusimos junto con las resortereras. Seguimos sentados en el bordo que está entre las tierras de “Borrego” y Las Casas.

Moy se fue cuando los rayos del sol pintaban de un color rojizo las pocas nubes en el cielo y entonces nos acercamos a cortar pepinos hasta que llenamos la bolsa, casi se derramaron de tan llena que la dejamos. Vamos a llegar a la escuela primaria a cortar unos limones del árbol que está junto a los baños, esos casi nadie los corta, y de ahí a la cancha de fútbol, a la que nosotros le decimos “el beis” porque ahí se jugaban los partidos de beisbol, aunque a la gente del pueblo le gusta más el fútbol. Ahí vamos a asar los elotes y comer los pepinos tiernitos que nos robamos. Cuando salimos de la casa ya llevábamos en la bolsa unos cerillos, sal y chile.

Íbamos haciendo planes desde que estábamos por llegar al puente del canal que pasa por la entrada del pueblo, antes de la tienda de

abarrotos de Herminia Parra. De vez en cuando nos descolgábamos la resortera del cuello para tirarles pedradas a las iguanas que veíamos en los árboles del bordo del canal; caminábamos con los pies descalzos y cenizos por la tierra blanca del camino.

—¡Allá está una, en el guamuchilillo!

—¿Dónde, mentiroso?

—Yo tampoco la veo, eres re' mentiroso.

—¡Allá, junto al árbol de sauce que está caído en el agua! Ya se movió, ¿no ven la colotota que le cuelga?

—¡Ya la vi!

—¡Yo también!

—Ya ven que sí era cierto. ¡'Amos a tirarle, al que la tumbe le toca el elote más grande!

Corrimos a tirarle pedradas, sudorosos y dejando una nube de polvo blanco en nuestra carrera, que nos dejó más cenizos los pies. La iguana se escapó y mejor nos quedamos un rato en el puente a gastarnos las piedras que sobraron, haciendo competencias de patitos en el canal.

Cuando íbamos pasando frente a la tienda de Herminia vimos a Moy ahí sentado, tomándose un refresco mientras comía un pan dulce y platicaba con un grupo de señores que también acababan de salir de trabajar. Estaban sentados en la bardita que está bajo la sombra de unos árboles frondosos del patio, en el terreno donde está la tienda.

Casi todos trabajaban en el ensarte en las plantaciones de tabaco. En las parrillas de sus bicicletas estaban las agujas que sirven para "ensartar" las hojas y formar las sartas que luego se cuelgan a secar en unas galeras formadas por palos de mangle que los señores traen desde Mexcaltitán. También tenían unas bolas de hilo de ixte en el que quedan "ensartadas" las hojas del tabaco, sus galones de agua, que normalmente son de cloro de la marca Cloralex y que las señoras lavan del interior después que se les acaba el cloro y antes de usarlos para llevar el agua al trabajo y la bolsa en la que les llevaron la comida al mediodía.

Él volteó hacia nosotros sin tomarnos en cuenta, pero del susto por sentirnos descubiertos nos echamos a correr, la perra que tiene Herminia, que se llama Laica y que es bien brava, nos siguió en medio de ladridos. Entre la carrera, el ajetreo y la grito, la bolsa se nos

rompió, y por la calle quedaron regados los mangos, guayabas, elotes y pepinos. Del purito miedo que nos dio, ahora por la perra que nos seguía, corrimos tan de prisa que la Laica no nos pudo alcanzar. Y ahí vamos como locos, sudorosos, gritando por las calles llenas de piedras y polvo, con el cabello revuelto, sucios de los *shorts* y las camisas del uniforme de la primaria que todavía no nos quitábamos, y con los pies desnudos y cenizos.

Pasamos frente a la primaria, a toda velocidad dejamos atrás las casas de Esther Mendoza y la de Pancho López, y también el viejo árbol de huanacastle de la plaza, el que conocemos como El Árbol de las Promesas. Ya íbamos dando vuelta para llegar a la cancha de fútbol cuando doña Virginia nos miró extrañada por la ventana de su tiendita que está en la esquina de la plaza, frente al tocadiscos de Valerio, y después nos veía alejarnos con una sonrisa en su cara, mientras nosotros seguíamos corriendo al “beis”.

Ya está oscureciendo y seguimos preocupados, sentados en el pasto bajo el gran árbol de guamúchil que está en la orilla de la cancha, en momentos nos reímos y nos burlamos de lo que nos pasó, pero en el fondo solo nos estamos haciendo los valientes, porque en realidad los tres estamos un poco asustados. En el pueblo los chismes corren más rápido que nosotros, y ya sé que llegando a mi casa mi mamá me va a regañar.

¿A POCO YA NO TE ACUERDAS?

*Tú te debes acordar de él,
pues fuimos compañeros de escuela
y lo conociste como yo.*

Juan Rulfo

¿ A poco ya no te acuerdas de mí? Yo sí me acuerdo re'bien de ti, de aquel tiempo en el que íbamos juntos a la primaria y yo te defendía cuando los más grandes te querían pegar. Como tres veces nos pegaron y nos dejaron llorando juntos en la banquetta de la casa de los maestros, la que estaba en frente de la escuela, a un ladito de la de Esther Mendoza. Me acuerdo de que nunca teníamos dinero pa' gastar y nos íbamos a cortar quelites pa' vendérselo a las señoras que tenían puercos. Vendíamos a quinientos pesos cada tercio. La sonrisota que poníamos cuando nos daban la moneda brillosita a cada uno y nos íbamos a comprar cada quien un durito con mucho chile y un boli pa' llegar a la cancha de futbol comiendo y presumiéndole a los demás chiquillos de que traíamos dinero. A veces en la escuela juntábamos lo poquito que traíamos, uno compraba un durito y el otro un boli, le arrancábamos de a pedacito al durito para que no se nos acabara pronto y le chupábamos al boli cada quien una vez. Me acuerdo de que a ti te gustaban más los de nanchi y a mí los de arrayán, y alegábamos pa' ver de cuál íbamos a comprar.

Yo pensé que ya nunca te iba a volver a ver, no creí que vinieras al pueblo luego de tanto tiempo en Estados Unidos. Hace mucho, antes de que nos faltara, tu difuntito padre me dijo que ya eras ciudadano americano. Andaba re'feliz porque ya ibas a poder venir a darles una vuelta, pero me imagino que el trabajo allá en la ciudad

ha de ser duro, porque ni a su entierro pudiste venir. Me dijo tu hermano que tú les mandaste dinero pa' sepultarlo. ¿Te acuerdas de cuando ya te ibas a ir, que casi lloramos cuando nos despedimos unos días después de que se acabó el trabajo en el ensarte de tabaco? Me acuerdo porque poquito después empezó a llover; aquel año llegaron pronto las aguas.

No pienses que me acerqué a platicarte esto pa' que me invitaras una cerveza de la hielera que tienes junto con tus amigos. Guárdala, no ocupas ofrecérmela. Una vez me dijeron tus hermanos que 'ora, en el otro lado, ya tomabas puro whisky, ron y cerveza de la que toman los gringos, y pensé en las veces que de pura vagancia nos tomábamos el charanda de tu papá. Siempre le quedaba poquito vino al galón y hasta la cañita chupábamos. Una vez luego y luego nos mareamos, po's estábamos re'chiquillos. Creo que esa fue la única vez que de pura vagancia nos emborrachamos juntos.

¿Te acuerdas de que no teníamos ni huaraches y andábamos corriendo entre las piedras a raiz? No me digas que tampoco. Bajábamos corriendo por el empedrado de la calle de la tortillería de don Toño Olea con el montón de canicas en las bolsas. Jugábamos a "la rueda" y casi siempre ganábamos el montón de canicas, pero "al cuadro" y a "las choyas" casi no jugábamos porque a esas se jugaba de dinero. ¿A poco no te acuerdas de que también al fútbol jugábamos descalzos? Si no teníamos huaraches, menos íbamos a tener zapatos pa' jugar. Me da gusto que ahora traigas esas botas tan bonitas. Me imagino que te ha de dar flojera que se te ensucien con el montón de tierra y de piedras que hay aquí. Bueno, yo pienso eso porque casi no te has bajado de la camioneta. Con unas así de bonitas yo me haría igual.

¿Envidia? No, cómo crees, me da mucho gusto que te haya ido bien. Antes de irte me dijiste que éramos como hermanos y yo no puedo tenerte malos sentimientos. Po's si la única vez que nos peleamos fue por la María, ¿a poco tampoco te acuerdas? Estábamos en segundo de la primaria, recién habíamos salido de las clases y nos agarramos debajo del árbol de huanacaxtle de la plaza. Bueno, en ese tiempo nomás por decir que era la plaza, nomás estaba el puro cuadro marcado con machuelos de cemento y alrededor había unas jardineras de ladrillo rojo muy feas que tenían árboles de pingüico; adentro del cuadro estaba la cancha en la que se hacían los

bailes, con unas vigas a los lados sosteniendo un cable con focos; ahí junto estaba el huanacaxtle y hasta la esquina, en frente de la casa de Valerio, el que anunciaba con el tocadiscos, estaba la tienda de doña Virginia. Me acuerdo de que hasta la iglesia nomás era un cuartito, ahí todo mal hecho.

Ya ves, ahora la plaza está bien hecha y con kiosco, y del huana-caxtle nomás quedó el recuerdo, lo tumbó el huracán Kenna hace mucho tiempo. ¿Te acuerdas de que después del pleito los dos quedamos todos revolcados y llorando, pero al otro día ya andábamos jugando como si nada hubiera pasado? Sí, la María estaba re'bonita y a los dos nos gustaba, pero ya ves qué gorda se puso y la mala suerte que le tocó con el marido que luego y luego la dejó con tres chiquillos. Tuvo uno tras otro y en poquito tiempo se le acabó lo bonita que estaba. Estaba re'chiquilla cuando tuvo que entrar a trabajar en las cuadrillas de corte de tabaco pa' poder sacar adelante a sus muchachos.

No, tampoco vine a buscarte pleito, ¿cómo crees? Nomás quería saludarte y decirte que me da gusto que hayas vuelto. Sí, no te preocupes. No tienes que disculparte. Yo sé que siempre hay gente envidiosa, pero por Diosito que ese no es mi caso. Yo te aprecio desde que éramos niños, desde entonces que andábamos juntos haciendo travesuras.

¿Tampoco te acuerdas de que nomás por vagos en la nochecita le robábamos las gallinas y los patos a la difuntita Herminia Parra para asarlos y comérnoslos? Nomás desaparecían los patos que se iban a nadar al canal, ahí cerca de su tienda. Nos íbamos con cuidado por el agua y los pepenábamos del pescuezo. Las gallinas eran más escandalosas, teníamos que llegar con cuidado pa' bajarlas de los árboles en los que estaban durmiendo y después nos íbamos corriendo. ¿Te acuerdas de que muchas veces nos siguieron los perros? ¿A poco no? Te deberías de acordar, po's si éramos re'vaguísimos.

¿Y la vez que te andabas ahogando en el canal?, ¿tampoco? Huy, yo me acuerdo re'bien. Fue en las aguas. Un día antes había caído un tormentón, el canal de donde Herminia estaba crecido y el agua pasaba por arriba del puente. Fuimos a los potreros a agarrar caballos y remudas de los que andaban sueltos, y a jinetear becerros. Ya de regreso, nos quedamos en el canal. Ahí andábamos el montón de chiquillos bañándonos y jugando. ¿No te acuerdas de que nos aven-

tábamos clavados de un árbol de sauce que estaba en la orilla? No sé a quién se le ocurrió pero empezamos a nadar zambutidos en el agua pa' cruzar por los tubos que estaban debajo del puente, por los que el agua pasaba al otro lado. Con las corrientes hasta se formaban remolinos, se ponía trabajoso pasar y a todos nos divertía ese reto. Cuando te tocó aventarte duraste rato zambutido en el agua, no salías pronto y empecé a preocuparme. Después me dijiste que ya estando dentro del tubo te dio miedo, te atoraste entre el zacate, las ramas y unas guías que había en el agua y ya no podías salir. Yo me aventé desde arriba del sauce y me fui nadando por debajo del agua, me metí al tubo, te pasé por encima y después te jalé pa' que salieras por el otro lado. Me acuerdo de que apenas salimos, ya mero nos ahogábamos juntos. Luego, bien asustados, ya nomás nos quedamos sentados en el agua que pasaba por arriba del puente.

¿A poco de veras no te acuerdas de nada? Bueno, entonces ahí dispensa. No era mi intención molestarte. A lo mejor te estoy confundiendo. Como toda la tarde te la pasaste arriba de tu camioneta tomando cerveza y mirando el partido de futbol en la cancha junto con tus hermanos, yo pensé que sí eras mi amigo de la infancia que se fue pa'l otro lado, pero me equivoqué. Ya ves que vengo de la cantina medio borracho, arrastrando las patas, los huaraches y esta bicicleta que se me descompuso. Cuando uno anda borracho como que lo traiciona la memoria y, pos a veces uno hace y dice cosas que no debería.

LA CUADRILLA

Aún no amanece, los trabajadores de la cuadrilla de corte de tabaco estamos en la esquina de la tortillería de don Toño Olea esperando la camioneta que nos va a llevar a la plantación de tabaco en la que hoy nos toca trabajar. Hace rato que se escucha el tan conocido ruido que hacen los engranes y rodillos de la tortillería, y ya no tardan en abrir la tienda de abarrotes de Herminia Parra. Hace como media hora que Chuy Gutiérrez “El Pato” subió por el empedrado de la calle de la tortillería, la que pasa entre la casa de doña Concha y su esposo “El Rayado” y el Centro de Salud. Subió a bordo de la carreta que remolca su caballo y va cargada con tarros llenos de la leche de la ordeña. Pasó haciendo su escándalo tan conocido, hablándoles a todos por sus apodos con ese tono “cantadito” que él tiene. Hace unos minutos que no falta ninguno, estamos todos los que trabajamos en la cuadrilla de don José Flores y de aquel lado de la plaza se junta la cuadrilla de doña Ginia, pero hace mucho rato que ellos se fueron.

Ya está por amanecer; la brisa y la niebla de la madrugada se empiezan a esfumar, y la camioneta no llega. La fila de personas en la tortillería ya es más larga, están formados algunos niños todavía adormilados y algunas señoras cargando su servilleta bordada en la que envuelven sus tortillas. Hasta acá se escuchan las carcajadas que provocan sus saludos entre bromas. Por la calle algunas mujeres pasaron llevando en la cabeza cubetas llenas de agua del pozo de tiro de doña María, y algunos chicos que estudian en las escuelas de Santiago Ixcuintla están sentados en las jardineras de la plaza, esperando que Alejandro Carrillo, “El Titano”, llegue a recogerlos en la combi de transporte público que él maneja.

La gente del pueblo se caracteriza por ser alegre, bromista y dicharachera. A pesar de tener tanto tiempo esperando la camioneta, nosotros no perdemos el buen humor y pasamos el rato entre bromas y la carrilla. Las mujeres empiezan a colocarse pañuelos en

el rostro de tal manera que las cubran de los rayos del sol y les protejan el cabello de la goma oscura que desprenden las hojas de tabaco. Para evitar llenarse de goma la piel y para evitar los rayos del sol, todos vestimos camisa de manga larga y pantalón, aunque los hombres solo utilizamos una gorra, sombrero o un pañuelo para protegernos la cabeza. Si no lo hacemos así, después de un rato en el tabacal el cabello queda tieso. Normalmente las mujeres de la cuadrilla cortan las hojas y las colocan en unos montones a los que llamamos gavillas y nosotros, los hombres, acarreamos esos montones de hojas desde los surcos hasta una de las enramadas que hay en cada parcela. A las mujeres se les llama las cortadoras y a los que acarreamos el tabaco se nos conoce como los sacadores o los burros de la cuadrilla. Para acarrear el tabaco utilizamos unas sacaderas, que son unos costales con dobleces a los que se les colocan unas azas de hilo de ixte en los extremos, esas azas son las “agarrederas” de la sacadera.

Por las mañanas, mucho antes de que salga el sol, los hombres bajamos a la plaza llevando una bolsa con el lonche, un galón con agua y la sacadera al hombro. Las mujeres llevan su comida, agua y el montón de pañuelos con los que se cubrirán el rostro, y una vez que los colocan, uno hasta duda de quién se trata. Si no conociéramos su ropa o su forma de caminar no podríamos reconocerlas. Todos los días nos juntamos en la plaza y cada cuadrilla ya tiene bien definido su punto de reunión.

Cuando la inseguridad de que fueran a venir a recogernos empieza a ser el tema de conversación, el ladrido de los perros, el ruido del motor y las llantas removiendo las piedras sueltas de las calles nos indican que ya está cerca la camioneta de redilas. Las muchachas se apuran a terminar de acomodarse los pañuelos que les cubren la cara y nosotros nos preparamos para subirnos pronto y ganar un lugar en la canastilla de las redilas —una tarima de madera que está sobre la cabina—. Tomamos nuestra bolsa del lonche, el galón del agua y la sacadera...

- ¿Y mi sacadera?

Voy de prisa corriendo de regreso a mi casa, tropezando entre las piedras, con la respiración agitada y sacando la vuelta a la perra del vecino que siempre me ladra y se me echa encima. Tanto rato ahí sentado plática y plática, y no me había dado cuenta de que olvidé mi sacadera en mi casa.

EL TOCADISCOS DE VALERIO

Es un sábado por la mañana, creo que apenas pasa un poco de las 6:30, y el tocadiscos empieza a reproducir su repertorio de canciones de Las Jilguerillas, Chelo, Vicente Fernández, Chayito Valdez, Antonio Aguilar... La vieja bocina de corneta está en lo alto de un tubo de aluminio, de los que se usan para regar los sembradíos de las parcelas. A media canción Valerio Vera baja el volumen y da su primer anuncio del día: “carne de cerdo en la casa de...”; no entendí bien dónde, pero seguramente hoy vamos a comer chicharrones de cerdo con frijoles de la olla recién cocidos, una salsa de molcajete picocita y tortillas que mamá torteará al fuego de la hornilla que apenas ayer por la tarde terminamos de enjarrar. Toda la tarde estuve echando vueltas, trayendo tierra y barro de Los Pocitos, de la orilla del rancho donde están esos pequeños ojos de agua, donde el agua brota de los veneros y corre formando una corriente fresca bajo unos árboles de ahualama. También es muy seguro que Salvador Garnica, “El Charro”, o don José Flores hayan matado el puerco y preparado los chicharrones. Ellos son los “matanceros” del rancho. Es temprano, pero ya se me antojaron los cueritos recién salidos de la lumbre, con pepinos, cebolla y jitomate, preparados con sal, limón y salsa huichol. Ya me gruñeron las tripas.

El canto de los gallos, el cacaraqueo de las gallinas, el aleteo y el alboroto que causan en su búsqueda de unos granos de maíz que mamá les da todas las mañanas, se confunden con la música que emite la vieja bocina atada a lo alto del tubo de metal.

¿Qué voy a hacer contigo? ...dos gotas de agua, cristalinas y transparentes...

Las gallinas siguen con su escándalo. Mamá y mi hermana están barriendo el patio; también la vecina de enfrente hace lo mismo

con el de su casa, no es necesario asomarse por la ventana para darse cuenta de ello, porque es parte su rutina de todos los sábados. Barren con sus escobas hechas con hojas de palmeras —escobas de popotes les dicen las señoras— y juntan las piedras que por aquí abundan, para acomodarlas en la cerca. En un rato más seguirán con la calle y cada una barrerá la mitad que le corresponde.

Yo sigo dando vueltas en la cama y viendo el techo de palmas — esas palmas que papá cortó en las lomas donde hay muchos árboles de nanchis, mientras yo me comía algunos palmitos—, las cuales cubren la estructura de palos de mangle atados con hilillos de ixte que trajimos desde las galeras y las enramadas de las plantaciones de tabaco. Recargo la mejilla en la pared de piedra enjarrada con el barro de Los Pocitos y con tierra blanca del bordo del canal, para sentir lo fresco y el olor de la tierra. Tengo flojera de levantarme a girar la perilla del botón de encendido de la tele de blanco y negro para ver la película que estuvieron anunciando toda la semana, porque en cuanto la escuchen me van a hablar para tirar los montones de basura y piedras que han juntado con las escobas.

Valerio volteó la bocina para el otro lado, para que en la otra sección del rancho también se escuche lo que anuncia.

Tristes lloran mis cansados párpados al mirar que se apagó la lámpara...

Después de un silencio se escucha —Esta va de parte de casa Vera esperando que sea de su total agrado—, y pone una de las canciones de las que a él le gustan, tal vez recordando uno de sus viejos amores o dedicándola a uno de sus presentes. Los muchachos también dedican canciones a las muchachas, pero ellos lo hacen en la tarde o cuando ya está oscureciendo, aunque también al mediodía se dan sus escapadas del trabajo para ir a la esquina de la plaza donde está la casa de Valerio y dedicar una canción. Las muchachas ponen atención a las canciones mientras trabajan en el plantero — el vivero donde se producen las plantas de tabaco que llenarán los campos del pueblo— o en la cuadrilla en la que cortan las hojas en los tabacales.

—Esta va a gusto de... —dice unas iniciales y empieza su canción.

Los muchachos siempre usan iniciales y claves, las muchachas saben muy bien a quién se la están dedicando y por qué, nunca se confunden, y los padres de ellas, aunque saben del juego, no alcanzan a comprender los mensajes que se envían por el tocadiscos, porque las chicas también dedican canciones a los muchachos cuando van por agua al pozo o a la masa al molino del nixtamal.

Ellos compran sus discos LP en los que vienen las canciones que van a dedicar a las muchachas y después los usan en los bailes y fiestas en los que normalmente ameniza Valerio con su tocadiscos. Él platica, convive y bromea tanto con los chicos como con las chicas, para ellos no es ningún secreto cuál es el muchacho que a él le gusta. El baile es la oportunidad perfecta para estar un rato con la novia o con la que le gusta a uno, para bailar unas canciones con ella, pero solo unas cuantas, porque las mamás, las tías o los hermanos siempre están ahí y ellas tienen que bailar con quien las invite, no importa si no es guapo o si está borracho. Aunque sea una canción, dicen las señoras.

—¡Ándale! Levántate a tirar las basuras —me dijo mi mamá asomándose hacia el interior de la casa.

—Ahí voy —y me doy una vuelta más en la cama mientras ella se aleja.

*Pero algún día donde te encuentres tendrás que oír mi triste canción...
No me hagas menos...*

Estaba buscando mis huaraches debajo de la cama cuando mi hermana entró a la casa llevando en la cabeza una cubeta con agua que trajo del pozo de tiro de donde doña Leonarda, y mi mamá le ayudó a llenar con ella la tinaja que ya estaba vacía porque mi papá se llevó en su galón la que quedaba. Él se va de madrugada a plantar tabaco en las parcelas. Hoy es sábado y nada más plantarán un turno, llegará temprano a comer, vendrá muy cansado y con mucha hambre, pero hoy es día de raya y vendrá con su paga en el bolsillo.

Después de que me levante estuve tirando las basuras del patio y de la calle usando un costal vacío de fertilizante que hace mucho que lavamos en el canal un día que veníamos de ensartar tabaco. Lo encontramos abandonado en la horqueta de un árbol de guayabas

del callejón que se forma en la colindancia con las tierras de un señor que le apodan “El Tren”. Ahí estuvo desde el tiempo en que le aplicamos el fertilizante a las plantas y borramos los bordos de los surcos con azadones. Ahí duró como cuatro o cinco meses hasta que ya estábamos en el ensarte. Tuvimos suerte de que nadie se lo llevara en su bicicleta a la pasada. Lo lavamos en la compuerta del canal cementado, a un lado de la parcela escolar que está adelantito de la huerta de mangos de Chito, y después llegamos al árbol de mangos que está en el terreno de la parcela. Cortamos unos cuantos y luego nos vinimos a la casa porque estaba oscureciendo y la higuera “la chalata” que está en la esquina de la parcela da un poquito de miedo cuando ya se está metiendo el sol. Dicen que por ahí salen unos duendes que ya han asustado a varios.

Acabé de tirar la basura y acomodar las piedras en la cerca. Para mi buena suerte, ya no me pusieron a hacer ninguna otra tarea y pude jugar un rato formando carreteras para mis carritos entre la tierra y construyendo casas para mis monitos usando piedras, palitos y hojas del árbol de tabachín del cerco de la vecina. Durante la mañana continúan los anuncios, el ambiente se llena de música, del olor que emite la cocina de mamá y del menú de antojitos que se escucha de la bocina de Valerio: menudo, pozole, tostadas, sopes, enchiladas, tacos de carne asada... A ver a dónde me llevan a cenar mis papás.

Si vieras, yo como te recuerdo y en mis locos desvelos le pido a Dios que vuelvas...

MARCOS

Sintió con gran pesar, clavada en sus ojos, aquella mirada fija sin parpadeos, aquellos ojos cargados con una mezcla de cariño, tristeza, incredulidad y dolor. Esa mirada que se quedaría grabada para siempre en su memoria. Aquel cuerpo sangrante respiraba con dificultad, mientras sus ojos vidriosos seguían viéndolo fijamente y él, de rodillas en el suelo lodoso, cargaba su cuerpo y lo restregaba contra su pecho, sintiendo cada vez más débil el aliento de su respiración en el rostro, a pesar de estar frente a frente. Tenía las ropas sucias por el lodo de aquella tarde lluviosa, y manchadas de la sangre que escurría del cuerpo destrozado de su amigo. Sentía arrepentimiento, dolor y desesperación. No le deseaba a nadie la culpa y la pena de matar a su mejor amigo, llevar a costas ese estigma, llevar en el alma una herida sangrante que ya no se cerraría.

Los ojos seguían mirándolo, el cuerpo no emitía más sonido que el de la dificultad de su respiración. Los relámpagos y los rayos iluminaban la tarde, que se había vuelto oscura por la repentina violencia de la tormenta, acentuando el triste brillo en los ojos de aquel moribundo. Él, con lágrimas perdiéndose entre las gotas de lluvia que resbalaban por sus mejillas y sin emitir palabras, le pedía perdón. En el silencio, aquellas miradas eran el más duro reflejo de la tristeza. Dios sabía que él no quiso hacerlo, sabía que la suerte le había hecho una mala jugada.

Lo aferró contra su pecho mientras los estertores anunciaban que la muerte estaba llegando y la vida se iba escapando de aquel cuerpo sangrante y maltrecho. Un fuerte grito de dolor y desesperación fue opacado por un rayo que cimbró la tierra mientras seguía la trayectoria de la palmera que había sido desgajada a lo lejos, en los corrales de las casas de la entrada del pueblo, al contacto con

la destructora fuerza de la naturaleza. Marcos, aquel noble animal, había muerto.

—¿A qué vas ahorita, Ramón? Cuando las nubes se ponen de aquel lado, es seguro que va a llover. No seas terco.

—No, hija. Tengo que terminar de arar las tierras de mi hermano Lupe, allá en las parcelas de Las Casas. Ya me queda poco y, si nos ganan las lluvias, no vamos a poder prepararlas —le contestó a su mujer mientras salía de la casa de techo de palma y paredes de piedra y barro, y se dirigía al tractor estacionado en la calle con el motor encendido.

—¡Blackie, Marcos! ¡Vámonos! Vieja, ¿dónde están los perros? No salen.

—No sé, andaban jugando con los chiquillos bajo el árbol de tamarindo.

—¡Marcos! —volvió a gritar, y apareció un perro enorme de melenas color grisáceo, meneando la cola y abalanzándosele encima, poniéndole las patas delanteras en el pecho.

—¡Ándale, vámonos! ¡Blackie!

Pero el perro negro, de donde tomaron el nombre de Blackie, no salió. Tal vez seguía jugando con las dos niñas y los dos niños del matrimonio.

—Este perro que no sale. Así me voy a ir, lo voy a dejar. No quiero que se me haga más tarde y me agarre allá la noche.

Subió al tractor y se alejaron, el hombre a bordo de la máquina y el animal corriendo al mismo paso.

—Papá, ¿no te da miedo estar en la noche tú solo en el cerro cuando vas de cacería?

—¿A qué debería tenerle miedo? Los fantasmas y el diablo no existen. No dejes que te asusten con eso.

—Yo sí creo que existen, sí les tengo miedo.

Sonrió mientras recordaba aquella plática con su hijo menor. Ahora, precisamente, estaba en medio de la soledad de la noche en el cerro, fumando un cigarro sentado en un enorme tronco seco de huanacaxtle, en un claro entre los árboles y arbustos del terreno lleno de pequeñas piedras sueltas y grandes rocas sobresaliendo de la tierra. Al frente se veían las pequeñas luces del pueblito Paredones, a la izquierda se podía notar el resplandor del alumbrado público de Santiago Ixcuintla, aunque no alcanzaba a ver las luces directamente, debido a que las lomas cubiertas de árboles de nanchis y de palmas le impedían la vista. Al frente tenía el cerro de Peñas y a la derecha el cerro de La Piedrera. La enorme luna y el hermoso cielo estrellado se reflejaban a lo lejos en las aguas de los humedales de las tierras de la sociedad de productores conocida como el Grupo Número Uno, como si se tratara de un enorme espejo colocado junto a los sembradíos de sorgo, maíz y frijol. El manto estelar y la soledad del cerro le provocaban un estado de paz imposible de explicar. ¿Cómo iba a sentir miedo en ese momento? ¿Cómo explicárselo a su hijo?

En una bolsa que tenía a un lado del tronco seco había una coa de metal y dos armadillos que los perros le habían ayudado a cazar. Los dos animales estaban echados en el otro costado, jugando entre ellos como siempre. Él no necesitaba de armas para cazar, porque sus perros se encargaban de eso. Cuando descubrían un armadillo, lo seguían en medio de ladridos y gruñidos bajo los árboles de huanacaxtle, jarretadera, guásima, guamuchilillo o pochotes, entre la maleza formada por arbustos, sierrillas y los pasadizos estrechos de los laberintos formados por las plantas de guámaras, por los que para él sería imposible pasar debido a que las espinas en el filo de sus hojas alargadas, parecidas a las de las plantas de piña, le hubieran causado dolorosas heridas, pero los perros habían adquirido habilidad para cazar y moverse entre este tipo de vegetación. Seguían al armadillo hasta que se escondía en su madriguera en la tierra y él solamente tenía que cavar con la coa a lo largo de la cueva hasta dar con el caparazón del animal y con un machetazo obtener la pieza de caza y la carne para la semana.

Seguía sentado en el tronco seco cuando una estrella fugaz cruzó el cielo, mientras los perros ya descansaban echados a sus pies en silencio.

Llegó a las tierras de cultivo de Las Casas cuando el cielo se estaba cubriendo de nubes y el aire fresco le empezaba a dar en la cara. —Ojalá que no llegue la lluvia —pensó. El perro, Marcos, se quedó en los montecillos de coatante y zacates de parán, bajo los árboles de pimientillo del bordo de la gran extensión de tierra de la parcela que en otro tiempo perteneció a alguien que apodaban “Borrego” y ahora propiedad de don Eduardo Ramírez. El animal se divertía olfateando madrigueras de conejos, desechos de coyotes y persiguiendo lagartijas, mientras su dueño empezaba la faena en la tierra.

Las nubes negras rápidamente cubrieron el cielo y la oscuridad prematura empezó a cubrir la tarde. El aire corría más fuerte y los relámpagos formaban trayectorias accidentadas entre las nubes. Los truenos habían puesto inquieto al perro; las gruesas gotas de lluvia empezaron a caer cuando Ramón iba a bordo del tractor a medio terreno y estaba decidido a irse a casa.

No esperaba que la tormenta llegara así de repente ni con tanta violencia. Las ramas de los árboles se sacudían ante la fuerza del viento, las gotas de agua parecían formar corrientes en caída libre y los rayos, aunque por ahora lejanos, retumbaban con mayor frecuencia, provocando el temor del perro, que se había agazapado temblando bajo unos arbustos. En su desesperación por alejarse de la tormenta, su dueño se había olvidado del temor de Marcos por las tormentas eléctricas. La tarde se había convertido en un infierno de agua y electricidad surcando el cielo, augurando una desgracia. Si no le tenía miedo al diablo, debía tener temor de Dios o por lo menos respeto por la naturaleza. ¿Quién de los tres estaría conspirando contra el destino de aquel par de amigos?

—Ramón, ¿no muerde tu perro? —Le preguntaron “El Cani” y “El Yiyo”, los hijos de Nicolás Aguilera.

—No muerde —les contestó don Pedro, quien estaba platicando con Ramón en el callejón formado por la colindancia de dos parcelas de tabaco. Atrás de ellos estaba la enramada llena de sartas de tabaco que esperaban ser colgadas para secarse bajo el sol.

—A veces ladra mucho, pero no muerde, ¿verdad, Ramoncito?

—Vamos a pasar, a ver si no nos ladra como el otro día. Ya mero se nos echaba encima.

—No hace nada —insistió don Pedro— Este así lo tiene de mal educado nomás.

Se acercó a Ramón y en tono de broma le dio un golpecito en el hombro con el puño. El perro se interpuso entre él y su amo, y mostró los dientes y colmillos a don Pedro, mientras gruñía despacio y parecía tomar una posición de ataque. El enorme animal con su largo pelaje de un color cenizo extraño imponía miedo y respeto.

—¿No que no hacía nada, don Pedro? —le dijeron los chiquillos riéndose.

Ramón se hizo a un lado del camino y a agarró su perro para que pasaran los chicos.

—Sí que es méndigo tu perro, eh, Ramoncito —le dijo don Pedro.

—Nada más ladra, pero no hace nada. Nunca ha mordido a nadie. En la casa se la pasa jugando con mis niños. A lo mejor les ladra a los “Canis” porque los desconoce.

Un rayo que cayó cerca con su brutalidad destructora cimbró el piso mientras Ramón llegaba con su tractor a la orilla del terreno y el terror que sintió el perro hacía que corriera hacia su amo en busca de protección. Corrió con desesperación hasta encontrar de frente el tractor que avanzaba entre el lodo que se había formado en la parcela. La falta de visibilidad por la lluvia tan espesa no permitió a Ramón darse cuenta a tiempo de que Marcos se abalanzaba hacia la enorme máquina, lo vio cuando ya casi estaba bajo la llanta trasera buscando llegar hasta su lugar en el asiento.

Intentó frenar desesperadamente, pero la llanta de la gran mole mecánica pasó por encima del animal, que emitió un aullido de dolor, mientras el crujir de huesos se perdía entre el sonido del motor y la violencia del cielo.

Ramón descendió del vehículo de un salto. Sentía el cuerpo helado, su rostro era una máscara de desesperación y dolor. Ahí estaba su amigo, moribundo y maltrecho. Se abalanzó sobre su cuerpo

para intentar reanimarlo. Cuando lo vio sangrante y destrozado, sabía que ya nada podía hacer.

- ¿Cómo se llama el perrito, papá?
- ¡Sí! ¿De dónde lo sacaste?
- ¡Está bien peludo!
- ¡Es una bola de pelos!
- Me lo regaló “El Poly”, niños.
- Yo quiero que se llame Marcos.
- ¿Qué? Ese nombre está feo.
- Sí, Marcos está re’feo.
- A mí también me gusta. Que se llame Marcos.
- ¿Y cuándo le vas a traer un hermanito?
- Pregúntenle a su mamá si nos deja tener otro.

Caminó cargando el cuerpo sin vida hasta la entrada del predio, a un lado de las grandes casonas de adobe a las que las parcelas debían el nombre de Las Casas. Con su machete cavó la tumba de Marcos en la tierra mojada y fangosa. De rodillas y sin fuerzas, sin importarle llenarse más la ropa de lodo y sangre, depositó suavemente el cuerpo en el fondo, lo miró fijamente y una vez más le pidió perdón. Las lágrimas que resbalaban formaban un caudal mayor que el de las gotas que caían del cielo; la lluvia había bajado su intensidad, aunque los rayos seguían surcando el cielo. El potente canto de las ranas en la laguna parecía acompañar su pena, como plegarias y oraciones que intentaban guiar hasta su destino el alma desprendida de aquel cuerpo.

Se quedó un largo rato de rodillas observándolo con tristeza. Empezaba a aumentar la oscuridad cuando cubrió la tumba improvisada y abordó su tractor para dirigirse a casa. Las calles estaban desiertas por la tormenta, si alguien lo hubiera visto con ese gesto en el rostro y las ropas enlodadas y llenas de sangre, hubiera pensado lo peor. Y era verdad, él sentía que en ese momento le estaba sucediendo lo peor.

El motor de la máquina se apagó frente a su casa, mientras algunas gotas pequeñas de lluvia seguían cayendo. Sin importarle mojarse un poco, su mujer salió a recibirlo.

—Ramón, ¿qué te pasó? —le preguntó asustada al verlo de cerca, sucio, lleno de sangre y cansado.

Con paso lento y el rostro desencajado, caminó hacia ella.

—Mi perro..., maté a mi perro. Le pasé el tractor por encima. Maldita tormenta, mi maldita mala suerte —le dijo con voz entrecortada y con los ojos húmedos.

Su mujer lo abrazó colocando la cabeza en su regazo y consolando su llanto. Los cuatro niños, en silencio, también rodeaban las piernas de la pareja con sus brazos y se recargaban con fuerza en ellos.

El perro negro, Blackie, le aullaba con dolor y desesperación a los relámpagos que se extendían por la bóveda celestial de aquella noche lluviosa. Él también entendía y sufría la misma pena, él también le hacía el mismo reclamo al cielo.

EL SESTEO

Era semana santa, Viernes Santo por la mañana, y estaban reunidos a la sombra del árbol de huanacaxtle de la plaza esperando la camioneta de carga de dos toneladas con redilas de madera pintadas en blanco y azul. Los niños jugueteaban entre las piedras con emoción, y las señoras resguardaban sus recipientes y ollas con comida. Algunas muchachas venían de regreso de la tienda con tostadas y refrescos de cola. Desde el lunes todos en la cuadrilla de corte de tabaco estaban impacientes porque llegara el fin de semana para ir a la playa, toda la semana se sintió el buen ambiente y se platicaban los planes que llevarían a cabo en la playa El Sesteo.

—Hoy traje de lonche puros frijoles con huevo, porque el viernes hasta me voy a empachar de tantos ostiones y camarones que voy a comer.

—Ah, canijo, has de ir seguido a la playa porque casi siempre traes lo mismo para comer.

Y se soltaron las risas en la hora de la comida, bajo los árboles de guamúchil, guayabas y guásima. Un radio de baterías sintonizaba la estación local, se escuchaban los saludos para la gente que labora en el campo, para las cuadrillas de los pueblos Paredones, Colonia Emiliano Zapata, El Puente, Ojos de Agua, Pozo de Ibarra, Puerta Azul... Era la hora de las complacencias, el argüende que armaba el locutor, la música tropical de los grupos musicales de la costa, como la banda Kora, banda La Piñera y Tropical Costa de Oro, y las bromas alegraban el ambiente, mientras calentaban la comida. Algunas tortillas y tacos de frijoles se dejaban hasta el final y se calentaban cuando ya solo quedaban brasas, para que quedaran doraditos. Ese día, don José Flores, el caporal de la cuadrilla, había salido del tabacal a las 11:30 de la mañana para buscar leña en el bordo del canal y encender el fuego para calentar la comida. Las corrientes de aire

caliente en el ambiente y el sol del mediodía incitaban a la comida, a la convivencia y el descanso bajo la sombra de los árboles.

En las parcelas en las que les había tocado cortar tabaco la semana pasada se habían dado bien las plantas, había algunas que a los muchachos les llegaban casi hasta la altura de la frente y tenían unas hojas grandes. Fue muy complicado cargar la camioneta con los fardos de hojas de tabaco y llevarlos a entregar a la planta de hornos Graciano Sánchez, que está en la salida de Santiago Ixcuintla. En esos hornos se deshidratan y secan las hojas para después enviarlas a la planta de producción de la empresa tabaquera La Moderna, que está en Tepic, donde se elaborarán los cigarros. En la planta de hornos se hacen unas filas largas de camionetas cargadas con fardos de tabaco esperando su turno para hacer la entrega, mientras que fuera de la propiedad los trabajadores de las cuadrillas de la ranchería esperan bajo la sombra de los árboles. Fueron varias las toneladas que cortó la cuadrilla, y la paga fue buena. Ramón y Emilio habían aprovechado y con parte de ese dinero compraron de la mejor ropa que encontraron en el mercado municipal de Santiago Ixcuintla. Si a la playa se va solo una vez al año, solo en Viernes Santo, habría que hacerlo lo mejor posible.

En esa fecha, en la playa El Sesteo se reúne mucha gente de esta región conocida como la Costa de Oro, hay muchas muchachas y el cortejo es una de las actividades más divertidas. Sacar las dotes de galán para intentar acompañar a los grupos de chicas a caminar por la arena y en la tarde, cuando empieza el baile, invitarlas a bailar.

Cuando la desesperación comenzaba a generalizarse, la camioneta llegó a la plaza y las familias la abordaron, la caja de redilas iba llena de niños impacientes, señores, señoras y jóvenes con deseos de divertirse. A su paso por el camino lleno de polvo que lleva a Santiago y que la camioneta levantaba en su recorrido, solo se veía el montón de cabezas cenizas asomándose por la parte superior de la caja de madera. Había que cubrir bien los recipientes de la comida, pues el polvo llenaba todo el espacio en la caja de las redilas.

Cuando llegaron a Santiago Ixcuintla la camioneta hizo un alto en La Orilla para que la gente se sacudiera el polvo. En mi pueblo, Paredones, se conoce como La Orilla a las últimas calles de la colonia CTM, la que está en la salida a mi pueblito. En ese lugar los muchachos acostumbran esperar a que pase un vehículo que les dé un

aventón para llegar a nuestro pueblo, la camioneta de don Eduardo Ramírez o la de don Jorge López son las más populares, mientras que Alejandro Carrillo, “El Titano”, maneja una combi del transporte público que lleva hasta Paredones. El viaje en la combi se vuelve una convivencia entre los pasajeros y “Titano”, entre carcajadas y bromas, el chisme de la semana y la música en la radio.

La siguiente parada de la camioneta fue en la tienda del ISSSTE, donde hicieron las últimas compras, y la impaciencia de los chicos iba en aumento. Antes de la llegada de los supermercados de las empresas trasnacionales, la tienda del ISSSTE era la más surtida y tenía los mejores precios. La gente de los pueblos de los alrededores acudía en grandes grupos a hacer sus compras, pero después de la llegada de las tiendas, como Walmart y Soriana, la tienda del ISSSTE tuvo que cerrar sus puertas y acabar con la costumbre de las señoras que en el fin de semana hacían sus compras en el mercado y en la otrora popular tienda del ISSSTE.

Mientras esperaban fuera de la tienda, Ramón y Emilio se quejaban del polvo que les había ensuciado un poco la ropa nueva que apenas días antes habían comprado, se sacudían sus tenis, que habían lavado ayer para quitarles lo percudido, y se colocaban unos lentes oscuros. Don José, el padre de ambos, bajó de la cabina y los vio con sus poses de guapos.

—Hasta parecen catrines cuando se bañan. Deberían peinarse más seguido —les dijo mientras se quitaba el sombrero con manchas oscuras por la goma de las hojas de tabaco y ellos se acomodaban la melena alborotada que estaba de moda y que se les había ensuciado y desacomodado por el viento y el polvo del camino.

—Va a ver cuántas muchachas nos vamos a conseguir, nos va a tener que ayudar a quitárnoslas de encima —le dijeron.

—¡Ya los oí, par de bribones! Nomás que anden con sus cosas —les gritó su madre, doña María, desde el interior de la camioneta.

Después de cargar gasolina en la salida al pueblo Los Corchos, la camioneta ya no se volvió a detener. Los muchachos gritaban en coro el nombre de cada pueblo por el que iban pasando, mientras leían el letrero a la orilla de la carretera, que se encuentra antes de llegar a cada uno de ellos: Amapa, el cruce de Sentispac y de Mexcaltitán, El Botadero, Cañada del Tabaco, Los Otates, el cruce de Villa Juárez, Los Corchos y, por fin, allá delante de un camino de te-

rracería, se veían las olas del mar de El Sesteo. El olor de los esteros y de las conchas de ostiones hacía rato que llenaban el viento fresco, pero ahora la brisa de la orilla del mar estaba cargada con el olor del pescado sarandeado cocinado con leña de mangle, empanadas de camarón y de ostión y demás platillos que junto con el sonido de las olas del mar formaban una atmósfera especial.

Los niños bajaron de la camioneta y corrieron por la arena hasta llegar a la orilla, donde estuvieron jugando casi todo el día. Las señoras y los señores consiguieron unas mesas en las enramadas, mientras que los muchachos se fueron a pasear por la playa, donde se vivía un ambiente de fiesta. Emilio y Ramón se paseaban divertidos, y al mismo tiempo aprovechaban para coquetear con los grupos de muchachas que caminaban por la orilla, mientras que don José y doña María se había quedado junto con los demás señores en la enramada. Los niños de vez en cuando interrumpían sus juegos para ir allá a comer algo.

Poco después del mediodía el baile estaba a punto de comenzar y Ramón y Emilio no habían tenido suerte con las chicas. Ni la ropa nuevita, los tenis recién lavados o los lentes de sol, imitación de Ray-Ban, habían servido para deslumbrar a alguna de ellas. Habían conseguido algunas sonrisas y saludos, pero nada de que valiera la pena presumir con los amigos. A pesar de todo no perdían su buen humor y trataban de divertirse a su manera.

Por la tarde, cuando la marea empezaba a subir, el ánimo de los niños se esfumaba, debido al cansancio y el sol, que pintaba las nubes de un color entre rojo y naranja, iniciaba su descenso para fundirse con el agua. Frente a sus lentes de imitación los dos hermanos descubrieron a dos “güeritas” saliendo entre las enramadas que estaban a un lado de la que habían ocupado los de la cuadrilla. Las dos chicas de piel blanca, cabello suelto que el viento y la brisa despeinaban a su antojo, una figura que hubiera perturbado a cualquiera, enfundadas en blusas con tirantes y con unas piernas que terminaban en unos *shorts* tan pequeños que permitían a la vista y a la imaginación recorrerlas lascivamente.

Para los hermanos no fue difícil entablar conversación con las chicas, que estaban de visita desde Tepic.

—Tepic es muy bonito, lástima que no vamos tan seguido, solo pasamos por ahí —les dijo Ramón, mientras veía a Emilio, que co-

nocía tan bien sus miradas que ya sabía perfectamente cómo continuar las mentiras de su hermano. Tenían una habilidad natural para, sin palabras, ponerse de acuerdo para armar una historia ficticia. Era como si se leyeran la mente o hubiera una conexión entre ellos.

—Ah, sí. ¿Ustedes de dónde son? —preguntó la más bajita de estatura y que parecía ser la menor.

—Vivimos en Guadalajara, allá estudiamos, pero vinimos a visitar a mi papá a Santiago —les dijo Emilio.

—¿En serio? ¿Y qué estudian? —preguntó la otra chica.

—Estamos estudiando para administrar las empresas de mi papá. Él es el dueño de la concesionaria de refrescos de cola en Santiago, es socio de una cervecería y también tiene una gasolinera —les dijo Ramón, sonriéndole a Emilio, que conocía muy bien esa risita que para las chicas pasó inadvertida.

—Ah, pues entonces podemos armar la fiesta. Podemos conseguir los refrescos y la cerveza, ¿o no, muchachos?

—Claro. Solo es cuestión de que le hablemos por teléfono a uno de los trabajadores y nos la lleva hasta donde queramos. O hasta podemos pasar a recogerla a la empresa en el carro de mi hermano —dijo Emilio mirando a Ramón.

La plática se había convertido en una competencia entre los hermanos para ver quién decía la mentira más grande y creíble. Las muchachas no se daban cuenta y cada vez se veían más entusiasmadas, no esperaban encontrar a los hijos de un empresario en ese lugar. Habían ido de mala gana a la playa, pero ahora estaban tan entretenidas que había cambiado por completo su estado de ánimo.

La tarde amenazaba con terminarse cuando la plática se acercaba al terreno que interesaba a los muchachos. Sentados en un tronco, mirando el sol en su intento por hundirse en el mar, continuaban la conversación con las chicas:

—¿Tienen novio, muchachas?

—Teníamos pero ya no; hace poco que los dejamos. ¿Y ustedes tienen novia?

—No, hace mucho que no. Ya nos enfadamos que solo nos busquen por el dinero de mi papá.

—Pero no todas somos así. A lo mejor el amor está donde menos lo esperan —les dijo con una sonrisa coqueta la más chica de las dos.

—Sí, tal vez no han sabido elegir bien —la secundó la otra.

Otra mirada se cruzó entre ellos, y después las invitaron a caminar por la playa. Cada uno había tomado de la mano a una de ellas, que no opusieron resistencia al atrevimiento de los hermanos. Se disponían a abandonar el lugar en el que habían estado platicando cuando se les plantó enfrente don José, con su sombrero sucio y maltrecho en la mano, el cabello despeinado porque todo el día lo había llevado puesto, una camisa de manga larga a cuadros manchada con la salsa que uno de los niños le había derramado mientras comía y unos huaraches con suela de llanta y correas de cuero del color del polvo que habían juntado durante tanto tiempo trabajando en los tabacales.

—Ándenle, hijos, ya están todos arriba de la camioneta para irnos al rancho. Ya nomás los estamos esperando a ustedes —les dijo don José.

—Es que también tenemos un rancho con mucho ganado —volteó Emilio a decirles a las muchachas.

—Pero, ¿por qué les dice hijos? —preguntó una de ellas con un gesto de confusión.

—Es que es el jardinero del rancho y tiene tanto tiempo trabajando con nosotros que ya nos ve como sus hijos. ¿Verdad, pá? —les dijo Ramón, buscando la complicidad de su papá.

—¡Qué jardinero, ni qué la chingada! Órale, vámonos pa'l rancho par de cabrones —les dijo don José mientras los agarraba a sombrerozacos y corría detrás de ellos, que trataban de esquivarlo en su carrera.

—No, apá. ¡Ya nos las espantaste!

—¡Así fueran para trabajar! Y apúrense a llegar a la camioneta, porque nos van a dejar.

Las muchachas se quedaron confundidas por un instante y después soltaron las carcajadas mientras los veían perderse corriendo entre las enramadas.

—¡Ya las teníamos, les juro que ya las teníamos! —se escuchó la queja que los hermanos fueron repitiendo durante gran parte del recorrido del camino de regreso. Mientras, la incipiente oscuridad anunciaba que el Viernes Santo se estaba terminando y que la cuadrilla tendría que esperar hasta el próximo año para volver al mar.

LA GALLINA CON POLLITOS

Como todos los lunes a las 8:00 de la mañana en punto, en la primaria ya dieron “el toque”. Les tocaba darlo a los de mi salón, porque esta semana nos toca la guardia de la escuela, pero los de sexto son los más grandes y nos ganaron. Nosotros casi tenemos que brincar para alcanzar a pegarle a la hoja de fierro con la varilla de metal con que se anuncian la entrada y salida a los salones de clases, y ellos alcanzan a pegarle nomás estando parados. Hoy también nos tocan los honores y estoy nervioso porque me tocó decir el juramento a la bandera. En cuanto se escuchó el tintineo en el metal que provoca el golpeteo con la varilla en el toque, la parvada de chiquillos interrumpió sus juegos y empezó a correr hacia la cancha. A nosotros nos gusta jugar a los encantados o al fútbol, pero nada más jugamos en la hora del recreo porque ahorita temprano, si nos ensuciamos, nos regaña la maestra.

—Ja, ja, ja. Mira aquel que se cayó del teatro por brincar apresurado para llegar a la cancha a formarse— Desde la banquetta del salón de la directora donde estoy parado no alcanzo a ver quién es, pero hasta rebotó del golpe, aunque no le importó y siguió corriendo con sus huaraches en las manos para llegar más rápido y alcanzar a sus compañeros.

Me fui a la cancha y me formé en el lugar que nos corresponde a los de tercer grado; de tan nervioso que estoy me le quedé mirando al mural del salón del medio, el de sexto grado. En el muro del salón, que queda frente a la cancha, está pintado el rostro de un señor que dice la maestra que se llamaba Lázaro Cárdenas, también dice que él expropió el petróleo del país. Yo no entiendo qué quiere decir eso, pero todos los chiquillos lo vemos con mucho respeto. Dice la maestra que gracias a él nuestra escuela se llama Escuela Primaria Rural Federal 18 de Marzo, todos nos sabemos el nombre completo y hasta la clave de la escuela, los dos están escritos con letras grandes junto a una placa grandota de metal que está en la pared del

salón de la Dirección, que se puede ver desde la calle y que leemos siempre que estamos en el patio jugando fútbol.

A un lado de la cancha de los honores está el teatro; es como una banqueta muy grande y alta que en el fondo tiene una pared en la que se pueden poner varios focos en hilera, pero yo nunca he visto que le pongan y los enciendan. Dicen que antes ahí se presentaban los bailables, obras de teatro y declamaciones, pero ahora las hacemos en la cancha. En el otro lado de la escuela, pegado a la calle, está el asta de la bandera; todos los días 18 de marzo madrugamos a formarnos frente a ella para izar la bandera mientras saludamos y cantamos el Himno Nacional. Llegamos todos modorros, porque nos citan a las 6:00 de la mañana, y es que a las 8:00 empieza el desfile y en la tarde el festival con los bailables. A mi casi no me gusta bailar, pero la maestra dice que todos debemos participar.

Los empujones de mis amigos me hicieron que volteara para el salón de la Dirección, donde la directora está operando el sonido en el tocadiscos. La escolta ya está preparada, pero la maestra nos puso a marcar el paso con la música de la Marcha de Zacatecas de fondo. Después dio más órdenes. —¡Tomar distancia! ¡Firmes! ¡Flanco derecho!— Y dos de los más despistados se voltean al izquierdo. La risa hace que me relaje un poco y se me olviden los nervios. La directora regañó a los más vagos y las risas se callaron. Estamos formados alrededor de la cancha y seguimos marcando el paso, hasta que se vuelve a escuchar su voz por el micrófono del tocadiscos —¡Alto, ya!— Y todos nos ponemos en posición de firmes. —¡Saludar, ya!

Ahí viene la escolta haciendo su recorrido y me vuelvo a sentir un poquito nervioso, porque a mí me toca decir el juramento.

Nos salieron bien los honores a la bandera, a mí no se me olvidó ninguna palabra del juramento ni a mis amigos las efemérides de la semana. Ahora estamos haciendo el aseo del salón, a María, a Juan y a mí nos toca todos los lunes. Ya se fueron todos; la maestra nos pidió que cuando termináramos cerráramos la puerta, porque se nos hizo un poco tarde y ella se tenía que ir a una reunión en Santiago Ixcuintla. Cuando la escuela está así de sola a mí me da miedo,

y dicen mis amigos que a ellos también les da un poco. Nos estamos apurando a barrer y juntar la basura, mientras platicamos de historias de miedo. Estamos espantados, pero nos gusta hablar sobre eso.

—Dicen que en las tardes se escuchan voces en los salones, y mi mamá me dijo que a lo mejor es porque los gritos y las risas de la hora de clases se quedan guardados entre las paredes.

—A mí me dijeron que en la cruz que está a un lado del cancel y de los árboles de tabachín de la entrada, en las noches se aparece el señor que ahí murió, que camina por debajo de los árboles y que los perros de Esther Mendoza y los de Pancho López se la pasan ladrando y aullando cuando lo ven. Me dijo mi primo que una vez que fue a la tienda de Herminia como a las 9:00 de la noche vio unas sombras abajo del árbol y mejor se fue corriendo, dice que los perros tenían un escándalo que hasta al más valiente le hubiera dado miedo. Dicen que los perros pueden ver a los muertos y aparecidos.

—Dicen que el señor que murió donde está la cruz era pariente de la familia Parra, de “los tacuaches”.

—Sí, y a mí también ya me habían dicho que los perros pueden ver a los fantasmas, que si uno se pusiera sus lagañas en los ojos también podría verlos.

—¡Qué miedo!

—¿Y ya saben lo de la gallina con pollitos?

—Yo sí.

—Yo también. Pero vamos por agua para trapear, porque ya me dio miedo ir yo sola.

—Qué bueno que fueron conmigo, yo no hubiera ido sola. Tenemos que apurarnos a trapear... ¿Oyeron eso? ¡Oí un ruido en el salón de los de quinto!

—Yo no.

—Yo tampoco. ¿Qué fue?

—No sé. Fue un ruido como si se hubiera cerrado la puerta. A ver, dejen asomarme. No se ve nada, la puerta ya está cerrada. Apúrense para irnos porque tengo miedo.

—Dicen que entre los salones del fondo sale una gallina con pollitos, que a muchos se les ha aparecido y los ha asustado. Me dijo mi

tío que desde que él estaba en la escuela ya se aparecía y mi primo, el que está en Estados Unidos, una vez que vino dijo que también a ellos se les había aparecido. Todos en el rancho saben de la gallina con pollitos que se aparece en la escuela. Dicen que siempre sale en la tarde. ¿Tendrá algo que ver el ruido que oíste?

—A lo mejor sí. ¿Y si dejamos la cubeta y el trapeador a un lado de la puerta y mejor nos vamos?

Se escuchó un estruendo en el salón de al lado, como si alguien hubiera azotado la puerta, los tres soltamos un grito, agarramos las bolsas de los libros y salimos corriendo.

—¡Córranle, que ahí viene la gallina con pollitos!

No nos detuvimos hasta que llegamos al árbol de huanacaxtle de la plaza y nos sentamos temblorosos en las piedras que están en la sombra. Nos asomamos hacia la escuela y vimos que la directora ya estaba cerrando el salón porque lo dejamos abierto. Volteamos a vernos y soltamos la carcajada porque descubrimos que los ruidos los hizo ella, azotando las puertas de los salones cuando los estaba cerrando. Nos fuimos todavía sonriendo y jugando entre el polvo y las piedras sueltas de las calles, felices de que por esta ocasión nos salvamos de ver a la gallina con pollitos que tanto miedo nos provoca a los niños del rancho.

DOMINGO DE FUTBOL

Es domingo, casi las tres de la tarde. Está listo el uniforme deportivo, las calcetas ajustadas y los zapatos de futbol bien atados, mientras el nervio característico del previo de cada partido recorre el cuerpo de los jugadores de pies a cabeza. La gente empieza a llegar y tomar sus lugares bajo los árboles de guamúchil que flanquean el borde de la cancha; algunos se dirigen a la cantina que está a un costado de una de las porterías. Necesitan una cerveza para apaciguar el calor de la Costa de Oro Nayarita. Toda una semana de trabajo duro, en el ensarte, la cuadrilla de corte de tabaco, el riego o en “la faina”. Dicen que “fainear” es uno de los trabajos más pesados, ir a las parcelas con la brisa de la madrugada a arrancar la plantas secas de frijol, trabajar agachado hasta que sale el sol, que con su calor tuesta las plantas y ya no permite seguir las extrayendo de la tierra, debido a que las vainas secas se desgranar al estrujarlas.

El calentamiento. Disparos a la portería, que en muchos de los casos se estrellan en el muro que está detrás, en la barda del cine de Raúl Rivera, “El Loco”, mientras que otros balonazos golpean en la cantina y algunos se van hasta el terreno de Nicolás Aguilera, “La Rata”. El público masculino que acostumbra buscar acomodo a lo largo de toda la barda esquiva los balonazos en medio del griterío, las bromas y las palabras altisonantes que usamos por esta región. Acaban de “pendejear” al que voló el balón, tampoco le faltaron las mentadas de madre. La carrilla es una de las características más divertidas y distintivas del rancho.

El cerro de Peñas, el de Coamiles y el de La Piedrera permanecen a la expectativa a lo lejos. De vez en cuando el aire caliente lleva ráfagas con olor a tabaco seco. Los niños buscan comprar unos duritos, un helado, unos cueritos con pepino, un pico de frutas como jícama, pepino, sandía y naranja, o un tejuino. Las señoras y

muchachas empiezan su griterío de apoyo a los jugadores mientras se acomodan a la sombra de los árboles.

El silbatazo inicial. El equipo contrincante viene del pueblo Puerta de Mangos, uno de los equipos con los que se tiene mayor rivalidad; estos partidos poco a poco se han ido convirtiendo en un clásico por la intensidad y su buen nivel de juego. Gente de otros pueblos llegan hasta el rancho para ver el partido. Se escucha el silbatazo del árbitro; “El Amaral” va a ser el juez en este encuentro. Él es uno de los árbitros más populares en el municipio de Santiago Ixcuintla. Desde la cantina salen los gritos de “ánimo, cabrones” y la algarabía que provocan el gusto y la pasión por el fútbol.

Entre la cancha y la banca, entre jugadores experimentados y los jóvenes que apenas empiezan a jugar en la categoría de primera fuerza, se encuentran futbolistas populares en la historia del deporte en el pueblo: Antonio Olea, “El Moya”; Leandro Flores, “El Patas”; Gildardo López, “Don Chevo”; Mario Ramírez, “El Nueve”; Gabriel Meza, “El Chato”; Rosendo Romero, “El Sida”; Sergio Ruiz, “El Piojo”; Nicolás Ramírez, “El Zopi”; Guillermo López, “El Faroles”; Alfredo Ríos, “El Bahía”; Óscar López, “El Chonte”; Gerardo Jiménez, “El Yayo”, y los jugadores de fuera que vienen hasta el rancho porque les gusta jugar aquí: “El Caballo”, “El Chuchú”, “El Ayón”, entre otros. Dicen en otros pueblos que no saben qué sucede en mi rancho que, siendo un pueblito tan pequeño, tiene tanto fútbol. Recuerdo que una vez escuché que un señor mayor que estaba en la porra foránea comentó: “Este ranchito, Paredones, es como un Brasil chiquito. Ah, cómo tiene jugadores buenos”; me llené de gusto y pensé: “Cuando yo sea grande voy a jugar en este equipo”.

El medio tiempo. Mis amigos y yo jugamos a dominar el balón o a los penaltis a un lado de la cancha, frente a la casa de Beto Ledón, “El Bule”, y ahorita, en el medio tiempo, cuando los jugadores se van al descanso, jugamos al “mete gol” en las porterías. Siempre jugamos descalzos porque aquí tener taquetes es un lujo y porque por la falta de costumbre de usar zapatos no se juega a gusto ni bien, uno se vuelve torpe con ellos.

El partido está empatado a un gol por cada bando, la porra se enfrasca en una guerra de gritos y los jugadores se sientan en el pasto bajo los árboles de guamúchil a comentar y analizar las fallas y qué se puede mejorar. Algunos muchachos y señores con cerveza

en mano se acercan a dar palabras de aliento y a opinar sobre la táctica; ahí sale el director técnico que todos llevamos dentro. Arturo Ramírez, “El Ramadas”, es quien dirige el equipo; comenta con unos y con otros pensando en algún cambio que ayude a mejorar. El último trago de agua y a regresar a la cancha.

Ya estamos en el minuto 35 del segundo tiempo y vamos ganando 2-1; los gritos de las dos porras, el éxtasis que provoca nuestra pasión futbolera, el sudor y los raspones de los que están dentro de la cancha, la adrenalina y los nervios invadiendo hasta el último rincón del cuerpo. No sé si se vaya a mantener el resultado o nos alcancen en el marcador, pero las emociones están a flor de piel. Me gustaría que la final de este torneo fuera contra Puerta de Mangos. Me siento emocionado porque hoy es día de fiesta, de diversión, de convivir con los amigos y de tomarse una cerveza. Es día de fútbol. Es un domingo por la tarde en la cancha de Paredones.

Mientras aumentan la pasión y el volumen de los gritos, se va terminando el partido, igual que se empiezan a apagar los calientes rayos del sol que se pierden entre el escándalo y las emociones, rodeados por los campos de tabaco y frijol.

LAS TIERRAS DE “EL MARRO”

No me gusta regar de noche en estas tierras porque en el rancho cuentan varias historias de aparecidos, de gente a la que aquí han asustado y, aunque no creo mucho en eso, me siento incómodo. Se siente algo raro por las noches aquí, en las tierras de Jorge López, “El Marro”; ha de ser porque son las 12:15 de la noche y dicen que a media noche es la hora del demonio y es cuando salen las ánimas. Las plantas de tabaco de la parcela me llegan hasta el pecho, las más altas y floridas son mayores que mi estatura y evitan que vea hasta el otro extremo del terreno, hasta donde está el canal, y a donde hace unos minutos se fue mi primo Ramón, “El Monchi”, para encender la bomba de riego. Él empezó a alejarse por el tabacal y yo estaba acarreando los últimos tubos y aspersores cuando empecé a voltear hacia los lados y hacia atrás. Creo que son mis nervios los que hacen que sienta alguna presencia, siento que alguien me mira, pero no encuentro a nadie. Ha de ser mi imaginación. Encendí mi lámpara, limpié un poco el lodo que le había manchado la pantalla, apunté el haz de luz hacia el cerro de don Vicente y hacia los callejones que se forman entre las parcelas, y no hay nada. Tanta oscuridad y lo cercano del monte hacen que me dé más miedo. El motor de la bomba ya debería haber rugido, ya debería estar funcionando. Sin que yo lo quiera respiro más profundo, y el corazón empieza a dar unos latidos más rápidos. Este silencio no me gusta.

Yo siempre me burlaba cuando me decían que en las tierras de “El Marro” asustan y ahora estoy igual que ellos. Trato de pensar en otras cosas pero no puedo, tengo miedo. Sigo esperando que encienda la bomba; no han pasado ni dos minutos desde que terminé de enganchar el último tubo y yo lo he sentido como una eternidad. Sigo intranquilo porque en el monte de pronto se escuchan ruidos de las aves y demás animales nocturnos, y de repente todo se queda otra vez en silencio, al rato se vuelven a escuchar y luego se callan.

En una de esas escuché el choque de metales en donde está la bomba creo que con una llave mecánica “El Monchi” está golpeando las terminales de la batería que se ha de haber descargado o no está haciendo contacto y por eso no ha de encender. Otra vez ya no se escucha nada.

Con la luz de la lámpara descubrí un par de ojillos que brillaban con el reflejo y enseguida desaparecieron, se ha de tratar de un conejo y hasta eso me está asustando. Apunté la luz hacia mis pies llenos de lodo para que “Monchi”, en la orilla del canal, no crea que le estoy haciendo señas y por eso siga tardando en encender la bomba. A lo mejor por mi culpa no la ha encendido. Sigo impaciente y nervioso, pero los latidos y la respiración ya volvieron a la normalidad. La luz de la lámpara se volvió más opaca, se me olvidó comprarle pilas en la tienda de Herminia. La iluminación se vuelve más tenue. Lo sacudí y por momentos ilumina más, pero se vuelve a poner opaca. Me senté en el último tubo de la línea de los aspersores y con la poca luz que produce el foco apunté a las plantas de quelite y verdolagas que están mojadas en el callejón. Lo que vi me dejó helado y estático por un momento. El corazón me empezó a retumbar al instante, sentí un escalofrío que me recorrió el cuerpo y me sacudió la cabeza; la impresión fue tan fuerte como un golpe en la nuca.

Donde empezaba la tierra mojada apenas con unas marcas de gotas entre el polvo, antes de donde el terreno estaba lodoso por el agua del riego, iluminé unas marcas parecidas a las huellas de unos pies, pero si en verdad son huellas, no las hice yo. Parecen las huellas de unos pies mucho más pequeños que los míos, yo no creo en espantos y esas cosas, pero el miedo ya me hizo dudar. Con la respiración agitada traté de iluminar ese lugar desde el tubo en el que estoy sentado, pero la luz se hizo más pequeña y ya no llega bien. Me levanté para ir a revisar y de prisa volteé para atrás. ¡Sentí algo! ¡Son mis nervios o aquí hay algo! ¡Puedo jurar que yo sentí a alguien a mi espalda! Ya estoy muy asustado volteando para todos lados. ¿Por Dios, a qué hora se va a encender la bomba?

El miedo me invadió completamente, ya no puedo razonar ni pensar con calma. En el tabacal y esta noche en la que de pronto se siente tan feo... Empiezan a rondar por mi mente las historias de aparecidos que me habían contado mis amigos cuando nos juntába-

mos bajo el Árbol de las Promesas o junto al poste de la esquina de la casa de Valerio, frente a la plaza, mientras comíamos de los cacahuates que comprábamos con don Pancho, “Pantera”. Me acordé de la mujer vestida de blanco a la que siguió Alfonso Ríos, esa que caminaba hacia el monte sin tocar el suelo mientras él iba tras ella; del ánimo que se sentó a un lado del asiento del tractor que manejaba Leopoldo Mendoza, “El Pollito” y que él se tuvo que ir corriendo a su casa dejando la máquina encendida hasta que se apagó por la mañana cuando se le acabó el combustible; de los duendes que le salieron a José en la higuera que le dicen La chalata; del soldado que se aparece caminando por la loma; de las brujas que vuelan convertidas en bolas de fuego, y del enorme perro negro con los ojos como de lumbre que han visto muchos en el rancho. Yo siempre me burlaba de ellos y ahora no puedo controlar todo este miedo.

Por más que volteo al canal, la bomba no se enciende. Estoy dudando de irme para allá, al remolque cargado con los tubos y los aspersores que no utilizamos, donde están las hamacas y las cobijas en las que nos acostamos a descansar. Esa raza cargada con los tubos está a un lado de la bomba que mi primo intenta encender. Lo único que me detiene es que se va a burlar de mí y les va a decir a los demás amigos, voy a tener carrilla para todo el año. Con un impulso de valor me encaminé hacia donde hace un instante vi las pequeñas huellas, hacia el callejón junto al cerco de alambre de púas. Había dado dos pasos cuando escuché el crujido de unas hojas de las plantas de tabaco rompiéndose en los surcos que estaban detrás de mí, el ruido se desplazaba rápidamente hacia adentro del surco como si alguien estuviera corriendo y las fuera arrancando con el cuerpo a su paso. El miedo se volvió tan insoportable que me quedé congelado, no podía moverme ni gritar, y yo quería gritar. Por fin me di la vuelta para correr. Tengo que llegar hasta la bomba con mi primo, esto ya no es normal.

Estaba a punto de irme corriendo... Se escuchaban más hojas rompiéndose frente a mí, luego al otro lado, también a mi espalda. Ahora era como si alguien corriera una vez más, pero esta vez en sentido opuesto. Volteé hacia un lado y hacia el otro pero no vi a nadie.

La bomba se encendió con un estruendo, una columna de humo subió por el aire. Los sonidos entre los surcos ya no se escuchaban.

Me detuve. Desde la otra orilla “El Monchi” me hacía señas con su foco y yo con el mío trataba de contestarle tembloroso. Los aspersores de la orilla donde él estaba empezaban a arrojar un poco de agua. Ahora solo se escuchaba la bomba. Seguí volteando a todos lados tengo miedo, pero aquí no hay nadie. Solo voy a esperar a que el agua llegue al último aspersor de esta orilla y me voy a ir corriendo, no voy a revisar que estén funcionando correctamente, ya no me importa que se burlen de mí y tampoco me importa si me creen o no lo que me está pasando.

Los aspersores fueron arrojando agua uno a uno; el líquido iba avanzando por la línea, y a mí me parecía que iba muy lentamente. Faltaban tres aspersores para que llegara al final de la línea, hasta el último de ellos, cuando sacudí la lámpara e iluminó mejor que hacía un rato. Cuando el agua llegó al último, apunté la luz hacia un lado del lugar donde había visto las huellas, pero no alcancé a verlas porque el chorro las estaba borrando; con el haz de luz seguí las hebras del alambre de púas del cerco hasta llegar al tronco de guamúchil que está en la esquina y la regresé al inicio de los surcos. La luz se volvió opaca otra vez y ya no pude distinguir bien la silueta blanca que salía entre las plantas de tabaco y se desplazaba lentamente hacia el cerco. ¡Cruzó caminando por las líneas de alambre de púas del cerco! ¡Las atravesó! Me quedé como hipnotizado viendo cómo se iba alejando y entonces grité lo más fuerte que pude, pero no salió ningún sonido; me fui corriendo para donde estaba mi primo, rompiendo hojas y plantas a mi paso, y tropezando con los terrones durante la carrera. Seguía sin poder gritar. Dice mi primo que llegué junto él casi llorando.

Yo me acuerdo de todo eso pero dicen que a lo mejor lo imaginé, porque después de eso ya no supe nada, solo recuerdo que ya estábamos en mi casa y mi mamá nos servía un café bien cargado. Dice “El Monchi” que apagó la bomba y nos vinimos corriendo y en partes caminando de prisa, ni siquiera se nos ocurrió venirnos en las bicicletas, que se quedaron recargadas en la raca de los tubos. No me creen porque en la mañana que mi tío Ramón, el papá del “Monchi”, nos acompañó y buscamos las huellas no había nada; yo les digo que se borraron con el agua que arrojaron los aspersores, también dicen que en mi carrera yo rompí las hojas en los surcos, pero esas no las rompí yo. Lo recuerdo todo bien. Yo lo escuché,

ahí había algo. Y la mujer de blanco ya se había aparecido antes, hay más historias de ella en ese lugar.

Dicen que debido al miedo que me provocaron esas historias imaginé todo, que “se me borró el casete” o que son inventos míos. Los niños sí creen mi historia, sobre todo cuando se portan mal y las señoras los asustan con mi anécdota: “Si no te portas bien y sigues de vago, te va a pasar lo mismo que al sobrino de Ramón. Según él no creía en el diablo, y cuando se le apareció el ánima de la mujer de blanco hasta se andaba volviendo loquito, síguete y a ti te va a pasar igual”.

EL LOCO DEL MACHETE

Habíamos ido a pescar al canal para el lado de las tierras de cultivo del llamado Grupo Número Uno, las que están cerca del pie del cerro de Peñas. Nuestro lugar favorito para pescar con anzuelo era donde está una roca dentro del canal, la cual sobresale del nivel del agua, frente a las tierras de José Ríos, “El Comején”, pero esa tarde no tuvimos suerte, no pudimos pescar ninguna mojarra, ni siquiera un puyeque. Así que nos regresamos caminando por el bordo del canal, por la vereda bajo los árboles de guamúchil, pimientillo, guásima, huanacaxtle y guamuchillo. El camino estaba lleno de hojas secas de estos árboles, a los costados había coatantes, zacatales de parán y demás arbustos y plantas, y más allá del bordo estaban las tierras del grupo con sus cultivos de maíz, frijol y sorgo.

Pasamos por el puente de troncos que está frente a las tierras de Anastasio González, “Tacho”, que sirve para cruzar el pequeño cauce de agua que se escapa del canal y forma los humedales en las tierras del grupo, a las que también conocemos como La Laguna. Caminábamos mientras el canto de las aves se iba silenciando a nuestro paso y ellas se alejaban de las ramas de los árboles. Emprendían la huida las cocochas, güilotas, chicurras y zanates, y algunas codornices formadas en fila se perdían corriendo entre el zacate. Desde el agua, los patos pichichines, zarcetas y patos culebreros levantaban el vuelo, y en la orilla las garzas dejaban de picotear los pececillos para alejarse debido a nuestra presencia. Volteamos a la izquierda y allá en el cerrito se veía el caserío del pueblo Paredones. Pude imaginar el cacaraqueo de las gallinas y el canto de los gallos bajo los árboles de mango, tamarindo, ciruelas o guayabas, y el ladrido de los perros al paso de la gente por las calles llenas de piedras y polvo.

Mi primo y yo cruzamos el puente de troncos y seguimos caminando hasta que dimos la vuelta en la curva del camino y pasamos

frente a los viejos muros que están dentro del canal, donde este forma una “T”. Esos muros de adobe cocido antes formaban una compuerta y a ese lugar aún lo seguimos llamando así, “La Compuerta”. En ese lugar el camino forma una curva. Llevábamos una bolsa al hombro, en una mano un bote con lombrices que nos servían de carnada y un anzuelo en la otra. Mi tío nos los había construido la caña de pescar con una vara de guásima, hilo de cáñamo y anzuelos que le habíamos comprado a Doroteo Aguayo, e hizo la boya con la suela de una sandalia vieja que encontramos en el basurero. En el rancho dicen que con Doroteo puedes conseguir casi cualquier cosa, hasta comprar puntería. Si juegas canicas, fútbol o béisbol, si tiras con la resortera o disparas con la escopeta y no aciertas, los muchachos te dicen que deberías comprar puntería con Doroteo. Es una frase popular en el rancho —¡Compra puntería con Doroteo!

Del otro lado del canal, por el lado de las parcelas de Las Casas, había dos desconocidos pescando con una atarraya. Estaban frente a las tierras de Antonio Murillo, “El Rayo”. Lanzaron la atarraya y nos detuvimos a ver con algo de envidia cómo caía formando una circunferencia casi perfecta en la superficie del agua y después la sacaban con cinco mojarras grandes y blancas. Vimos cómo las metieron en su bolsa tejida con hilos de plástico y enseguida nos alejamos, continuando nuestro camino por la vereda de tierra negra y agrietada del bordo. Cruzamos otro puente hecho con troncos y sacos llenos de tierra, donde otra corriente de agua también se escapa del canal y alimenta aún más el humedal lleno de plantas de “reinas”; así le decimos en el rancho al lirio acuático que cubre las aguas de las tierras del grupo, las cuales sirven de estancia para diferentes tipos de aves que se alimentan de peces. Cruzamos un falsete de alambres de púas, y bajo la sombra de un árbol de guamúchil escarbamos hasta dejar al descubierto unas raíces superficiales en las que colocamos las lombrices que nos habían quedado en los botes, aunque ya estaban más muertas que vivas. En las ramas del árbol estaba un panal de avispa de los que conocemos como “huevo de toro”, un panal redondo que en ocasiones toma una forma entre aplastada y alargada. No me di cuenta de que mi primo juntó unos terrones, solo vi cuando le tiró con ellos. Al segundo tiro le pegó, se alborotaron las pequeñas avispa negra y nos alejamos gritando y corriendo para evitar que nos picaran.

Llegamos al recodo del canal que está frente a las tierras de Juventino Parra, “El Tacuache”, corrimos por la alfombra de pasto que se forma en ese lugar y jugamos entre saltos, luchas y algunas maromas. El agua fresca y la corriente suave, en la que el viento formaba pequeñas olas, era una invitación difícil de despreciar después de la caminata, la carrera y los juegos, que nos dejaron cansados.

Nos quitamos las camisetas y las dejamos en el pasto junto a los huaraches y los anzuelos, y dentro del agua seguimos jugando. Nos lanzábamos desde la orilla en competencias de clavados, jugamos a ver quién llegaba nadando primero a la otra orilla o quién duraba más tiempo zambullido bajo el agua, entre carcajadas y el escándalo que provoca la infancia. Cuando ya estábamos solo flotando en el agua o haciéndonos el muertito debido al cansancio, vimos a un señor con el dorso desnudo y la camisa al hombro, que cruzaba por el falsete de alambre que da a las tierras de “Tacuache”. Volteamos hacia él y, a pesar de nunca haberlo visto antes, al instante lo reconocimos. Coincidió con la descripción que nos habían dicho en el rancho del viejo loco que hacía dos días había matado a un señor que le decían “El Tepo”. Era un tipo güero, calvo, con barba y bigote, un tatuaje en el pecho y llevaba un machete en la mano.

Siempre nos habían dicho que la locura era signo de maldad. A todos, cuando niños, nos asustaban cuando nos portábamos mal o no queríamos hacer algún mandado, diciéndonos “te va a robar Chilo Corcoveo en su petaca”, “te va a llevar El Momo” o “Vas a ver, ahí viene Pancho El Loco”. Cualquiera que luciera o se comportara de forma extraña, como estas personas, para nosotros estaba loco y seguramente era alguien malo, era alguien que nos podría hacer daño. Pero este que se acercaba al canal era otro tipo de loco, era más malo porque tenía un tatuaje y para nosotros eso intensificaba su maldad; además, él había matado a una persona. De los otros, solo recibíamos sustos y amenazas por parte de los mayores, y más de una vez dudamos de que en realidad estuvieran locos y fueran malos; sin embargo de este no había nada que pensar, matar a alguien era signo de locura y maldad. Para nosotros, el que continuara rondando los alrededores del pueblo significaba que no le importaba lo que había hecho y que podría matar a cualquiera con su machete sin sentir ningún remordimiento.

A nuestros nueve y diez años de edad de cada uno, no alcanzábamos a comprender el verdadero significado de la maldad, era como una fantasía, como cuando nos tocaba el papel de villano en nuestros juegos o como la de los personajes que veíamos en las caricaturas de la televisión. No entendíamos el sadismo con que este tipo había asesinado a machetazos a uno de nuestros vecinos, cómo le había causado tantas heridas que le provocaron la muerte aquella madrugada, desangrándose mientras se arrastraba y se quejaba por la calle en busca de ayuda. Ni el alcohol ingerido por ambos, el coraje provocado por alguna riña entre ellos o el robo de dinero de que fue víctima “El Tepo” podían explicar tanta saña y crueldad. Hasta entonces no habíamos conocido a alguien que fuera capaz de matar por un puñado de billetes, en el rancho eso no tenía lugar. No teníamos idea de lo que en realidad era el mal.

Cuando cruzó el cerco de alambre de púas, nos acercamos a la orilla del canal para salirnos del agua y él siguió de paso sin acercarse a nosotros, aun así pudimos ver las manchas de sangre seca en la hoja de metal que daba la impresión de estar oxidada. Se acercó al agua como a veinte metros de nosotros, casi en la curva del canal, puso su machete en el pasto y empezó a lavar su camisa con un jabón que sacó de la bolsa de su pantalón. Nosotros no lo perdíamos de vista y él en todo momento nos estuvo viendo de reojo, desde que cruzó el alambre no nos descuidó ni un momento.

Nos pusimos nuestros huaraches y camisas, tomamos los anzuelos y nos fuimos por las tierras de “Tacuache” caminando despacio, como si con eso él no se fuera a dar cuenta de que sabíamos quién era; nos alejamos volteando para atrás a cada rato. El loco del machete también volteaba a vernos y cuando ya íbamos lo suficientemente lejos, se lanzó al agua a bañarse. Íbamos acercándonos a las tierras de Neo Aguayo, en la orilla del pueblo, cuando empezamos a correr hasta la subida que está en la entrada, en el lugar donde están los corrales de las vacas de don Rubén Ramírez, “El Trancas”, el lugar que conocemos como “La Cuata”. Ahí nos detuvimos y nos sentamos en la grama a descansar y a que se nos pasara el susto.

Nunca les contamos a nuestros amigos ni les dijimos a nuestros papás por miedo a que nos fueran a regañar. A los días, la policía atrapó en Santiago Ixcuintla al viejo del machete gracias a que los muchachos del equipo de fútbol del rancho lo vieron caminando

por las calles de la colonia CTM con su machete en la mano y les dijeron a unos agentes de la policía que encontraron a bordo de una patrulla. Los mismos muchachos les ayudaron a perseguirlo por las calles y a buscarlo entre los matorrales en los que se escondió.

Nosotros nunca dijimos que días antes lo habíamos visto en el canal bañándose en sus aguas con el machete en la orilla custodiándolo; tampoco dijimos que vimos frente a frente la verdadera locura y maldad cargando una hoja de acero con marcas de sangre en su mano derecha.

PARTE II
UN LUGAR CUALQUIERA

ANITA

Yo la miraba con atención, sin poder despegar la mirada de sus ojos, de su sonrisa, de cada uno de los gestos en su rostro que me encantaba. Fingía, según yo muy bien, que escuchaba con atención lo que ella hablaba frente al grupo. Estábamos en tercero de secundaria y por su culpa a mí me gustaba ir a la escuela; es más, hasta me bañaba en las mañanas. Yo me extravié escuchándola hablar y me alejé de la realidad hasta llegar al fondo de mis fantasías. La miraba sin escuchar, el aula perdió sus dimensiones, habían desaparecido espacio y tiempo como muchas otras veces que me había sorprendido fuera de mí, sintiéndome muy cerca de ella estando tan lejos, acariciando su rostro con mi mirada.

La maestra me sacó de mi viaje mental cuando me atacó con un agujón, como si repentinamente me diera un pellizco de los que tanto me molestan. Me lanzó la pelotita caliente con la que yo hacía malabares para intentar contestar; las ideas me llegaban y luego se alejaban, turbulentas y revueltas como olas en el mar durante la época de lluvias. Mis pensamientos iban y venían, arrastrando con violencia agua turbia, arena, escombros y desechos. ¿Por qué me había preguntado a mí sobre lo que hablaba Anita? ¿Por qué a mí, si siempre preguntaba a los que no ponían atención y yo había fingido muy bien que la escuchaba concentrado? Aunque la realidad era que toda mi atención se había posado en aquella niña con falda a cuadros hasta las rodillas, de piernas creo que más bien flacas, blusa blanca con botones, cabello mal peinado y un mechón revoltoso que constantemente cubría su cara e impedía la visibilidad de la parte izquierda de su rostro desde la frente hasta la mejilla. Yo tenía bien grabada la imagen de ella haciendo un movimiento gracioso mientras apartaba el puño de cabello que cubría sus ojos, su cara quedaba despejada un instante y después el racimo de cabello encontraba su lugar una vez más, cubriendo parte de su mirada.

—A ver Andrés, al parecer pusiste bastante atención ¿Qué me puede decir de lo que acaba de hablar su compañera? Dígame con sus propias palabras lo que ella nos acaba de explicar —me indicó la maestra. La respuesta no encontraba acomodo donde deberían de estar las ideas, no encajaban las palabras donde no había ninguna frase. No sabía qué decir porque no había escuchado nada, como otras tantas veces.

Los colores se me subían, el silencio se sentía como la densidad de la neblina que en las mañanas cubre los cerros que se ven desde el patio de la escuela, aprovechando que está en lo alto del pueblo. Allá se ve una nube de algodón pasando la laguna, junto al cerro de Peñas. La niebla cubre el pie del cerro de La Piedrera, va comiéndose a su paso los pantanos cercanos a la laguna, avanza por las parcelas de Las Casas y por los plantíos de tabaco y las siembras de maíz, sorgo y frijol; se pierden de vista las vacas y caballos en los potreros, van desapareciendo los cerros poco a poco, junto con lo lejano y azul de la Sierra de Álica, hasta que se pierden y se esconden como lo hizo mi respuesta.

Todas las miradas pesaban sobre mí, me señalaban como si me acusaran; sentía que los pares de ojos se multiplicaban y que mi cabeza se llenaba con la neblina de la montaña. Miré a Anita y le sonreí apenado.

—No sé —le contesté a la maestra, provocando algunas risas y burlas entre mis compañeros.

La maestra se limitó a sonreír, pues se había dado cuenta de lo que me había pasado y, al parecer, quiso darme una lección exhibiéndome ante los demás, pero no había necesidad de hacerlo, pues todos sabían lo que me pasaba. La maestra apuntó en otra dirección y atacó con otras preguntas, las caras de burla ahora se convertían en una máscara de angustia, enredados entre la maraña de sus propias palabras intentando contestar las preguntas que ahora los acosaban. Yo no me reí de ellos porque ya sabía lo que se sentía estar en su lugar.

Anita se dio cuenta de mi alivio cuando las preguntas tomaron un rumbo distinto al de mi lugar; ella se daba cuenta de todo lo que me pasaba, pero fingía ignorarlo, ya la había descubierto en varias ocasiones mirándome como yo la miraba y, al igual que yo, ella también volteaba hacia otro lado cuando se sentía descubierta, como si nada

pasara. Descubrí ese juego desde hacía tiempo. Llevábamos muchos años en el mismo grupo, desde la primaria. Recuerdo que hacíamos trabajos juntos en la escuela y tareas en su casa, y yo me sentía entre las nubes solo con verla, había algo que se arremolinaba dentro de mí y me hacía sentir bien. Yo solo tenía que mirarla. Podría haber pateado la luna y unas cuantas estrellas de tan alto que me ponía a volar y de la alegría que sentía cuando estaba junto a ella.

Entre la algarabía y la discusión provocada con las preguntas de la maestra llegó la hora del recreo. Anita, Lupita, Sara, José “El Pollo” y yo acostumbrábamos sentarnos en la banqueta del salón, frente al asta de la bandera, a comernos las frituras y refrescos que comprábamos en la tiendita de la escuela. Entre bromas y juegos, el tiempo se iba pasando. Nosotros ya no jugábamos con los demás porque ya éramos de los grandes, ya estábamos en tercero y, además, los más chicos actuaban como niños todavía. Bueno, eso nos decían nuestras amigas y hacían que “El Pollo” y yo nos sintiéramos muchachos grandes.

“El Pollo” se juntaba con nosotros porque a él le gustaba Lupita; Lupita era la mejor amiga de Sara, y a Sara le gustaba “El Pollo”, pero nunca se lo había dicho a nadie aunque no era difícil adivinarlo. Anita era prima de Sara, y “El Pollo” y yo éramos amigos desde niños, él vivía frente a mi casa. Desde que éramos chiquillos compartimos juegos de trompos y canicas, juntábamos y coleccionábamos las estampas que salían en las frituras y galletas, aprendimos a jugar fútbol en el mismo equipo y cuando éramos más chicos nos agarramos a golpes cientos de veces. Ahora compartimos visitas a la casa, la plática, confesiones, consejos, dudas y secretos. Poco a poco hemos aprendido a vivir y seguimos aprendiendo mientras echamos a perder.

Todos fingíamos que no pasaba nada, que no sabíamos lo que sucedía con los demás, aunque en realidad sabíamos todo sobre todos. Si no podíamos guardar nuestros propios secretos, menos los de los demás. Lo que uno le confiaba al otro, este otro se lo contaba alguien más y, al final, los cinco nos enterábamos de todo con el típico “Pero no le vayas a decir a nadie, eh”.

Anita era la más inteligente del salón y también muy callada, mientras que Sara y Lupita eran más escandalosas y gritonas, siempre creí que era porque querían llamar la atención. A Anita sus pa-

pás le compraban muchas cosas para la escuela; ella siempre tenía lápices, plumas, sacapuntas, reglas y los cuadernos y mochila más bonitos. Casi siempre eran color rosa, con estampados de princesas y esas cosas de las niñas. Le gustaban mucho los detalles. Ella acostumbra jugar con su lapicera favorita, la que tenía unos corazones. Tenía la manía de morderle la tapa, la llevaba de una mano a la otra o me pegaba con ella mientras reía y yo fingía que me molestaba pero la realidad era que ese juego me encantaba, me gustaba ser el centro de su atención.

A ellas les gustaba hablar sobre las telenovelas pero a “El Pollo” y a mí nos molestaba y nos aburría esa plática.

—Las novelas son para las mujeres, tienen historias muy ton-tas y ridículas, siempre se la pasan llorando y no son realistas. A los hombres nos gusta el fútbol o el box —les decíamos una y otra vez. Y no es que fuera algo que se nos hubiera ocurrido a nosotros, solo repetíamos lo que mi papá le decía a mi mamá cuando ella se apoderaba de la tele y él quería ver un partido de fútbol en la casa. Nosotros lo imitábamos para sentirnos hombres grandes, pero la realidad era que preferíamos ver las caricaturas. Y la realidad también era que mi papá siempre terminaba yendo a ver el partido con el vecino, a la casa del papá de “El Pollo”.

En esa ocasión, mientras Anita comía sus papas fritas nos contaba que sus papás estaban enojados porque a su mamá se le quemó la comida por estar mirando la telenovela; su papá se enojó, le apagó la tele y ella también se molestó con él porque ya eran los capítulos finales.

—Y tan buena que quedó —dijo Sara—; Luis Fernando, el protagonista de la novela, ya descubrió que don Rodolfo, el villano de la historia, en realidad es su papá y que su esposa Roberta, ¡ay, cómo la odio!, le es infiel con su propio hermano.

—Y la tonta de Milagros, la protagonista, haciéndose a un lado para que se casara con Roberta nada más porque estaba embarazada, ¡y el chiquillo ni es de él, es de su hermano! —comentaba emocionada Lupita.

—¡De todos modos, ya saben cuál va a ser el final! —interrumpimos en coro “El Pollo” y yo, pero ni siquiera nos escucharon.

Una vez papá dijo enojado que la televisión y las novelas un día van a dejar tonta a mamá, y mi hermano mayor, que por cierto

tenía unas ideas muy locas, dijo despacito que nada más servían para apendejar a la gente jodida. Yo no entendí lo que quiso decir, porque estaba viendo un programa especial de futbol del equipo América, el que más estrellas contrata en el país. Ese es mi equipo favorito, pero “El Pollo” les va a las Chivas de Guadalajara, el más popular porque todos sus jugadores son mexicanos. Dice que se siente orgulloso cuando salen en la tele con sus mejores jugadas y porque que todos son de México.

Creo que mi hermano estaba influenciado por “El Carnal”, un señor muy raro que tenía poco viviendo en el pueblo y le pusieron ese apodo porque cuando te encontraba te decía “quihúbole, carnal”, “qué pasa, carnal”, “buenos días, carnal”, “¿cómo estás, carnal?” A todo mundo nos decía carnal. A mis amigos y a mí nos daba un poco de miedo porque era muy extraño. Vivía solo, escuchaba música loca en inglés, tenía un tatuaje en un hombro, el cabello largo, chino y abultado tipo afro, tocaba una guitarra muy vieja, vestía ropa extraña, de *jipi* decían en el pueblo, y contaban que en su casa tenía muchas revistas y libros regados por todos lados. Decían que a lo mejor hacía brujería y que hablaba con el diablo. Más de una vez me fui corriendo antes de encontrarlo por la calle porque decían que estaba así de loco porque fumaba marihuana. Todos los chicos lo veíamos con cierta desconfianza por lo que se decía de él, aunque nunca se metía con nadie. Mi hermano se pasaba horas platicando con él y mis papás lo regañaban por hablar con ese marihuano.

Las chicas seguían con su plática de telenovelas y yo le quité la pluma a Anita cuando me pegó con ella, me la puse sobre la oreja como lo hace mi tío Manuel, el que es albañil y se pone así su lápiz cuando está marcando los muros. Me levanté de donde estaba sentado para ir al baño.

—Ahorita vengo, ya me enfadé con sus novelas —les dije.

Entré al baño y me acerqué al mingitorio que, para variar, no estaba aseado, y una hoja de papel doblada con un mensaje escrito que no se alcanzaba a distinguir porque las letras estaban en el lado interior de los dobleces, bloqueaba el desagüe. La mezcla de orina y agua se iban consumiendo muy lentamente debido al tapón de papel. Incliné un poco la cabeza para verlo e intentar leer lo que tenía escrito y... ¡trágame tierra! La lapicera resbaló de mi oreja y cayó insertada en el papel, entre la orina maloliente. Sentí que el mundo

se hundía entre el líquido asqueroso y que se abría una grieta enorme que estaba a punto de tragarme. No podía meter la mano para sacar la lapicera que se había hundido en el fondo de esa suciedad y, aunque me atreviera, ¿cómo se la iba a entregar así a Anita?

Con mucho trabajo vencí el asco para poder sacar la pluma que quedó entre el papel, la levanté y el papel se vino pegado a ella mientras todo el líquido acumulado se iba por el caño. La sacudí, el papel cayó al suelo y enseguida pude leer lo que tenía escrito: Puta madre. Seguramente alguno de los chicos más vagos lo había escrito y pensé que seguramente él sabía lo que me pasaría, porque a pesar de que mis papás no permitían que dijera groserías, exclamé con tanta fuerza y vehemencia, casi con un grito en el interior de mi cabeza mientras leía el mensaje: ¡Puta madre!

Lavé la lapicera lo mejor que pude, considerando que en el baño de la escuela casi nunca había jabón; a veces quedaba un poco de detergente que el conserje utilizaba para lavar los sanitarios, la sequé y me aseguré de que no oliera mal. Me dirigí al grupo de amigos que se habían quedado en la banqueta. Nervioso, aún sin poder creerlo, le entregué la pluma a Anita y entramos al salón. Durante el resto de las clases no volteé a verla por la pena, me resistía a hacerlo por temor a que me fuera a descubrir y se enojara conmigo. En los últimos minutos antes de salir de clases no pude resistir más y la atracción que ejerce sobre mí y la forma tan fácil en que vence mi resistencia se vieron reflejadas en ese instante, giré mi cabeza y me encontré con una escena que no había prevenido cuando salvé su lapicera en el baño, pues me olvidé de su manía: ¡Anita estaba mordiendo la tapa de la lapicera tal como era su costumbre! Me miró y sonrió. La tierra no solo se abrió a mis pies y trató de tragarme, por la sorpresa abrí los ojos lo más que pude, enseguida los cerré bien apretados y me arrojé yo mismo al abismo...

Recuerdo que aquello solo se lo confié a “El Pollo”, que acababa de terminar su visita a mi casa junto con sus dos hijas y después de recordar la anécdota, entre carcajadas, me contó que él tampoco se lo dijo a nadie. Los vi alejarse cuesta abajo, por la calle Quiroga con su empedrado nuevo, mientras pienso que, aunque ya hace mucho tiempo de eso, es algo que sigo recordando divertido y no puedo evitar sonreír.

Ana está en la sala de la casa mirando su telenovela favorita y mientras mordisquea el borrador del lápiz de su hijo Carlitos me pregunta:

—¿De qué te ríes?

—Cuando uno se ríe solo, es porque se acuerda de sus maldades —le contesto, como en otras tantas ocasiones que me pasa lo mismo, cuando me quedo retraído recordando mis anécdotas y travesuras y una repentina sonrisita de burla aparece en mi rostro. Mientras sigo sonriendo, ella me hace un gesto de enfado y sigue jugando con el niño.

Cuando veo que está a punto de la molestia siempre termino contándole mis historias, excepto esta. Sé que algún día se enfadará de más y tendré que contarle esta anécdota que tengo guardada, entre mi risa fingirá que está muy enojada conmigo y, tal vez, me pegue con uno de los lápices de Carlitos, como acostumbra hacerlo mientras lo ayuda a hacer su tarea. Espero que al final se ría junto conmigo, recordemos aquellos tiempos y, jugando, nos acostemos juntos en el sillón de la sala a ver su telenovela favorita. Porque, aunque no lo crean, los señores a veces también vemos las telenovelas, nos emocionamos y nos olvidamos por un momento del fútbol.

DESAPARECIDO

Estaba sentado en una roca mirándolo fijamente; aunque parecía que en realidad no lo estaba viendo, la mirada parecía estar perdida. De la bolsa que llevaba colgando sacó una piedra y empezó a afilar su machete despacito, sus movimientos con calma de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba. Uno afila su machete seguido cuando vive en el cerro, pero él lo quería más filoso. Se descolgó la bolsa y la puso a un lado, le echó una mirada y yo creo que se acordó de que su esposa la había tejido para su hijo cuando estaba por terminar la primaria, como hacen casi todas las mujeres de acá, las que viven en el cerro. Tiempo después ella murió. En el pueblo no había médicos y no alcanzó a llegar viva a la clínica más cercana, no alcanzó a terminar las tres horas que tuvimos que recorrer de bajada por las veredas para llevarla. Me acuerdo de que en ese rato él no lloró, ¡ese canijo sí que era un hombre! Me acuerdo de que nomás se le quedó mirando, abrazándola y hablándole despacito al oído. Melquiades y yo nomás nos hicimos a un lado para dejarlo solo con ella.

Volvió la mirada hacia el hombre que estaba sentado frente a él, hecho bolita y atado al árbol de mezquite con las manos atrás. Su ropa fina, como de gente importante, estaba desacomodada, los lentes retorcidos y en uno de sus pies no tenía puesto el zapato, estaba tirado algo retirado entre las hierbas y el zacate aplastados. Al verlo, uno se daba cuenta de que había dado batalla, que se había resistido y no quería dejar que lo amarraran al árbol, pero ya estaba ahí amarrado, con la vista clavada al suelo, adolorido y cansado. Él seguía sentado en la piedra, mirándolo de frente y afilando el machete sin prisa. Uno no podía saber qué estaba pensando mientras acariciaba el machete, ni siquiera se podía saber si todavía podía seguir pensando. Uno podría darse cuenta de lo que iba a hacer, pero no de qué era lo que estaba pensando, porque él ya no era lo mismo que

antes. Cuando te pasa lo mismo que le pasó, estoy segurito de que ya no puedes seguir siendo igual.

Ya era cerca de la media noche y el aire fresco del cerro empezaba a correr con más fuerza, unas nubes de vez en cuando cubrían la luna que a lo mejor quería esconderse para no ser testigo de lo que pasaría. Yo me acuerdo de que el cielo estaba diferente. Me acuerdo de que salí a buscar el tlacuache que traía en friega a las gallinas que andaban con su escándalo por el corral, lo anduve buscando un buen rato, pero no pude cazarlo. La luna estaba llena, pero había ratos en que no se miraba, ni las estrellas se querían asomar porque brillaban re'poquito. Me acuerdo de que después de un rato dejé de buscar el tlacuache y me fui de la casa corriendo.

Dejó de pasar la piedra por el machete y se quedó mirando el suelo. Después volvió a verlo y empezó a hablar.

—Mi muchacho era bueno; atrabancado y terco pero era bueno. Cuando su mamá se murió se volvió más callado y seguido lo veía medio triste, pero por lo mismo atrabancado que era pudo superar esa tristeza. Si usted lo hubiera visto cuando tiempcito después que salió de la secundaria se levantó tempranito, todavía era de madrugada, agarró sus cuadernos de la secundaria que todavía tenían hojas limpias, echó unas tortillas duras al morral y se fue casi a la carrera. En la tarde me dijo que había ido a la escuela. Yo nomás lo dejé y no le dije nada, pensé que en unos diyitas se le iba a pasar esa loquera, pero le digo que era terco y ya llevaba como dos semanas levantándose temprano para irse a la carrera a la escuela del otro pueblo cuando vendí unas gallinas para comprarle unos cuadernos y lápices nuevos. ¿Quién podía aguantar tantos días recorriendo dos horas de ida y dos de regreso y comiendo puras tortillas nomás para ir a la escuela? Mi muchacho era terco pero era bueno.

A veces pienso que lo sacó de su mamá, porque a ella se le metía una idea y ya no se la sacaba de la cabeza. Me acuerdo de cuando le dije que compráramos unos marranitos para juntar algo de dinero para cuando él saliera de la secundaria y ella a dale y dale, que mejor una becerrita, que en ese tiempo iba a crecer y le íbamos a sacar más dinero cuando se convirtiera en una vaca. Me acuerdo de que con muchos trabajos compramos la becerrita, pero la señora se murió y ahí quedó la becerria con nosotros. La estuve criando y cuando se convirtió en una vaca grande, ya quién sabe qué sentimiento me

dio que ya no quise venderla y la dejé con nosotros hasta que llegó el día que tuvo su becerro. Si le digo que la mujer y el chamaco me salieron iguales de tercós.

El hombre seguía agachado, mirando el suelo y oyéndolo sin voltear a verlo de frente. No sé si ya lo había invadido el miedo, pero estaba callado.

—Y ya después, cuando acabó esa otra escuela, que me llega con el chisme de que se quería ir a otra escuela más, que a estudiar para ser profesor. Me dijo que en esa escuela había muchos muchachos pobres y yo no le creía, ¿a quién le iba a importar la gente del cerro? Po's andaba tan emocionado que vendí la vaca con todo y el becerro recién parido, mi compadre Melquiades me la estuvo pagando en abonos, pero le pude dar sus centavos al muchacho para que se fuera a su escuela. Le compré unos huaraches nuevecitos, unos zapatos y tres camisas. Hubiera visto, él quería ser profe y se emocionaba. Apenas tenía como tres meses en la escuela...

El hombre se enderezó un poco, levantó la mirada y le dijo despacio, con dificultad, como si le estuviera suplicando:

—¿Pero por qué me tiene aquí? ¿Dígame, por qué a mí?

—Po's por tarugo, señor secretario. El Melquiades y yo íbamos por el presidente municipal, pero usted fue el único que se separó del grupo de policías que los iban cuidando. Usted se quedó atrás para ir al baño de la normal que ustedes dizque estaban resguardando.

—¿Pero yo qué culpa tengo?

Él siguió afilando su machete con mucha paciencia.

—Usted ya sabía lo que les iban a hacer, ya sabía lo que el presidente había mandado y usted no hizo nada para impedirlo; es más, usted lo apoyó. ¿Les pagaban mucho en la maña, señor secretario? ¿Les daban mucho dinero por andar con los narcos?

—Yo no sé de qué me está hablando. Yo no sabía que iban a levantar a esos muchachos.

—Pero no me ha dicho si le pagaban mucho los narcos. Fíjese, usted con tanto dinero, y mire nomás quién lo va a matar.

—No haga una tontería, señor; recapacite. La policía y los militares ahorita han de estar buscándome. Le aseguro que todo el gobierno ha de estar tras su pista, en cualquier rato van a aparecer y van a aprehenderlo.

—¿Entonces me está diciendo que me apure a matarlo antes de que lleguen? —dejó de tallar el machete y se le quedó mirando. Me imagino que el secretario ha de haber sentido la boca seca y un sabor amargo, la temblorina en las patas y las manos, como cuando te da mucho miedo y te quedas sin poder moverte. Pero él otra vez empezó a tallar el machete, la luna salió de entre las nubes y se vio el brillo que salía del filo. Empezó a hablar otra vez.

—Ni siquiera usted sabe dónde está sentado. Melquiades y yo nos arrancamos en los caballos por el rumbo de las fosas donde encontramos los cuerpos. El Hipólito se encargó de correr el chisme entre la gente de que ese era el mejor lugar para matarlo, que seguro allá andaríamos, y me imagino que por allá deben estar buscándolo los policías, pero ellos no conocen el cerro como nosotros. Nos fuimos por la vereda para ese rumbo, pero nos metimos al arroyo y nos regresamos, luego nos metimos al otro arroyo, salimos lejos de ahí y cabalgamos otro rato hasta que usted despertó y se me ocurrió que aquí era un buen lugar para matarlo. De eso ya hace mucho rato. El Melquiades nomás me ayudó a amarrarlo y ahorita se fue con los caballos. Si quiere grite, señor secretario, porque andamos algo retirados del pueblo y nadie va a poder oírlo.

El secretario apretó las manos y los dientes. Estoy seguro de que ya estaba harto desesperado y asustado.

—Dígame, señor secretario, ¿qué mal les hacían los muchachos con andar pidiendo dinero en la calle y haciendo su marcha? Si los papás no teníamos dinero y el gobierno no los ayudaba, ellos tenían que buscar la manera de salir adelante. ¿Nomás porque la marcha iba para donde ustedes estaban haciendo su reunión con toda esa gente y con los de la tele? ¿Por eso ordenaron a los matones y a los policías detenerlos y matarlos? ¿Nomás por ver amenazada la idea del presidente municipal de convertirse en gobernador? Dígame, ¿por qué tanta saña? ¿Usted cree que es justo que a mi muchacho le hayan cortado la lengua, sacado los ojos, cortado toda la cara y el cuerpo, que haya quedado bañado en sangre y lo enterraran en la fosa cuando todavía estaba vivo?

Sabe, todas las noches viene en mis sueños y lo oigo gritando todo ensangrentado; quejándose se arrastra hacia mí y me pide ayuda, pero yo nunca puedo ayudarlo. Yo quiero acercarme y no puedo, todas las noches hay algo que no me deja ayudarlo. Siempre

despierto sudando y llorando de rabia y de impotencia. Dice doña Chayo, la que vive a un lado de la casa, que a veces se oyen mis gritos en la noche cuando estoy dormido.

Volteó a ver el cielo; después miró el suelo y luego al secretario.

—Mire mis puños; son las heridas que me he hecho de todas las veces que me he despertado y golpeado la pared de desesperación y coraje. Yo creo que cuando los mate a usted y al presidente municipal, mi muchacho va a dejar de sufrir y ya no va a venir a buscarme. Aquí, en la realidad, sí lo puedo ayudar, no como en los sueños.

El secretario ya estaba punto del llanto, todo él era una representación del miedo.

—Créame, señor, yo no tuve nada que ver. Le prometo que vamos a dar con los culpables. No haga una tontería, no llene las manos de sangre. Yo le juro que lo voy a ayudar para meter a todos a la cárcel. Matando gente inocente no va a arreglar nada.

—¿Tiene hijos, secretario? —le preguntó mientras sonreía sin ganas.

—Sí, tengo dos. Una niña de cuatro y un niño de seis años —le dijo con un tono como queriendo hacer una plática más amable.

—Y si le dijera que Melquiades fue por su hija. Tuvimos que decidirnos por ella, porque es más fácil traerla. ¿No le parece justo que sea ojo por ojo y diente por diente, como dicen por ahí? Ustedes me quitaron a mi muchacho y a mí me toca hacer lo mismo con su hija. Va a ver lo que se siente oírlos gritar y no poder hacer nada.

—¡Usted está loco! ¡Mi niña no tiene la culpa de los errores que yo pudiera haber cometido! Óigame bien, si usted la toca le juro que lo voy a matar.

Conservando la sonrisa le dijo:

—¿Verdad que uno sí mataría por sus chamacos? No se apure, el Melquiades ya se fue a la parte más lejana de los cerros con todo y su familia. ¿Entonces usted sí cometió el error de haberlos mandado matar?

—Ya le dije que yo soy inocente. ¿Qué quiere? ¿Dinero? Dígame cuánto quiere y yo se lo entrego. Yo tengo mucho y se lo puedo dar.

—No, señor secretario, ni toda la riqueza de este mundo me regesaría a mi muchacho. Ya no sé si quiero justicia o venganza, y la verdad eso es algo que ya no me importa. Dígame, ¿por cuánto dinero usted me dejaría matar a uno de sus hijos?

El secretario se quedó callado un rato y su cara dejaba ver toda la desesperación y el miedo que ya estaban a punto de desbordarse en sus lágrimas. Acá, en el cerro, a uno lo enseñan a ser hombre, pero él no tenía ni poquita vergüenza.

—Ya le dije que fue un error. Nosotros nada más les pedimos que no los dejaran llegar hasta el lugar del mitin. A ellos se les pasó la mano. Ya le dije que yo le puedo ayudar a meterlos a la cárcel, pero déjeme ir. Se lo suplico, por la memoria de su hijo.

Y sí pensó en la memoria de su hijo, se acordó de su cuerpo ensangrentado y tasajeado, de su cara sin forma, sin nariz, ojos ni lengua. Dejó de tallar el machete y apretó la cacha. Su mirada se volvió más profunda y la clavó en los ojos del secretario. Le arrancó la camisa de un tirón y los botones salieron volando, la ropa le quedó colgando desgarrada y sintió lo helado del filo del machete subiéndole por el pecho hasta que se le detuvo en el pescuezo. Ahí el secretario ya no aguantó más y empezó a llorar. Le digo que era un cobarde, hasta la voz se le fue y apenas se le entendía lo que decía.

—Yo solo les pasé el recado del presidente, yo solo repetí lo que él había dicho. Le juro que yo solamente les dije lo que me ordenó.

—Ah, sí, señor secretario, ¿y qué le ordenó?

—Le juro que yo solo les pasé el recado... Me pidió que les dijera que les partieran en su madre a esos muertos de hambre que lo estaban estorbando. Que sirviera de escarmiento para los demás indios revoltosos. Le prometo que yo no tuve nada que ver. Acuérdense de su hijo, por favor.

Me empezó a retumbar el corazón con mucha fuerza y la luna se volvió a esconder entre las nubes a lo mejor también del miedo; yo me arrastré entre los matorrales y después me fui corriendo. Ninguno de los dos quisimos ser testigos de lo que pasó después. Yo me di cuenta de que él ya no era el mismo Tacho que jugaba conmigo y con Melquiades en la primaria antes de salirnos de tercer grado, cuando dejamos de ir porque los papás no tenían dinero para darnos para gastar o siquiera para comprarnos cuadernos; el Tacho que después se hizo compadre de nosotros dos, cuando ya estaba más grandecito mi ahijado. Pero se entiende lo que hizo, porque lo que le pasó a su muchacho no se podía quedar así, por eso el Melquiades lo ayudó a llevarse al secretario y yo a correr el chisme entre la gente de que se habían ido para otro lado. Cuando ya estaba bien

oscuro, después de buscar el tlacuache que se ha estado comiendo los pollos en el gallinero de mi casa, yo me salí del corral y me vine corriendo a buscarlos, llegué con cuidado y me escondí detrás de los matorrales, pero ya era tarde porque el Melquiades ya se iba con los caballos.

Me acuerdo de que estaba empezando a correr para irme del matorral donde estaban ellos cuando oí los gritos fuertes y el llanto de dolor del secretario y me fui corriendo más rápido. Todavía alcancé a oír que mi compadre hablaba despacito, pero no le entendí las cosas que dijo, a lo mejor estaba rezando pidiéndole perdón a Dios por lo que estaba haciendo o pidiendo por su muchacho, o a lo mejor estaba maldiciendo al secretario. No supe si el corazón me rebotaba en el pecho queriéndose salir del miedo o por los pasos rápidos que daba en la carrera.

Duramos como una semana sin ver a mi compadre Tacho hasta que encontramos su cuerpo tirado en la orilla del arroyo todo balaceado. Me acuerdo de que le metieron un balazo en la frente que hacía que se viera más feo el gesto que se le quedó grabado en la cara. A un lado de él estaba tirado el machete manchado de sangre seca, lo guardé y recogí el cuerpo para darle cristiana sepultura con la ayuda del padrecito del pueblo; nomás nosotros dos lo enterramos.

Por acá se puso el chisme en grande por la muerte del secretario, aunque en las noticias casi no salió nada y de la muerte del Tacho ni siquiera se supo, pero en el pueblo a nadie se le olvida, aquí todos conocemos su historia.

Esa misma noche el Melquiades se fue con su mujer y sus tres hijos a lo más alto del cerro; a mí me encargó su vaca con el becerro, pero tuve que venderlo, porque la vaca ya iba a parir ese animalito que tiene ahorita y como hay re'poquito zacate no podía mantenerlos a los tres. Por ahí le estoy guardando la mitad del dinero, aunque desde esa noche no sabemos nada de ellos. La gente dice que ya no van a volver pero de todos modos yo le estoy guardando sus centavos, porque aquí en el cerro somos gente derecha y los amigos nunca nos jugamos chueco. Mi señora a veces reza por ellos y yo le digo que para mí no están muertos, aunque ella y los demás del pueblo dicen que lo más seguro es que en el camino los hayan agarrado los del gobierno y los hayan matado.

¿Que qué fue lo que pasó con el presidente municipal? A ese a veces lo veo en las noticias de la tele con su traje bien fino y de corbata, y se me revuelven las tripas. Después del chisme que se hizo con la muerte del secretario ya no lo pusieron de gobernador, pero dicen que los de su partido lo hicieron diputado y ahora vive en la capital. Ah, pero eso sí, manda a su gente puntualita a recoger la parte del dinero que le toca de lo que cobran los matones de la maña.

Aunque ahorita que me acuerdo, creo que una vez anduvo por acá rodeado de policías, se tomó unas fotos y lo grabaron los de la tele. Estaba junto con su mujer entregándoles unos dulces y despen-sas a los chiquillos. Desde entonces ya no lo hemos visto por aquí, ya no hemos sabido que vuelva al cerro.

EL COLOR DEL CIELO

Las sombras se iban abriendo paso entre los rayos del sol, empujándolos y pisoteándolos hasta hacerlos desaparecer y, cual acto vandálico, generaron el caos hasta apropiarse de la situación. Dentro de la habitación reducida no se dio cuenta del abuso cometido por la oscuridad en el exterior, tal como sucede todas las tardes y dura hasta la mañana siguiente, cuando se disuelven para esconderse detrás del astro rey. Estaba desde las cuatro de la tarde sentado a la mesa del centro de la habitación que estaba entre el estante de libros, a simple vista desordenados pero cuyo orden él conocía perfectamente, y la cama destendida pegada al muro junto a la ventana.

Las horas habían transcurrido sin sentir, con el ambiente inundado por el olor del café caliente de la taza que estaba sobre la mesa y con la atención centrada en la lectura de la pila de libros y de las anotaciones complicadas que iba realizando en la libreta. Las hojas con letras, símbolos, formulas, frases subrayadas y otras con rayones. Borriones en todas las hojas de papel.

Ya era media noche cuando regresó a este espacio que se encuentra bajo el yugo del dominio del tiempo. Echó un vistazo por la ventana y el cielo se encontraba estrellado; creyó ver más estrellas que las que normalmente se alcanzan a mostrar, junto con la enorme luna llena en todo su esplendor. La visión del firmamento lo hizo sentirse pequeño, como una pequeña partícula gravitando en la inmensidad de la nada. Sintió un vacío difícil de explicar. Quiso suspirar, pero el suspiro se quedó ahogado en su pecho por el temor de romper el envolvente silencio de la noche, el cual casi podía escuchar y casi le provocaba dolor en la cabeza y un escalofrío recorriéndole la espalda, iniciando en un punto entre la nuca y el cuello.

Se asomó a la calle por la ventana y sintió el aire que se mezclaba con el olor de la soledad. Parecía que el mundo se encontraba vacío, ante sus ojos aparecía una postal de un paisaje abandonado,

una imagen apocalíptica sin más vida en movimiento que la de las ramas de los árboles meciéndose suavemente al compás del viento. Las sombras seguían llenando los rincones en complicidad del silencio doloroso y oscuro.

El escándalo de unos gatos en celo rompió el momento. Se sobresaltó como siempre que escuchaba su voz llamándolo entre gritos y susurros, los cuales continuaban con insistencia si no escuchaba con atención, pero después de prestarle un poco se iba tranquilizando hasta guardar silencio.

Un instante después, unos ladridos hicieron que escuchara las patas de los felinos alejarse a toda velocidad. Después hubo un momento de silencio y regresó el escalofrío. Volvió a la mesa y recordó que muy poco le gustaba hablar y relacionarse con los vecinos o con alguien más. No se sentía cómodo dando explicaciones ni hablando sobre sí mismo, le disgustaba porque lo hacía sentirse indefenso; también era complicado sentir algo por ellos.

Una tarde en que caminaba por la banqueta en una calle del centro de la ciudad, a unos diez metros frente a él, un chico arrebató su bolso a una señora entrada en años y en su huida casi lo arrollaba pero solo alcanzó a rozar su hombro. Él no volteó a verlo, siguió su camino con indiferencia y, mientras pasaba a su lado, apenas volteó a ver a la señora que le dirigía una mirada suplicante, cargada de desesperación e impotencia. Él continuó caminando mientras seguía observando insistentemente el cielo que tenía unas cuantas nubes blancas que, debido a la perspectiva, parecían tocar la calle a lo lejos.

—El cielo no es azul, nada tiene color —le dijo a la mujer a su paso, y poco a poco se fue alejando sin volver la vista atrás.

Seguía sentado en el mismo lugar, el café se había enfriado, los libros estaban amontonados en la mesa cuando, después de sus gritos, empezó a hablarle con más tranquilidad. Su compañía era de las pocas que le agradaban, aunque no siempre estaba de humor para soportarlo, sobre todo por su extraña costumbre de platicar con él por la madrugada.

Le dijo con una voz suave y extraña debido a que se escuchaba aguda pero ronca a la vez:

—Las personas que son como tú terminan locas o solas, y a veces las dos cosas. La gente a tu alrededor finge que te entiende y tú que los comprendes, pero no es así. Dudo que puedas sentir algo de empatía. Te vas a sentir solo e incomprendido aunque te encuentres rodeado de toda esa gente normal —continuó, mientras lo veía fijamente y con un gesto que denotaba cierta compasión—; lo que siempre creíste que era una virtud, verás que poco a poco se transforma en tu maldición, y te aseguro que no es agradable estar maldito.

Él siguió revisando sus apuntes y libros de Física sin darse cuenta de que había pasado tanto tiempo que ya casi eran las cuatro de la madrugada. Veía de reajo que el viejo muñeco tirado en el piso seguía observándolo sin parpadear y con insistencia, como buscando su mirada y su atención, pero siguió atendiendo sus cosas entre los libros y lo ignoró.

Ya lo habían cansado sus sermones y su plática.

OTOÑO

¿ Por qué te fuiste tanto tiempo? ¿Por qué vienes hasta ahora? —le preguntó con voz apenas audible.

—Porque siempre me dijiste que te gustaría ser la chica de mis sueños —le contestó él mirando el piso.

Ella tosió con desesperación. En el lecho en que yacía, los tubos que le habían conectado en el hospital la lastimaban al hablar.

—¿Y tuviste que venir solo para ver cómo me voy extinguiendo? ¿No fue suficiente con matarme una vez? —le preguntó con dificultad.

—No —contestó con voz seca—, vine a decirte que siempre te guardé en mis recuerdos y en mis fantasías. Que siempre soñé con regresar y encontrarte, que me fui huyendo de tu realidad porque tú merecías algo mejor que unos sueños estúpidos y locos como los míos.

Ella lo veía fijamente y en silencio. Las fuerzas se alejaban; hubiera querido decirle tantas cosas, abofetearlo, reclamarle, expresarle su resentimiento, decirle que lo odiaba, decirle cuánto había sufrido y llorado por su culpa... Abrazarlo y decirle cuánto lo había extrañado.

—Solo quería decirte que lo logré —continuó él—, siempre fuiste y seguirás siendo la chica de mis sueños.

Titubeó un instante, como siempre había hecho frente a ella, y no pudo evitar recordar su primer encuentro.

—Hola, chica. Se te cayó esto —le había dicho tartamudeando y extendiéndole la mascada que había recogido entre las hojas secas que cubrían el pasto del parque en el atardecer de aquel otoño del '64.

—Gracias —le dijo ella con una sonrisa y dejándola caer con gracia una vez más entre la hojarasca.

Él quedó atrapado en esa sonrisa que hacía resplandecer más el brillo de aquellos grandes ojos cafés. Hizo a un lado su bicicleta para re-

coger la mascada otra vez, sin dejar de verla como un tonto y temblando por dentro. Dieciséis años de edad no eran suficientes para controlar las emociones. La chica de quince seguía sonriendo coqueta y divertida.

—¿Crees que algún día encontrarás a la chica de tus sueños? —le preguntó ella aquella vez.

Esa tarde de otoño transcurrió sin darse cuenta, sentados en el pasto hasta que la luna y algunas estrellas se asomaron en el lago. Desde entonces, y aún después de separarse en el inicio del año 70, el otoño había sido ella. La luna, los parques, hojas secas, árboles, lagos, el atardecer, parejas jugando, sonrisas..., todo era ella.

El olor del hospital y la tos que resonó en el pecho de la enferma lo volvieron a la realidad.

—Bueno, solo quería que lo supieras. Que en mi mundo de fantasías locas y estúpidas siempre fuiste y seguirás siendo la chica de mis sueños.

Se arrepintió de haberla buscado al encontrar ahora en ella tanto silencio. Tal vez estaba pasando lo que tanto había temido, que la chica de sus sueños tomara la imperfección de una forma terrenal. Quizás había escapado del mundo de sus recuerdos y sus sueños.

No había podido ver con claridad que en el lecho de sábanas blancas la vida se iba apagando, que el brillo de sus ahora cansados ojos color café se iba extinguiendo.

Soltó su mano, besó su frente y salió del cuarto desconcertado, mientras un hombre mayor y sus hijos entraban de prisa y se acercaban a la cama. ¿Cómo había sido posible que aquella tragedia se hubiera presentado cuando su mujer había quedado sola en casa? Consternados, no prestaron atención al viejo de cabello blanco que se alejaba lentamente, con la cabeza baja y paso cansado.

El otoño ya había terminado.

UN DÍA

Hoy es un día caluroso en la ciudad, voy en el camión rumbo al trabajo presa del mal humor. No sé cómo puedo tener ánimos de regresar a trabajar después del disgusto que acabo de pasar con mi mujer. ¿Por qué tiene la maldita costumbre de culparme de todos nuestros problemas? En ocasiones hace una tormenta en un vaso de agua y hace un problema de algo que no debería serlo, ya no sé si voy a poder seguir soportando esta pinche situación tan complicada.

Don Pepe me trajo en friega en su bodega de abarrotes toda la mañana: “acomoda esas cajas aquí”, “aquellas allá”, “esas acá”, “ten cuidado con ese anaquel”. Me hostiga su vocecita chillona y me molesta que me dé santo y seña de todo lo que tengo que hacer; lo peor de todo es que me explote por un sueldo tan miserable. Si no estuviera la situación tan difícil ya lo hubiera mandado a la chingada con todo y su trabajito, pero, ¿qué más puedo hacer? Tardé tantas semanas en encontrar este jale, que sí está para pensarse el renunciar. La vida cada vez está más dura en esta pinche ciudad, por eso hay tanta gente ganándose la vida como puede. Me ha llegado a parecer que vivir aquí es una lucha de todos contra todos, donde lo importante es el bienestar propio sin fijarse a quién se chinga uno. Bien dicen que el hambre es cabrona y todavía es más cabrón el que se la aguanta.

Al mediodía que salí a comer llegué a mi casa y me encontré un desmadre, había un tiradero por todos lados. Mi mujercita no me preparó nada de comer, no aseó la casa y todavía me culpa a mí. Que ya no tiene dinero, que lo poco que le doy no le alcanza para nada y otra vez estalló la discusión, como siempre, por el chingado dinero.

Después de su grito mejor ya no dije nada y me acosté un rato entre el desmadre que tenía la cama, encendí la tele y lo único que había en la programación eran las noticias. Salió el “Secretario de Gobernación de Economía”, o secretario de no sé qué chingados,

diciendo que los índices de desempleo están a la baja, que hay más trabajo y mejor pagado, que se nota que las reformas han dado resultado. Yo no sé en qué país vive ese cabrón, pero desde su posición se ve muy diferente comparado con la que uno tiene. Y todavía el lambiscón del noticiero siguiéndole el juego, hablando con una falsa tonadita de intelectual que si uno no supiera como se agacha y se empina ante el partido en el poder a lo mejor hasta le creería. Dice que sí se nota el avance, que el efecto provoca que en el país ahora se respire más tranquilidad y las familias vivan mejor. Que el pendejo se dé una vuelta caminando por las banquetas de cualquier colonia popular, desde el coche con los cristales oscuros hasta arriba y con guaruras sí se ve a toda madre. Desde ahí hasta se ven bonitos los pinches faquires del asfalto haciendo su acto de circo en cada semáforo, y los payasos de cruceo hasta pueden provocar risa, aunque uno bien sabe que lo que les provocan es indiferencia.

Antes de irme, medio preparé una torta con un bolillo duro que estaba en la mesa, al que le puse uno de los dos trozos de jamón que quedaban en el refrigerador viejo que nos regaló la vecina cuando su hijo, el que vive en Estados Unidos, le mandó dinero para uno nuevo. Lo preparé sin crema ni mayonesa, así en seco. Ese fue el gran platillo que comí. Me salí de la casa ante la mirada acusadora de mi esposa, sin voltear a verla ni despedirme de ella. En la parada del camión revisé las bolsas de mi pantalón y me encontré solo dos monedas, una de cinco y la otra de un peso. Seis tristes pesos me acompañaban. Lo justo para irme otra vez a trabajar y regresar a casa, tres de ida y tres de regreso. Ya mañana veré cómo le hago, a ver si me animo a pedirle prestado a don Pepe, al cabo la señora de la tienda de abarrotes de la esquina nos fía el mandado.

Mientras esperaba el camión en la parada, con una sensación de hastío saqué una de las monedas, la de cinco pesos, jugueteaba con ella lanzándola al aire mientras reflexionaba sobre cómo dejamos que el mundo gire alrededor del dinero y de las apariencias, cómo el consumo y el tener el objeto de moda tan publicitado se vuelve una obsesión y, una vez que lo tienes, te sientes superior a quien no lo posee. Completamente falso ese sentimiento, pero eso es lo que venden y la gente lo compra junto con la idea absurda de hacer una necesidad de algo que en realidad no lo es. Unos con la ansiedad de poseer ese objeto “de nueva generación”, otros deseando tener

siquiera algo para comer y hay muchos más que dejan de comer por comprar ese artículo. Con la panza vacía pero a la moda. A veces no entiendo cómo es que el dinero puede ser o hacer la diferencia entre las personas y crear barreras entre unos y otros.

Llegó el camión. Me subí, le pagué al conductor con la moneda de cinco y me regresó dos pesos, levanté la vista y solo iba una pareja de jóvenes en uno de los asientos del medio. Automáticamente me fui hasta los asientos de atrás.

Voy con la cabeza recargada en la ventanilla, mirando la ciudad a mi paso mientras sigo reflexionando sobre el dinero. Cómo es que a unos les puede sobrar tanto y a otros faltar todavía más, ¿de verdad merece la importancia que le damos, que hay quienes hasta están dispuestos a caer en lo más bajo y perder la dignidad con tal de conseguirlo? De repente veo una moneda de dos pesos en el pasillo del camión. Ja, pinche dinero, siempre el puto dinero. Me le quedo mirando fijamente mientras me pregunto ¿a quién se le caería, le hará falta? Pienso por cuántas manos habrá pasado, desde dónde habrá llegado, el camino que habrá recorrido, cuántos bolsillos y hogares habrá conocido.

A veces una insignificante moneda puede hacer la diferencia cuando ya no queda nada más en la bolsa, cuando te tragas tu propia hambre para sentir algo en el estómago; de cuántos apuros nos puede sacar y cuando se es niño cómo se desea aunque sea una sola de ellas.

—Quizás alguien la puede necesitar más que yo, pues aunque sea tengo los tres pesos para regresar a mi casa. Vaya, con tres pesos encima y todavía me siento afortunado —pensaba.

Mis ideas se vieron interrumpidas repentinamente por una señora mal encarada y su hija, una pinche chiquilla que a simple vista se le veía lo pesada e insoportable, y no me refiero a su peso y volumen corporal cuando digo pesada. Su mamá tampoco se quedaba atrás. Sus ridículos lentes oscuros enormes y un sombrero color rosa chillante muy grande hicieron que mis pensamientos les perdieran el poco respeto que les quedaba de mi parte. Subían al camión mientras se quejaban con el chofer del mal servicio, que si ya tenían una hora esperando, que el calor muy fuerte... Si supieran cómo me siento ya se hubieran callado, aunque por un instante sentí el impulso de callarlas yo mismo.

Avanzan hacia los asientos de atrás, la chiquilla mira la moneda y la recoge.

—Mira, mamá, que suerte tengo. Me encontré una moneda.

—Ay, hija, puede ser de alguno de ellos —decía la señora señalándonos a los tres pasajeros.

—¡Yo no sé, yo me la encontré!

Chingado, de haber sabido mejor los hubiera juntado yo —pensaba sin evitar un gesto de disgusto en mi cara. Ellas siguen metidas en su plástica que cada vez me molesta más, pues lo hacen a un volumen tan alto como si a los demás también nos interesara saber que su nuevo colegio es el más caro de la ciudad. Me las imagino sin dinero para comer pero queriendo quedar bien con sus “amistades”, el papá chingándose de más en su trabajo de medio pelo para pagarle la escuela y tratar de cumplir los antojos de la señora, bien endeudados por querer aparentar ser “gente bien”. Otras pobres víctimas de las apariencias. Ya no sé si sentir lástima o desprecio por ellas. Lo bueno es que ya es hora de bajarme, allí adelante es mi trabajo.

Llegué apenas a tiempo, en dos minutos más es mi hora de entrada y por fortuna, don Pepe no ha llegado de comer.

La tarde estuvo más tranquila, ya hubo poco trabajo y don Pepe hasta platicó conmigo como si fuéramos viejos amigos. Me contó de sus anécdotas de muchacho, de sus viejos amores, de sus pleitos ganados porque dice que los que perdió le toca platicarlos a los que le ganaron, y también me contó cómo fue que se hizo de esta bodega. Él también estuvo tan jodido como yo. Eso me dio ánimos de seguir chambeando y echarle ganas.

Ya es hora de salir de trabajar y sigo de buen humor. Con una sonrisa en la cara, gesto relajado y soñando despierto con tener algún día mi propia bodega, me dirijo a la parada del camión. Yo creo que llegando a la casa intentaré hacer las paces con mi mujer, sería bueno llevarnos bien porque, a pesar de todo, ella es lo más importante para mí. Yo creo que hasta me animaría a tener un bebé y salir adelante por ellos dos.

Ya era hora de tener un buen rato después de la mañana tan complicada que pasé...

¡Valiendo madre! Voy rumbo a mi casa, caminando como los pinches perros. La mendiga moneda que me agandalló en el camión la pinche chiquilla gorda era mía. ¡Puto dinero!

ESPERANZA

Repentinamente todo oscureció y un rayo le rompía la cabeza y el corazón a Daniel. La luz lo cegó y cuando escuchó el estruendo ya era muy tarde, estaba fulminado. No creía estar escuchando lo que ella le decía, parecía un mal sueño y en cualquier momento despertaría; pero no fue así, era tan real como el aire frío que se burlaba de su cabello, lo abofeteaba y le maltrataba el rostro. ¿Por qué, si le había entregado todo, ahora ella se lo devolvía de golpe?, ¿por qué ya no quería estar más con él?

La tarde se había vuelto fría, el mal sabor de boca, la maldita desesperación, el temblor incontrolable en las manos, en todo el cuerpo, en el corazón. La oscuridad avanzaba tan negra como las ideas que cegaban su pensamiento. ¿Por qué Esperanza había mandado todo a la basura sin una explicación? No era suficiente un “tal vez ya no te quiero, dame tiempo, quizá estaremos mejor así...” Entre todos sus pretextos no podrían sumar siquiera un pequeño argumento.

Mil demonios daban vueltas por su cabeza. Cada idea que rodaba por su pensamiento era una lágrima deslizándose por sus mejillas. Infinidad de porqués y ni una sola respuesta. Todo lo que estaba a su alrededor había perdido su razón de ser, la vida misma ya no la tenía. Era como si Esperanza se hubiera acercado, le hubiera atravesado el pecho con las manos, con las uñas afiladas como garras y sin compasión le hubiera arrancado el corazón y, con una sonrisa de triunfo y burla, con el trofeo en alto le dijera: “ya no lo necesitas, ¿para qué lo quieres?”.

Daniel caminaba a su casa mecánicamente, como un frío autómatas oxidado por dentro y cubierto de piel desgastada por fuera, como alguien que ha perdido la razón, con la mente nublada como aquellas nubes grises que amenazaban con juntarse en el cielo. Por inercia seguía el camino. La ciudad ahora parecía enorme, tan extraña y solitaria, que la gente parecía haber desaparecido; se sentía

solo y perdido. A pesar de haber chocado contra el hombro de algún extraño en más de una ocasión, no se dio cuenta de ello. La ciudad se le aparecía tan desolada, se sentía caminar en el vacío, entre espectros y fantasmas que merodeaban en torno de él. Necesitaba acostarse a descansar, sentía náuseas, quizás necesitaba algo que le diera una razón y lo ayudara a sentirse mejor. Necesitaba vencer la maldita desesperación.

Ya en su casa, en su cama, el reloj en la pared con un eterno tic-tac desesperante. Nunca había sido tan larga la noche, nunca las horas se tardaban tanto en pasar ni el sueño se había alejado tanto y decidido no volver. Después de muchas horas la oscuridad también empezaba a partir y el sol amenazaba con asomarse, cuando el cansancio le permitió dormir y lo obligó a cerrar los ojos.

Ya eran las cinco de la tarde del domingo. ¿El plan? Un buen baño y a la casa de ella. Sentía la cabeza a punto de estallar por la desesperación de verla. Esperanza tenía que darle una explicación convincente, y él tenía que convencerla de lo contrario. Tenía que escucharlo, tenía que decirle cómo su mundo giraba alrededor de ella.

—Quizás solo estaba confundida, así son las mujeres de inseguras —pensaba mientras una leve sonrisa nerviosa se dibujaba en su cara. Para verla solo tenía que cruzar la calle, pues ella vivía casi frente a su casa. Desde que era niño ella formaba parte de su pequeño universo o tal vez en realidad el pequeño mundo de él giraba en torno de ella.

Por la tarde, a las seis con treinta minutos estaba en casa de Esperanza con un ramo de flores y la misma sonrisa de nerviosismo, pero... Decepción. Solo recibió indiferencia y un portazo que lastimaba más que un ataque por la espalda, peor que una herida mortal hecha a traición. Si ayer la duda había causado daño, hoy su enfado e indiferencia exprimieron la herida haciéndola sangrar aún más. Las rosas rojas se marchitaron, se deshojaron y se oscurecieron igual que todo su ser.

Las rosas muertas y deshojadas quedaron esparcidas en el empedrado de la calle, frente al enorme portón de madera, mientras él se alejaba de la entrada de la casa arrastrando los pies y con un semblante que daba la impresión de ser una vieja estatua agrietada y erosionada a punto de derrumbarse y destruirse. Con paso lento y la vista en el piso, de vez en cuando volteaba hacia atrás conser-

vando aún una pequeña esperanza, y así se fue perdiendo entre las calles.

Su mundo de adolescente dejó de girar, estaba perdido, deambulando entre la desesperación. Imágenes en sepia y en escala de grises gravitaban a su alrededor ¿Qué hacer cuando para ahogar la tristeza bebes tus lágrimas? Dicen que el alcohol desinfecta las heridas y mata las penas.

Por la noche se fue con sus amigos a la cantina de la avenida. Por primera vez se emborrachó; la noche transcurría entre humo de cigarro y la música de José Alfredo Jiménez en la rockola: “Yo sé bien que estoy afuera, pero el día en que yo me muera, sé que vas a llorar...” Gritos, algarabía y una euforia que estaba lejos de sentir. Palabras de aliento que en realidad sonaban a compasión. Lágrimas de dolor, decepción y frustración de un borracho rodeado de sus amigos.

No supo a qué hora llegó a su casa. Eran las tres de la tarde del lunes cuando despertó con un fuerte dolor de cabeza y una resaca hasta entonces desconocida. A sus casi veinte años podría resistir eso y más, hasta los regaños de su madre por no haber ido a la universidad. Su padre era más complaciente y además ya se había ido a trabajar. Daniel nunca se había portado así, nunca había bebido ni faltado a la universidad, jamás había sido un chico irresponsable.

No asistió a la escuela una y otra vez, cada vez con más frecuencia, hasta que definitivamente dejó de ir. Nada tenía sentido, no se podía concentrar, no escuchaba lo que decía el profesor porque su cabeza estaba en otro lugar, no quería hablar con sus compañeros que lo habían visto distraído, más delgado y demacrado. Le hablaban y no escuchaba, su mirada parecía perdida. Definitivamente algo andaba mal con su condiscípulo y amigo, pensaban todos.

¿Qué tiene de hermoso el amor? Lo único seguro es que al final del camino hay sufrimiento, dolor y soledad. Detrás de la ilusión se esconde con una sonrisa y frotándose las manos la decepción. Hay una línea muy delgada entre una y otra. Tal vez, quien más apuesta es el que más pierde en un juego en que a veces parece tener la fortuna de tu lado y lo tienes todo, pero al final te puede cambiar la suerte como el aire que cambia de dirección y se lleva el bote a la deriva, y entonces puedes naufragar y perderlo todo. Hay quien pierde hasta la dignidad. Dicen que lo más seguro es que no

tenemos nada ni a nadie seguro ¿En realidad así es el amor? ¿Cómo luchar contra lo que no se entiende, contra lo que ni siquiera se puede explicar? ¿O será mejor simplemente dejarse arrastrar por la corriente?

Las dudas y la incertidumbre le atormentaban, ¿por qué ella aún no quería escucharlo? ¿Por qué tanta crueldad e indiferencia?

Las borracheras se hicieron más frecuentes. Se acabaron los juegos de básquetbol por las tardes en la cancha del barrio, igual que se acabaron el aprecio de los señores y el respeto de los chicos, y en su lugar aparecieron los líos, las parrandas y las peleas. Su vida de estudiante, sus anhelos y sus sueños se habían volatizado de repente. No se dio cuenta de que se habían esfumado porque eso era algo que ya no le importaba.

Pasaron algunos meses después de aquella tarde en que buscó a Esperanza y ella simplemente lo había borrado de la faz de la Tierra. Por fin, aquella mañana, al dar la vuelta en la esquina, por la banqueta a lo lejos ella se veía venir. ¿Cómo no conocer su silueta y su forma de caminar? Ella a lo lejos, tan linda como siempre, caminando hacia él. Sintió el tan conocido hueco en el estómago, las manos frías y sudorosas, el temblor en las piernas y el nerviosismo por no encontrar qué hacer. Había pensado que las mariposas en el estómago ya se habían regresado a su estado larvario y que en su lugar quizás ya solo quedaban gusanos. Pero no, ahí estaban otra vez aleteando en desbandada, chocando unas contra otras en medio del pánico colectivo. Era la locura en la multitud que ahora le llenaba el estómago. Era lo que tanto había esperado y..., ahora él simplemente había girado a la derecha y tomado otra calle. ¿Por qué evitar el encuentro o, bien, para qué buscarlo ahora? ¿Qué era lo que en realidad sentía? ¿Era dignidad, orgullo, decepción, miedo o una mezcla de todo?

Ahora Esperanza se materializaba en cualquier lugar. De repente aparecía por donde Daniel menos lo esperaba y él solo le sacaba la vuelta. No quería verla de frente, huía, se agachaba o le daba la espalda. Sin embargo, continuaba con el mismo ritual de todas las mañanas: escondido entre las cortinas la veía por la ventana cuando ella salía de casa con su uniforme y mochila hacia la escuela. Recargado en el cristal, seguía su paso con la mirada hasta que se perdía por la calle empedrada. Se veía tan hermosa y, desafortunadamente,

tan feliz, que parecía que ya no recordaba su existencia. Conservaba el brillo en los ojos y la sonrisa que tanto le gustaban y extrañaba.

Buscando huir de todo decidió hacer caso a lo que le dijo su papá la última ocasión que recibió un regaño:

—Te me vas a México, al colegio militar, para que te endereces. Ya hablé con tu tío. ¡Ya es hora de que aprendas a ser responsable y te dejes de andar de vago!

Un hermano de su padre era militar. Daniel solo buscaba alejarse. Su familia y sus amigos apoyaron lo que creyeron que era una valiente decisión de su parte. Él, en el fondo, se sentía un cobarde huyendo de sus problemas, sin el valor suficiente para enfrentar su realidad. Esa mañana, mirándola a través de la ventana decidió que era mejor irse.

Un día de agosto tendría que partir; había llovido toda la mañana y al mediodía el sol brillaba entre las nubes. Ese era el marco para dejar el barrio, las callecitas de su colonia en Xalisco, a unas calles de Tepic, para irse a la capital del país. Haría una escala en Guadalajara para luego irse a la Ciudad de México. Fue a despedirse de sus amigos, dieron una vuelta “por ahí”, recorrieron las calles esquivando los charcos ocasionados por la lluvia, hasta que de regreso se detuvieron en la banqueta del otro lado de la calle, frente al portón de la casa de ella. Sus amigos guardaron silencio, sin que Daniel se diera cuenta se miraron entre ellos y, finalmente, agacharon la cabeza. Él veía en silencio la fachada, la puerta de la casa, la banqueta en la que muchas horas le hizo compañía. Sintió una mano en el hombro y una voz que le decía:

—Ya vámonos, vale, no tiene caso.

Llegó a su casa y por la tarde tomó su equipaje, se despidió de sus padres, recibió una bendición de la madre y no pudo evitar una lágrima que intentó disimular.

Tomó el autobús a Guadalajara, el sol se escondía entre las nubes y con la cabeza recargada en la ventanilla miraba los paisajes pasar mientras escuchaba con atención la canción que reproducía el equipo de sonido del camión en un volumen tan bajo que casi resultaba imperceptible: “Dicen que los hombres no deben llorar por una mujer que ha pagado mal...” Una triste sonrisa apareció y se fue esfumando poco a poco, hasta convertirse en un gesto de disgusto.

Llegó sin contratiempos, sintiéndose un extraño hasta para sí mismo en un lugar desconocido. Se habían hecho grandes el vacío y la soledad. Fueron unas cuantas horas en silencio, metido entre sus pensamientos extraviados, se sentía vulnerable, como si se enfrentara desnudo él solo contra una multitud. Nunca había sentido una sensación así de profunda.

En la central de autobuses de Guadalajara tendría que esperar treinta minutos a que saliera el camión que lo llevaría a la Ciudad de México. Guardó su boleto en el bolsillo. Estaba sentado mirando a la gente pasar cuando se le acercó un vagabundo pidiendo una moneda. Era un hombre de unos 60 años, con ropas viejas y llenas de costuras y parches que trataban de disimular que hacía ya muchos años habían visto sus mejores tiempos. Llevaba puestos un pantalón y saco de vestir desteñidos y desgastados, zapatos rotos y raspados pero limpios; tenía la piel blanca, bigote y barba crecidos y de un blanco percutido al igual que su camisa; vientre algo pronunciado, gesto agradable y una sonrisa amable. Llevaba puesto un sombrero negro de ala ancha confeccionado en gamuza y en un costal cargaba algunas pertenencias.

Realmente el tipo se veía amigable. Daniel le dio una moneda de diez pesos con un gesto de indiferencia, casi sin verlo, y él se sentó a su lado. Era curioso, pero en realidad no se veía sucio ni despedía el mal olor que comúnmente presentan los indigentes. Tal vez en otras circunstancias hasta se hubiera puesto a bromear con él.

—Hola, muchacho, ¿cómo estás? —le decía el anciano mientras extendía su mano blanca, limpia y con las uñas perfectamente recortadas, para saludarlo.

—Bien —le contestó Daniel, observando ese detalle, pero sin darle importancia, mientras le correspondía el saludo.

—¿Vas, vienes o esperas a alguien?

—No, vengo de Tepic y voy a México. Estoy esperando que llegue el camión.

—Entonces acerté en las tres. Vienes, vas y también esperas. Así nos pasa a todos, lo malo es que a veces nos olvidamos de dónde venimos, a dónde vamos y qué es lo que esperamos. En realidad, todo depende de cómo lo quieras ver. ¿Y qué vas a hacer por allá, en esa ciudad tan grande y tan lejos de tu tierra?

—Pues, voy a entrar a la escuela, mañana me tengo que inscribir —le contestó con el mismo gesto de desgano con que le dio la moneda.

—¿Vas a la universidad?

—Sí, a una escuela militar.

—Ah, mira qué bien. No es fácil estudiar ahí.

—Un conocido me ayudó a entrar. Aunque creo que sí pasé el examen de admisión, es mejor asegurar.

—¿Y a poco te gusta eso? No se te ve muy buen semblante, hasta parece que te llevan a fuerzas. Se me hace que hiciste algo malo y de castigo te mandaron tus papás, o nada más vas porque tienes palancas y te fuiste buscando la situación más cómoda, ¿a poco eres tan cobarde que prefieres que los demás te digan qué hacer o te solucionen la vida, y te dio miedo buscarla por otra parte? Así no creo que dures mucho.

Daniel sintió un poco de enfado al ver que un extraño se metía en sus cosas, al insinuar que era un conformista y cobarde..., y tal vez tenía razón. El anciano esperaba su respuesta con una sonrisa; sabía que lo había provocado, que le había dado en su orgullo. Daniel no había hablado con nadie de lo que sentía, había preferido mantenerse en silencio, aunque para los que lo conocían no era difícil adivinar lo que llevaba por dentro. Quizá podría hablar un poco con alguien a quien nunca volvería a ver y centró toda su atención en él.

—Creo que tienes razón, a veces nos perdemos y olvidamos a dónde queremos llegar, hay cosas que nos hacen perder el rumbo. Sobre todo cuando sientes que lo que te guiaba y te motivaba ya no está. Yo estaba en la universidad, pero unos problemas y situaciones personales me hicieron que decidiera alejarme.

—¿Y ya ibas avanzado en la carrera en la que estabas?

—Iba a la mitad.

—¿Y qué fue tan importante como para cambiar por completo tu vida? Algunos tomamos malas decisiones y no terminamos muy bien que digamos, pero también, a veces, la decisión que parece ser la más complicada resulta ser la mejor. No es fácil estar aquí, no es fácil decidir cómo vivir.

—Si te contara que hasta llegué a pensar que no tenía sentido seguir viviendo..., yo tenía una novia que quería mucho, pero un día

terminó conmigo y de repente, así sin más, ya no quiso saber de mí. La busqué y ya nunca quiso verme ni hablarme. Ni siquiera supe si me dejó por otro o qué fue lo que pasó. Sentí que el mundo se derrumbó por completo, que ya nada valía la pena. Empecé a tomar, me volví muy borracho y peleonero, me buscaba muchos problemas, hasta que dejé la escuela. Yo creía que la vida era injusta, yo le había entregado todo, ella era mi mundo y no merecía lo que me había pasado.

—Pero si eres un jovencito que está empezando a vivir, no se puede echar a perder todo por una decepción. Tu vida va a estar llena de ellas, ¿qué vas a hacer cada que te suceda algo así, cada vez que te encuentres con un problema enorme, te decepciones y te toque volver a sufrir? ¿Te la vas a pasar huyendo y queriendo suicidarte a cada instante? No te van alcanzar mil vidas ni todos los camiones, aviones, carreteras ni cielos del mundo para eso. Te falta vivir más y echar a perder... Yo en algún momento llegué a pensar y actuar como tú, pero desde hace muchos años que me encuentro tranquilo. Dios nunca nos abandona, nos pone pruebas para hacernos más fuertes, y verás que al final, cuando pase todo, te darás cuenta de los errores que cometiste y los verás como una experiencia. Yo sé bien la razón por la que te digo todo esto.

—La verdad, siento que en realidad estoy huyendo de ella en vez de buscar algo bueno para mí, lo que realmente me llenaba se quedó allá. Mi familia, mis amigos, mi tierra y mi escuela, aunque ya tuviera tiempo sin ir. Me siento un cobarde sacándole la vuelta y agachando la mirada, con temor de verla de frente.

—Tú sabes lo que haces muchacho, pero la vida solo se vive una vez, no te esperes a que llegues al ocaso de ella para sentarte a reflexionar qué fue lo que hiciste mal y cuando eches la vista atrás te des cuenta de que el camino para volver ha desaparecido. Si ella no tuvo el valor y la honestidad para hablar contigo de frente, tú no te hagas lo mismo. Si no, ¿qué más pueden esperar los demás de ti o, incluso, tú mismo?

—Tal vez tenga razón... Llevo tiempo confundido, no encontraba qué hacer y creí que esto era lo mejor.

—Y yo no digo que no lo sea. El corazón y la razón no siempre apuntan en la misma dirección; es difícil entender que hay cosas que no podemos cambiar. Si ya perdiste la esperanza no pierdas

también la fe. No pierdas la confianza en ti mismo ni el amor por ti y los demás.

Daniel cerró los ojos reflexionando, y se cubrió el rostro con las manos. Sonaba extraño pero realista el juego de palabras usando el nombre de ella, de Esperanza. Pensaba en la rara situación en que se encontraba y la plática que tenía con un anciano indigente a cambio de diez pesos. Su forma de hablar y de comportarse no tenía relación con su apariencia y su condición, ¿Quién era en realidad este tipo extraño? Muchas ideas rondaban su cabeza. Instantes después retiró sus manos, sonrió con una agradable sensación y abrió los ojos. Volteó hacia el anciano para decirle lo que pensaba, pero ya no estaba. En su lugar estaba la moneda de diez pesos, el asiento vacío, gente pasando y otros sentados mirándolo de reojo.

Volvieron el bullicio y el ir y venir de la gente, que repentinamente habían cesado mientras estuvo platicando con el anciano, pero entonces no lo había notado. Buscó con la mirada insistente por todos lados y no lo encontró. Se había esfumado. Una terrible confusión se apoderó de él, tomó su equipaje y se fue caminando apresuradamente por los pasillos llenos de desconocidos.

Al día siguiente Daniel llegó temprano a su casa; sus padres no lo esperaban, y lo recibieron con una mezcla de enfado, alegría y sorpresa

—Y ahora, ¿qué pasó? —le dijo su papá, enfadado, pensando que de nada habían servido el esfuerzo ni sus consejos. Mientras, la madre sonreía de gusto.

Daniel aventó las maletas y les contestó mientras se retiraba apresurado, casi corriendo:

—Voy a la escuela a ver cuándo puedo regresar, aunque sea de oyente. ¡Me esperan a comer! —les gritó mientras se iba corriendo por la calle.

Y sin decir más se alejó de prisa, mientras sus padres lo seguían con la mirada y se veían entre sí bastante sorprendidos. Él iba con otro semblante, aún distraído, pero ahora sus ideas y pensamientos eran diferentes. En su paso apurado, no vio el encabezado del periódico en el puesto de revistas de la esquina del bulevar, antes de llegar al puente peatonal: “Fatal accidente del autobús de la ruta Guadalajara – México”. Y en letras más chiquitas: “El único sobreviviente, para su suerte, no alcanzó a abordar el transporte”.

Avanzaba de prisa, con una sonrisa deformada en el rostro por la agitación. La universidad ya se veía a lo lejos, y una idea pasó por su cabeza mientras miraba el cielo azul con unas cuantas nubes blancas merodeando la cima del cerro de San Juan —Yo sé que puedo lograr ser mejor y cambiar todo esto que he hecho mal. Como me dio a entender aquel anciano, mientras tenga fe... ¡Que la Esperanza chingue a su madre! ¿Ya qué más da?

VACACIONES

La vida nocturna se extinguía en el malecón de Puerto Vallarta, faltaban pocas horas para el amanecer y yo caminaba de prisa alejándome de los arcos y la estatua del caballito que le dan identidad a este hermoso puerto. En la visita de los turistas es una regla no escrita tomarse una fotografía con ellos de fondo. Si no se tiene una imagen en los arcos y el caballito, es como si no se hubiera estado en Puerto Vallarta.

Las ganancias en mi trabajo como mesero habían disminuido hacía como tres semanas debido a la poca presencia de turistas de la que se sufre en las temporadas bajas, pero esta noche me había ido bien gracias a dos parejas de jóvenes canadienses que la habían pasado muy divertidos y como recompensa me habían dado una buena cantidad de dinero como propina. Me quité el mandil mientras caminaba, con el viento y la brisa dándome de lleno en el rostro y de vez en cuando algunas gotas de las olas que se estrellaban contra el muro de contención del malecón salpicándome el cuerpo. Iba de buen humor y caminando entre las estatuas de la plancha de concreto. Me dirigí a los sitios que se encuentran entre los bares y antros a tomar un taxi que me llevara hasta mi casa en El Pitillal.

Una vez me dijo un amigo que si entablas una plática agradable con el taxista, tal vez te cobre un poquito menos de lo que cobra normalmente; le repliqué que ellos también hacen lo mismo para cobrar un poco más y no les reclames. Aunque nuestra conversación terminó en un debate sin ganador, consideré sus comentarios y argumentos, y me senté en el asiento del copiloto para ir platicando con el conductor.

Íbamos a la altura del parque Hidalgo cuando iniciamos una conversación sobre la poca presencia de turistas en el puerto.

—¿Cómo les va a ustedes con tan pocos turistas que hay ahorita?
¿Les salen varios cortes por la noche?

—Huy, no, vale. Está medio jodido, apenas sale para el patrón y unos cuantos pesos para uno.

—Allá, con nosotros, también está para llorar. Aunque hoy estuvo más o menos con unos canadienses que consumieron bastante.

—¿Y dónde chambeas?

—En un restaurante-bar, por el malecón.

—En el taxi antes me iba bien con los turistas, sobre todo con los americanos y canadienses, pero ahora las que dejan la lana son las putas.

Me le quedé mirando sonriendo y con un poco de sorpresa.

—¿A poco?

—Sí, compa. Ellas, esté baja o alta la temporada, no dejan de ganar su feria. La raza calenturienta y borracha no falta. Si te consigues un grupito de clientas para llevarlas a su trabajo y en la madrugada regresarlas a su casa, ya aseguraste la ganancia del patrón. Le taloneas en la noche y eso ya es ganancia para ti. Yo antes llevaba a unas de Guadalajara que trabajaban en la zona y luego las repartía otra vez a sus casas. No'mbre hasta mi taco de ojo me echaba. Como ya las cotorreaba, a veces llevaban su desmadre en el carro, pero se regresaron a trabajar a Guanatos y valió madre.

Llegando al Estadio Municipal Agustín Flores Contreras, nos detuvimos un momento debido a un retén policiaco que estaba aplicando pruebas de alcoholemia a los conductores. Era el famoso e impopular alcoholímetro que aplican las autoridades municipales. La fila de coches fue avanzando poco a poco, hasta que dimos vuelta a la derecha y nos alejamos por la calle Francisco Villa.

—¿Y con los paisas cómo les va? ¿A poco no les regatean también a ustedes?

—Me imagino que ustedes y nosotros en el taxi le batallamos igual. Aunque hay estadounidenses que ya se la saben y también regatean. Supieras lque apenas ayer me pasó una con una paisa.

—¿Ah, sí? ¿Qué le pasó?

—Iba pasando por un hotel de la marina cuando me hicieron la parada. Era una señora como de unos cuarenta y cinco o cincuenta años que estaba en la banqueta esperando un taxi porque no quiso que los trabajadores del hotel lo pidieran. Estaba enojada porque le cobraron una botella de agua que ella no recordaba haber bebido.

¿Tú crees? El hotel es todo incluido y se molestó porque le cobraron una botella de agua, ya ni la chinga. Para no hacer el cuento más largo, me metí al *lobby* y la ayudé a subir tres mendigas maletotas, que hasta pensé “seguro esta doña me va a dar una lanita extra”.

La llevé a la central de autobuses y por el camino traté de hacerle plática. Ya ves cómo es uno, que le gusta el cotorreo. Aunque hay algunos clientes que no se prestan para eso y otros que no se callan, hasta se arrepiente uno de hacerles plática. A veces terminas siendo el pañuelo de lágrimas de las señoras.

—Pero dicen que trabajando en el volante salen las “movidas” con las chicas, ¿no?

—Ah sí, eso no falta. Y salen más cuando trabajas de noche. Las levantas todavía enfiestadas, acabando de salir del antro y le quieren seguir.

Cruzamos el libramiento, luego pasamos frente al Conalep y nos enfilamos hacia la zona de las plazas comerciales de El Pitillal, donde están los supermercados y los cines, antes de llegar al puente que cruza el río.

—Po’s ya te digo, compa. Le empecé a hacer plática a la señora. Que le digo: *¿Cuánto tiempo estuvo de visita con nosotros, señora?* Y me contesta: *Solo una semana.*

—*¿Y de dónde viene?*

—*De Cuernavaca, Morelos.*

—*¿Y qué le pareció el malecón? Hace poco que lo acaban de remodelar y ya se puede caminar con más comodidad.*

—*Pues no, no tuve oportunidad de ir.*

—*Huy, de lo que se perdió señora, quedó muy bonito. ¿Y el muelle? Con ese juego de luces nuevo y el diseño medio europeo, ¿qué le pareció?*

—*Tampoco fui.*

—*Pero al balneario El Edén me imagino que sí fue. ¿Sabía que en ese arroyo filmaron la película esa de “termineitor”, en la que sale el “chuarseneger”? Ahí está un helicóptero de los que usaron en la película, uno que explotó. También hay una figura del monstruo y el personal del restaurante usa ropas como de militar y haciendo referencia a la película.*

—*No, fíjese que tampoco pude ir.*

—¿Ni una cenita en la marina? Ahí hay algunos restaurantes bonitos, algunos bares para tomarse una cerveza mirando los yates, escuchando un poco de música o simplemente viendo la gente pasar. Está muy cerca del hotel en el que se hospedó. Ya ve que uno a veces no sale por el problema del transporte, conseguir taxi o porque uno no sabe. La marina está muy cerca.

—Pues no, tampoco fui.

—¿Ni a la playa de Mismaloya, Los Muertos, Boca de Tomates o Conchas Chinas?

—No, no salí del hotel. Era todo incluido.

—Ahí si me emputé, compa. ¿Para qué chingados viene de tan lejos a estar encerrada? Tan bonito que está Puerto Vallarta y ella metida en el pinche hotel, haga de cuenta que ni vino. No me aguante y le dije —Oiga, ya ni la chinga ¿vino de tan lejos nomás para estar encerrada?

—Se me quedó mirando sorprendida y antes de que me contestara algo, le dije: *Yo he ido varias veces a Cuernavaca y conozco varios hoteles del tipo todo incluido, le puedo recomendar algunos ¿para qué chingados viene tan lejos? Una pinche alberca, bebidas y comida allá las puede encontrar.*

Cuando le dije eso ya estábamos llegando a la central camionera.

—Óigame, ¿pero cómo se atreve?

—Es la verdad, doña. ¿Para qué se enoja? —le dije y nos detuvimos frente al ingreso de la central.

—Mire, viejo pendejo, yo sabré lo que hago con mi tiempo y mi dinero.

—Ese es el problema, señora. Usted prefiere quedarse encerrada en lugar de gastar dinero para divertirse. Así, ¿para qué ir tan lejos?

—No, vale. La vieja se puso roja de coraje, me dijo todas las groserías que he escuchado en mi vida pero juntas en menos de un minuto. Me dio hasta por debajo de la lengua. Un maletero de la central la ayudó a bajar las maletas y ya se iban metiendo cuando le grité: —¡Señora! ¡Son cien pesos! Y que me grita desde el interior: —¡Que se los pague su chingada madre, viejo grosero!

—Me fui echando humo del pinche coraje, ¿qué más podía hacer? Pero, ¿a poco no tengo razón? Venir de tan lejos y estar ence-

rrada, habiendo aquí tantos lugares que visitar, tomar fotos, comer, pistear y divertirse.

—Pues, ni qué decir, mi amigo. Tiene toda la razón.

Después de pasar por la plaza de armas de El Pitillal, frente al templo de San Miguel Arcángel, dimos vueltas por algunas calles.

—En la siguiente esquina me bajo.

—¿Después del coche rojo que está en aquel portón?

—Sí, por favor. ¿Cuánto le debo?

—La tarifa es de ochenta pesos, pero dame nada más cincuenta. Estuvo buena la plática. Mira, te paso mi número de celular para cuando necesites taxi, yo me la paso por el centro, cerca del malecón. Igual, si conoces algunas putas que necesiten servicio, ahí se los pasas. Ahorita esas son las que dejan la lana.

CONSULTA EN FAMILIA

Había sido un día flojo en el consultorio médico, durante toda la mañana solo tuve tres pacientes y estaba aburrido. En el fin de quincena normalmente vienen pocas personas, pero hoy hubo menos de las que atiendo comúnmente; ya me había enfadado de la misma música en la radio y de acomodar en los estantes la medicina de muestra que me proporcionan los laboratorios farmacéuticos. Estaba indeciso si cerrar e irme temprano a comer cuando llegaron unos clientes a la pequeña sala de espera. Me asomé y encontré a una señora mayor, una joven y un niño de unos cuatro o cinco años; la abuela, la hija y el nieto, concluí y enseguida permití que pasaran los tres al consultorio, aunque normalmente solo dejo pasar al paciente que recibirá la consulta, las ganas de platicar con alguien me hicieron pasar por alto esa pequeña regla.

En cuanto ingresaron el niño centró toda su atención en la esquina del escritorio en la que se encuentra una pequeña escultura de un jinete montando un caballo que está en pleno reparo, un regalo de mi hermano y recuerdo de aquellos días en el pueblito en el que vivió y murió mi padre, donde nací y viví hasta mi adolescencia, de cuando íbamos a pasear montados a caballo por el cerro y la orilla del río, de los jaripeos en las fiestas patronales y de los arreos de vacas. Pero sin el viejo ya nada es igual.

—¿En qué los puedo ayudar? ¿Quién es el enfermito? —les pregunté con mi sonrisa más amable mientras miraba al niño que se acercaba a la escultura brincando y jugueteando, y ellas se sentaban en las dos sillas acomodadas frente al escritorio.

—Yo, doctor. Tengo dos días que no me siento bien, tengo un malestar en el estómago y estoy temiendo que sea una infección por unos mariscos que comí el otro día. ¡Hijo, ven acá! No vayas a tirar eso —dijo la mujer más joven.

—Ándale, chamaco, ven con tu mamá. Estate quieto un rato —le dijo la señora mayor, pero él seguía jugando y en ocasiones tocaba

el caballo—. Ay, doctor, viera que vago es este muchacho. Es tremendo.

Oculté mi preocupación fingiendo la mayor tranquilidad y comprensión.

—Así son los niños en esta edad, señora. Todo les causa curiosidad y el juego es parte de su aprendizaje. Viera qué vago era yo cuando era chico; entre mi hermano y yo dejamos sin platos a mi mamá.

Las risas por mis ocurrencias hicieron que entraran en confianza, y entre la plática la joven me contaba sus síntomas. Me dijo que sentía pequeños dolores y malestar en el estómago, ganas de vomitar y náuseas. En la plática la señora mayor llamaba Mary a la joven e, irónicamente, al niño lo llamaban Angelito, pero para mí no representaba más que un pequeño demonio al acecho de mi caballo. Conforme transcurría la plática aumentaba mi desesperación y preocupación porque fuera a romper mi escultura. En algunos instantes se llegó a convertir en un coraje que con mucho esfuerzo intentaba disimular.

El niño seguía con sus juegos, tocaba la escultura de forma más ruda que al inicio, y la desesperación y el coraje me empezaban a invadir con más fuerza. Me preguntaba “¿Por qué no le llaman la atención con firmeza? ¿Por qué no lo regañan? Si fuera mi hijo o mi nieto yo ya lo hubiera obligado a portarse bien, ya estuviera quieto y sentado. Las señoras continuaban platicando, como si se hubieran olvidado por completo de su Angelito y yo sentía que ya me era muy difícil ocultar mi disgusto.

Atendí a la mujer lo más rápido posible; normalmente soy muy atento y platicador con mis pacientes para que se sientan en confianza y porque me apasiona mi trabajo, pero en esta ocasión me parecía complicado mantener la calma. Utilicé mi estetoscopio para auscultarla y me apresuré a hacerle algunas pruebas necesarias para comprobar mi hipótesis, pues desde que estábamos platicando ya casi estaba seguro de su padecimiento.

—Muy bien, Mary, ya tengo tu diagnóstico y no es nada de cuidado —en ese momento el niño tomó la escultura y la bajó del escritorio; no sé qué expresión se habrá dibujado en mi rostro, pero en cuanto la abuela me vio lo reprendió, se la quitó y la regresó a su lugar en la esquina.

—Ven aquí, muchacho —le dijo sentándolo en las piernas —ya no andes de travieso, que al doctor no le gusta que le tomen sus cosas.

Hice como que no escuché y le dije a la muchacha:

—Pues bien, Mary, ¡te tengo una excelente noticia! —Ella se quedó mirándome con sorpresa—; en menos de nueve meses se te va a quitar esta infección que me comentas. Lo que en realidad tienes es que... ¡estás embarazada!

La pobre mujer se puso pálida y abrió los ojos sin atinar a reaccionar, como si le hubieran roto unas diez... No, cien esculturas como la de mi caballo.

—¡Oiga, doctor, eso no es posible! —dijo la señora con una expresión de molestia y sorpresa—. ¡Mi hijo ya tiene más del año en Estados Unidos!

Yo también palidecí, ¡y me di cuenta de que no era su mamá, era su suegra! Miré a Mary confundido y con un gran sentimiento de culpa, y después volteeé hacia la señora bastante apenado.

—¡Ya ves, te dije que no estaba bien que tuvieras otro novio! Y yo no le conté a nadie, como tú me pediste, eh. Yo no sé ahora que le vas a decir a mi papá—le reprochó el niño, que había perdido todo el interés en mi caballo y se había acercado a nosotros cuando escuchó el diagnóstico.

La suegra, con apuro sacó de sus ropas unos billetes, me los puso en la mano y sacó de prisa a la muchacha y al niño del consultorio. Yo me quedé sorprendido y me hundí en mi silla sin saber qué hacer ni qué pensar. Después de un rato cerré el consultorio y me fui a mi casa a descansar. Ya se me habían quitado las ganas de comer.

CABRITO

Recostado en la cama con el reproductor encendido y los audífonos en los oídos, mirando el techo y sonriendo como idiota. ¿Así será el amor?

Si tú quieres encontrar amor solo escucha baby, son campanas que suenan en el corazón; si tú quieres salir de prisión solo canta baby, son los touches que nublan la razón...

All you need is love, una canción de Cabrito Vudú, una banda regiomontana de rock, independiente y desconocida aquí en el puerto. La misma tonadita a ritmo de una mezcla de un *ska* lento y *reggae* repitiéndose en mi cabeza una y otra vez, mientras su recuerdo no se desancla de mi mente. La he visto como siete u ocho veces y he hablado con ella cinco o seis. La parada del camión frente a los edificios de donde vivo, en la colonia La Aurora de Puerto Vallarta, se ha convertido en mi lugar favorito. Ahí la he visto todas esas veces.

¿En verdad me estaré enamorando? —Tú sí que estás pendejo —me contestó mi amigo “El Chanco” cuando le pregunté. No me importa lo que piensen él ni los demás. ¿Quién no se impresionaría con alguien como ella? Es la primera persona que encuentro que no solo conoce a Cabrito Vudú, sino también le gusta. Como a mí, le gustan las bandas de rock independientes y desconocidas, alejadas del *mainstream*. Cantamos como lunáticos poseídos la de “tanto corazón” mientras la gente se nos quedaba mirando.

I think I love you güera. So much I love you güera...

Siempre me critican porque me gustan las viejas películas surrealistas de Jodorowsky

—¡Pinche viejo loco! No sé quién está más pendejo, ese cabrón por hacer esas pinches películas fumadas, o tú por verlas.

A ella también le gustan. Por fin pude hablar y debatir con alguien con total libertad sobre Fando y Lis; eso por supuesto que enamora a cualquiera.

—Hola —me dijo la primera vez que la vi, antes de que descubriera que es mi vecina, aunque aún no sé en cual departamento vive. Nunca la he visto en otra parte de la colonia.

—¿No ha pasado el Coapinole? —me preguntó por el camión que viene desde El Pitillal.

—No, yo también estoy esperando ese —le contesté quitándome los audífonos y prestándole poca atención.

—Me piqué con el juego y ya se me hizo tarde —se quejó.

Después de su comentario, fijé mi atención en su blusa negra con un estampado del “hongo de vida” de Mario Bros y con un letrero que decía *1up. Life is only one, enjoy it.*

—Me gusta tu blusa.

—Si quieres te la regalo, pero creo que no se te vería muy bien. —Reímos mientras llegaba el camión y lo abordábamos para ir al centro de Puerto Vallarta.

A ella le gusta jugar Halo, pero yo prefiero League of Legends, aunque ambos coincidimos en que nos gusta causar destrozos en San Andreas. Cuando me lo dijo, pensé: “Una chica jugando San Andreas; yo quiero una como ella”.

—Te digo que estás pendejo —me contestó mi amigo “El chanchito” la vez que le dije que ella es la mujer perfecta.

Recuerdo que pasamos largo rato hablando de antiguos video juegos y las viejas maquinitas, sobre Street Fighter, Mortal Kombat, Samuray Shodown y King of Fighters. Mientras que sus amigas jugaban Mario Bros y Pacman, ella prefería hacer “retas” con los chicos en los juegos de combate y también se gastaba el cambio de los mandados y de las tortillas como todos nosotros. Nos prometimos un día juntarnos para jugar y comer chatarra.

Ando mariquano de amor, que no llegue nunca el bajón...

—Es que todas tenemos en nuestro historial a por lo menos un patán —me dijo mientras hablábamos del amor—. Creo que hay una

época de nuestras vidas en la que sentimos fascinación por los pendejos.

—Pues yo no he tenido esa suerte con las chicas —le contesté.

—Entonces sigue practicando, a lo mejor todavía no eres lo suficientemente..., tontito como para ser atractivo.

Nos carcajeamos mientras avanzábamos a bordo del camión en el que coincidimos para ir hacia el centro. Yo soy mesero en un restaurante del malecón y ella trabaja en una tienda de ropa, aunque nuestros horarios pocas veces coinciden. Le puse uno de mis audífonos y nos fuimos cantando “¿Y si mejor nos vamos?”, de Cabrito. A nuestro paso admirábamos el centro del puerto, recorriendo las calles empedradas.

*¿Y si mejor nos vamos tomados de la mano antes del amanecer?
¿Y si mejor bailamos juntos toda la noche y con los pies sacamos toda
nuestra frustración?*

Me sorprendí cuando descubrí que no usa redes sociales, ¿en la actualidad quién no lo hace? Ella. Tampoco me ha dado su número telefónico, no me he atrevido a pedírselo. Creo que pasaría toda la noche hablando con ella. Es..., tan rara, tan perfecta.

Me encanta su apariencia despreocupada y en ocasiones ruda, con la impresión de no darle importancia a su físico, de no darse cuenta de cuán hermosa es. Su cabello recogido, muchas veces desaliñado, tenis tipo *skate* y pantalones desgastados. Aunque con su uniforme del trabajo se ve muy sexi, su pantalón negro y ajustado me hace suspirar, y cuando usa vestidos o minifaldas se ve femenina y coqueta, tanto que me hace soñar despierto. Sus ojos grises, su cabello de un color rubio raro; “rubio cenizo” tal vez dirían las mujeres, pero para mí es imposible aprenderme su catálogo de colores y tintes. Lo blanco de su piel y todo en ella me tienen caminado entre nubes.

—Ay, vale. Presumes lo pendejo— me dijo “El chanco”. Creo que ya lo enfadé con el mismo tema de siempre: Ella es la mujer perfecta.

No cabía de la emoción cuando me dijo que le encanta el anime. Yo voy a poner las palomitas y ella los refrescos para un día de estos ver juntos “El increíble castillo vagabundo”, o “El castillo ambulante”, como dirían en España. Discutimos un poco sobre el título pero al final terminamos riendo por los nombres que les ponen allá a los personajes y películas. Todavía sonrío cuando recuerdo su acento español al decir “Lobezno”, refiriéndose a Wolverine de los X-Men.

Me va a prestar su colección de Evangelion y yo a ella la serie completa de Full Metal Alchemist. Solo falta que me diga que también le gustan los *comics*, mañana le voy a preguntar.

Ay corazón, así quisiera robarte, como en las películas esas de antes. Ser un Pedro Armendáriz entre toda la gente y robar tu corazón. Te haré un barquito de cartón para irnos juntos tú y yo...

Estoy recostado con una horrible sensación de vacío; no sé si reír o llorar. Bien dicen que no existe la perfección. Ya no tengo corazón y, si acaso queda algo, lo tengo destrozado. No sé si estoy triste, decepcionado, encabronado o todo junto.

—¡Ay, otra vez se me hizo tarde! —me dijo hoy por la mañana.

—Qué raro —le contesté en tono de burla—; solo a ti se te ocurre levantarte a jugar video juegos.

—Ojalá fuera por jugar. Es que tuve que llevar al niño al kínder. —Me le quedé viendo con unos ojotes de búho.

—Mi marido hoy no alcanzó a llevarlo a la escuela y tuve que ir yo.

El corazón se me fue derrumbando poco a poco, hasta quedar hecho ruinas. Dudo que haya podido fingir mi malestar con su... ¿Podría llamarle confesión? Estuvo hablando de su familia, de su relación..., ¿por qué tuvo que esperar tanto tiempo para hacerlo?

Levanté el teléfono para marcar.

—¿Qué onda, pinche “Chanchito”? Tenías razón, soy un pendejo. ¿Vamos por unas chelas? Ya sé que es tarde, pero necesito reír o llorar con alguien a quien todo le valga madre... Sí, ya sé que estoy pendejo... En un rato llego, nomás no te vayas a burlar...

Me dejaste como un perro asoleándose en la esquina, como siempre fui a parar al rincón de una cantina...

SAN ANDRÉS MILPILLAS

Una vez me dijeron que todos, en algún momento, hemos deseado tener poder; quizá en alguna de sus distintas manifestaciones, pero al final de cuentas lo hemos deseado. Una de sus formas despreciables es buscar o sentir que tenemos el poder de criticar, de juzgar, castigar o absolver y, con tal autoritarismo, creer ser dueños de la razón y la verdad absoluta; sentirse con la libertad de dar y quitar a nuestro antojo, creyendo tener el don divino de la perfección. Una manifestación herética de, consciente o inconscientemente, buscar sentirse todopoderoso. Somos jueces que no nos gusta ser juzgados, pretendemos castigar y no ser castigados, y queremos ganar sin siquiera haber competido. Hacemos que la condena a los demás se convierta en algo cotidiano y normal.

Vivimos entre fenómenos y situaciones que escapan de nuestra percepción; la perspectiva también desempeña una función importante, ya que, dependiendo del punto en el que nos toca observar los eventos, asimilamos las experiencias y emitimos nuestro juicio, aunque en muchas ocasiones ni siquiera nos damos cuenta de lo que realmente está sucediendo. No alcanzamos a observar lo complicado de nuestra vida cotidiana, de la rutina diaria, de los errores y aciertos.

¿Qué nos pasaría si este mundo real de repente no lo fuera? ¿Si observáramos un evento y una fracción de segundos después lo viéramos desde otro lugar, si lo pudiéramos ver desde otra perspectiva?

¿Qué cambiaría si pudiéramos movernos en ese espacio y manipular a nuestro antojo el punto desde el que observamos cada acontecimiento? ¿Cambiaría nuestra opinión sobre dicho evento?

¿Qué pasaría si repentinamente la rutina se convirtiera en algo desconocido, el amigo se convirtiera en el enemigo, el placer en dolor, el principio en el fin y lo conocido en algo absurdo? ¿Cambiaríamos nosotros mismos?

Jacinto estaba seguro de lo que creía y en quiénes confiaba. Creía en él mismo y en quienes lo rodeaban: sus amigos, su familia, la gente del pueblo y, especialmente, su novia Rosita, a la que quería desde su infancia. Su amigo Juan también ocupaba un lugar especial, lo quería tanto como a ella. Juan era su compañero desde las travesuras de la niñez, el confidente, el cómplice al que daría en resguardo su vida. Era el hermano que nunca le había faltado. Ese era su mundo, su vida diaria en un pueblo de la sierra Nayarita llamado San Andrés, rodeado de montañas cubiertas del verde de los pinos, robles y encinos, matizadas con peñas, quebradas y algunas rocas enormes. Uno se podía llenar de la grandeza y belleza de los paisajes por donde quiera que volteara, hasta donde la vista alcanzaba, y el azul del cielo le daba la combinación perfecta a esa postal que se quedaba grabada en la memoria.

A la salida del pueblo se encontraba un arroyo que pareciera que un pintor lo hubiera colocado en un cuadro para hacer juego con el paisaje y con las montañas que aguardaban en la lejanía. En una orilla había pequeñas playas de arena, en la otra grandes rocas y la sombra de los árboles, y en ambas había arbustos, zacate y plantas con florecillas silvestres. La mayoría de las veces los pájaros ambientaban con su canto o graznidos y revoloteaban por las ramas. Debido a que el camino pasaba cerca de aquí, el arroyo daba la despedida por las mañanas a los hombres cuando, antes de la salida del sol, se iban al cerro a trabajar en la milpa. Las mujeres madrugaban a prender el fogón para echar las tortillas y preparar la comida que los señores se llevarían de lonche. Ellos se iban arreando su burro y por la tarde el arroyo les daba la bienvenida a ellos y al burro cargado de leña que se abalanzaba a beber agua. El camino cruzaba por la parte más baja del arroyo y este era el paso obligado para salir del pueblo o entrar a él.

Más arriba, el lugar entre las rocas, los árboles y las playas de arena era el favorito de los niños y muchachos para jugar y pasar la tarde. Allí estaban las partes más profundas del arroyo y desde las piedras se podían lanzar al agua, lo que hacía este lugar el más divertido. Aquí era donde abundaban las pláticas entre Juan y Jacinto desde hacía mucho tiempo.

—Así mero como te digo, Juan, ya estamos en primero de la secundaria y todavía no le digo nada a la Rosita. El tiempo pasa sin darse cuenta.

—No, Chinto. Desde que estábamos en la primaria te querías aventar a decirle que la quieres y ni te animas.

—Es que cuando estoy con ella se me traban la lengua y las palabras, se me olvida todo lo que me imagino y planeo cuando estoy acostado en el catre con la cara metida entre las cobijas. Ahí sí me imagino todo re'fácil, que le digo lo que la quiero y que a ella le gusta, pero cuando estamos juntos me tiemblan las patas y ya no hallo qué platicarle ni qué hacer. Se me olvida lo que le iba a decir y me quedo todo tieso.

—Vas a ver que va a llegar uno más aventado y te la va a ganar.

—¡No! Estás loco. Yo sé que ella también siente algo por mí, lo siento cuando me mira, por cómo me habla y me trata. Va a ser pa' mí, verás que mañana sí me animo.

Entre los juegos, las pláticas e inseguridades, ese mañana de la infantil confesión de amor tardó en llegar, pero al fin llegó cuando iniciaban el tercer grado en la secundaria del pueblo. Tiempo después, lo que comenzó como un juego de niños continuaba ahora, en el último grado de la preparatoria en la que se reunían muchachos de los pueblos serranos de los alrededores. Ahora, mientras se acercaba el fin del ciclo escolar, Juan seguía siendo el mejor amigo, no solo de Jacinto, también de Rosita. Era el confidente de la pareja. El arroyo también seguía siendo el lugar de las confidencias.

—Juan, siento algo raro. Debería estar gustoso porque me gané la beca pa' estudiar pa' doctor en la capital, me voy a ir a Tepic pero no quisiera irme. Ya son los últimos días de la escuela y no me voy a hallar estando allá lejos sin Rosita y po's sin ti tampoco. ¿Por qué no te animas a irte a estudiar algo? Creo que mi tía Juanita, con la que me voy a quedar a vivir, tiene mucho espacio en su casa y ahí nos podríamos quedar los dos. ¿A poco no te gustaría ser algo en la vida? A mí me gustaría que me mandaran a trabajar en la clínica de aquí y ayudar a la gente de los alrededores. Tanta gente con piquetes de alacrán, chiquillos desnutridos y más gente que se muere de un

dolor porque no hay medicina o porque uno ni se da cuenta de cuál enfermedad se trata, porque los doctores y las enfermeras nomás van a los ranchitos cada mes. Si están muy graves, bajar a Huajicori o a Acaponeta está re'lejos y el camino bien jodido. La gente se te muere a medio camino. ¿A poco te piensas pasar toda la vida trabajando en el cerro?

—Pa' ti está fácil porque tú si tienes cabeza pa'l estudio, Chinto, pero uno es más burro y sin dinero po's está peor. Mejor cálale tú, y ya sabes que si ocupas algo yo siempre te voy a ayudar. Te vas a ver re'chistoso con la bata larga, todo de blanco y con esa cosa que se ponen en las orejas pa' oírle el corazón a la gente.

Jacinto suelta la carcajada y le pone la mano sobre el hombro.

—Se me va a hacer larguísimo esperar hasta las vacaciones pa' venir a verlos.

—¿Y ella ya sabe que te vas a ir? Yo no le he dicho nada porque tú no has querido que le diga.

—Quería que fuera una sorpresa cuando supiera que me daban la beca, pero ahora ya no sé si le va a dar gusto o se va enojar y poner triste. Ella me ha estado diciendo que en cuanto salgamos de la escuela ya nos casemos, que ya quiere ser mi esposa. Ya ves que aquí todas las muchachas se casan más o menos a esa edad. Aunque algunas nomás saliendo de la secundaria se van con el novio.

—¿Y no le vas a decir?

—Sí, hoy después de la misa de la tarde. ¿Y sabes qué, Juan? Ahí te la encargo mucho. Cuídala como si fuera yo. Háblale diario de mi pa' que no me olvide y si un fulano la anda rondando se lo espantas como sea.

—Ya sabes que sí, no ocupas decírmelo. Si es necesario hasta le pongo unas trompadas.

Había sido una tarde lluviosa y poca gente acudió al llamado de las campanadas del viejo templo construido hace muchísimos años. La reacción de Rosita fue una mezcla de sorpresa, decepción, dolor y frustración, pero al mismo tiempo de alegría porque Jacinto iba a ser alguien importante.

—Cuando yo regrese nos vamos a casar, Rosita, y ya nada ni nadie nos va a separar. Ni Dios, porque él quiso que fuéramos uno pa'l otro. Y así como le prometí que no te faltaría al respeto, ahora también les prometo a los dos que voy a regresar por ti pa' estar juntos siempre.

Se fundieron en un abrazo y él pudo sentir lo tibio de aquel cuerpo que se untaba con desesperación al suyo, de las formas de mujer que, a pesar de sus ansias, seguían siendo un terreno inexplorado como los cerros a los que nunca había ido y de los que varias veces le habían platicado; más allá de la Mesa de los Ricos, para el rumbo de La Murallita y El Limón del Río, en los límites del estado, donde el río San Pedro cruza la sierra y que para llegar a él se tiene que caminar unas cuantas horas de bajada entre barrancos y peñas hasta llegar al plano, donde el cauce provoca un contraste con el clima y la vegetación que se quedaron en la cima. Hay una gran diferencia entre voltear la mirada hacia arriba, a los pinos y robles de lo alto de la sierra, y estar en la orilla del río, donde dicen que abundan el zacate y árboles de capomo para darles comida a las vacas, que hay muchos árboles frutales y también muchos peces que casi nadie pesca. Se dice que se siente como si uno estuviera cerca de Acaponeta o Tecuala, que se siente mucho calor aunque realmente se está en la sierra.

El calor y la efusividad que emanaban de aquel cuerpo siempre lo habían puesto inquieto, y eso le hizo sentir algo de culpa por tener esas sensaciones y pensamientos en la casa de Dios, dónde él le había prometido no mancillarlo hasta contar con su bendición. Jacinto siempre había sido muy creyente en Dios y su religión, como todas las generaciones de su familia y la gente del pueblo. La comunión entre sus cuerpos unidos en un abrazo se fundió con el sabor de las lágrimas de ambos mezcladas en un beso que sellaba su pacto de amor.

Jacinto pasó un año en la capital del estado intentando acostumbrarse a la vida de la ciudad, a sentirse solo y con la necesidad de regresar a su pueblo. La exagerada dedicación a sus estudios en la escuela de medicina habían provocado que tuviera buena relación

con muy pocos de sus compañeros y a ninguno podría considerar como un amigo realmente. Hablaba poco con los demás, solo lo más elemental.

—Así es esa gente; esos huicholes son orgullosos y tercos — murmuraban algunos de sus compañeros desconociendo por completo de lo que hablaban. Los rasgos indígenas y la vestimenta con huaraches de correas de cuero y suela de llanta, pantalón de mezclilla, camisa de manga larga y el morral para sus libros, le daban una apariencia de gente de campo, de gente de la sierra, y provocaba que algunos de sus compañeros hicieran ese tipo de comentarios. El papá de Jacinto era mestizo y su madre era indígena tepehuana; ella le había enseñado a hablar su lengua, pero en la ciudad ya no había pronunciado muchas de esas palabras. Aunque poco a poco se iba acostumbrando, con frecuencia se sentía extraño en un mundo al que sentía que no pertenecía, los ataques de melancolía y tristeza que aparecían en ocasiones eran más duros que las actitudes de algunos muchachos de ciudad, y él se refugiaba en sus libros. Ahí estaba la razón de tanta dedicación, prefería mantenerse ocupado y no pensar en otra cosa. En todo ese tiempo no había tenido mucha comunicación con su pueblo. No era fácil, considerando que se trataba de un lugar muy apartado entre las montañas. Esa dedicación obligada lo había ayudado a ser uno de los mejores estudiantes de su escuela.

Entre cansancios, desvelos y malcomidas, terminaron los dos primeros semestres con la satisfacción de haber obtenido buenas calificaciones. Habían empezado los días nublados y las amenazas de lluvia cuando emprendió el regreso a su casa, con la ilusión de contarles a sus padres, a Juan y Rosita las cosas aprendidas y el orgullo de estar en el cuadro de honor de la universidad. El corazón parecía haberle crecido tanto que no le cabía en el pecho de la emoción cuando llegó a Acaponeta y después a Huajicori, donde después de cruzar el río que lo rodea, comienzan las montañas imponentes de la Sierra Madre Occidental. Pasó al viejo templo del pueblo que data del siglo XVIII a mirar a la virgen de los Remedios y agradecerle por todas las cosas buenas que le habían sucedido después de tantos sacrificios.

Ahí, en Huajicori, abordó el viejo camión que con muchos trabajos subía por las montañas, por los caminos accidentados aún

lentos de polvo y en algunas partes flanqueados por barrancos y despeñaderos. El ajetreo, los brincos, las curvas, la vegetación y el hecho de empezar a subir el cerro provocaban que le temblaran las manos de emoción y una sensación de temor por llegar al pueblo. El trayecto le pareció eterno. Pasó por Santa María de Picachos, entre los árboles de un lugar conocido como Los Faisanes, y entrada la tarde pasó por el pueblito de El Aserradero; poco después, luego de varias horas de viaje, llegó a su casa en San Andrés. Sus padres no lo esperaban y se alegraron con su presencia. Entre la plática no se dio cuenta de que ya estaba demasiado avanzada la noche y el cansancio del cuerpo le exigía descansar.

En su momento no le dio importancia, pero ahora que lo pensaba bien, acostado en su viejo catre, se dio cuenta de que sus papás habían cambiado la plática cuando les preguntó por Juan y Rosita. En realidad, no los habían mencionado para nada y él, emocionado contando sus anécdotas en la ciudad, tampoco les había vuelto a preguntar. La desesperación porque amaneciera hizo que la noche pasara lentamente y sin poder dormir a pesar del cansancio.

Se levantó tarde a desayunar y al mediodía fue a buscar a Juan. No lo encontró en su casa, tampoco por las calles del pueblo, y decidió regresar por la orilla, rodeando por el arroyo donde platicaban y jugaban cuando eran niños. Llegó sin hacer ruido, iba subiéndose a las grandes piedras a sentarse para ver el agua correr, cuando tuvo una visión lejana que no creyó que fuera real; ni en sus peores pesadillas había aparecido una imagen distorsionada como aquella. Conforme enfocaba la imagen, el mundo comenzaba a girar, lo añorado y querido se convertía en algo desconocido, el amigo en el enemigo, el placer en dolor, el principio en el fin y lo conocido en algo absurdo. El mundo ya no tenía sentido, él mismo se sentía algo sin razón de ser. Sentía que le faltaba la respiración, tenía ganas de gritar, correr, patear, dolor de cabeza... Aparecían sentimientos desconocidos, desesperación, necesidad de hacer algo que descargara el alud de sensaciones desgarradoras que le quemaban por dentro. Deseos jamás sentidos; ansiedad de matar.

A lo lejos, entre los árboles y la maleza, estaban los dos como un par de animales en celo. Él, mancillando el cuerpo semidesnudo de ella; ella, semidesnuda mancillando el corazón de Jacinto, y ambos mancillando aquel altar a la amistad y a la inocencia. La sangre se

agolpaba en las sienes causándole dolor, los puños se cerraron con fuerza y se le agitó la respiración. Quiso dar un paso, correr hacia ellos, pero sus pies no se movieron. En la sierra es de hombres matarse, pero no supo por qué se dio la vuelta y se alejó en silencio. No se dio cuenta de que ellos lo descubrieron cuando ya iba caminando lejos. Demasiado tarde para cualquier cosa que quisieran pensar o hacer. Para todo ya era tarde.

Antes de la puesta de sol Jacinto se fue del pueblo.

Un hombre de piel morena, rasgos duros, el ceño que daba la apariencia de estar siempre fruncido y mirada penetrante, perdido en sus pensamientos, veía a través del cristal de la ventanilla del autobús. Las horas del viaje por carretera desde Tepic hasta Acaponeta estuvieron llenas de recuerdos que desde hacía varios años parecían haber estado tan lejanos, pero que en realidad habían quedado atrapados entre la maraña del subconsciente. No se había dado cuenta de que muchas cosas que había hecho o dejado de hacer seguían ciertas directrices marcadas por aquello que se había perdido en su interior, lleno de polvo y telarañas en el aparente olvido. Sintió incomodidad al recordar aquel sentimiento malsano, de ese instante fugaz con deseo de venganza, y sintió una sensación de miedo al pensar qué hubiera pasado si hubiera seguido aquel impulso de matar. Se estremeció al recordar tantos ratos de dolor y sufrimiento que con el tiempo se fueron convirtiendo en amargura y odio, que lo hicieron más callado y apartado que antes, hasta que ese sentimiento se fue desvaneciendo. Ese dolor había sido solo suyo y no había tenido por qué compartirlo con nadie. Por un momento dudó si en verdad hubiera sido justificado haberles dado algún tipo de castigo. Luego sonrió sintiendo un poco de pena hacia sí mismo mientras veía los árboles y montañas por la ventanilla, al pensar que de aquello hacía tanto tiempo que ya no valía la pena ni recordarlo. Hacía mucho que lo había borrado y, además, ahora se sentía otro tipo de persona, ahora era alguien preparado que ya no tenía lugar para ese tipo recuerdos.

Durante su estancia en la escuela de medicina y en las clínicas de la ciudad donde prestó sus servicios durante un tiempo, había

ganado cierto prestigio debido a su capacidad y dedicación al trabajo. A sus mentores no les parecía comprensible que un muchacho con un futuro brillante prefiriera trabajar en la clínica de un pueblo al pie de la sierra. Alguno de los más viejos recordó que cuando llegó a la escuela, en su primera clase, le dijo que él quería ser médico para ayudar a la gente de su pueblo. Tal vez eso lo motiva, pensó. —Así son estos huicholes —comentó algún otro.

Empezaba a oscurecer cuando se presentó en la clínica de salud de Huajicori. El viejo médico le dio un recibimiento fraternal.

—Bienvenido, muchacho. ¿Te puedo llamar Jacinto?

—Por supuesto, doctor. Soy Jacinto; Chinto para los amigos.

Después de un apretón de manos y un abrazo, continuaron platicando.

—Tienes excelentes recomendaciones. ¿No hubieras preferido trabajar en otro lugar, crecer profesionalmente y vivir en la comodidad de la ciudad, en lugar de llegar a esta clínica con tantas carencias? Yo pedí mi cambio para acá cuando sentí que ya era tiempo de volver a mis raíces. Vivo en Acaponeta, pero soy de San José de Gracia, un pueblo de por ahí cerca.

—Pues yo nunca he buscado la fama ni la riqueza, no quiere decir que sea conformista o que no tenga sueños que cumplir, pero para mí el éxito no se mide en pesos. La felicidad no la dan las propiedades, coches del año o los lujos. Hay cosas más importantes como la honestidad, la amistad, el amor de la familia o ayudar a los demás. Que te saluden con respeto y aprecio en las calles, dejar un legado para tus hijos; y eso solo se logra siendo honesto con uno mismo y con los demás.

—No sé si eso suena muy idealista, inocente o muy maduro, muchacho, pero me gusta. Creo que vamos a hacer buen equipo.

—Yo vengo desde muy abajo, doctor. En mi casa, aunque muy humildemente y con grandes sacrificios, no faltaba algo que comer gracias a mis padres. Y con ellos y mis amigos, nunca sentí que me faltara algo porque no sabía que existieran cosas materiales que la gente ansía tener.

—Ahora que lo dices, yo también he pensado que la inocencia es signo de felicidad. Conforme vamos creciendo adquirimos preocupaciones y estrés, que en la infancia uno ignora por completo.

Unos toquidos leves en la puerta y esta abriéndose lentamente interrumpieron su plática.

—¿Se puede pasar, doctor?

—Claro, adelante. Mira, Neto, él es Jacinto. A partir del lunes se va a integrar a nuestro equipo de trabajo en sustitución del doctor Cabrera.

—Bienvenido, doctor.

—Gracias...

—Ernesto, pero todos me dicen Neto.

—Este joven es Neto, nuestro practicante; él se quedará de guardia por la noche. Estamos a media semana y no hay mucho movimiento en el pueblo. Los pacientes más graves se trasladan a Aca-poneta porque aquí tenemos algunas carencias de equipo —agregó el viejo médico.

—Hablando de hacer guardias, quisiera pedirle un favor, doctor. Aproveché para pasar a presentarme con usted y pedirle quedarme aquí esta noche, ya es tarde y no quiero causar molestias en casas ajenas. Mañana temprano me iré a pasar unos días a San Andrés con mis padres y regreso a trabajar el lunes. Sirve que, si me permite pasar aquí la noche, le ayudo a Neto en la guardia.

—Yo no tengo ningún inconveniente. ¿Cómo ves, Neto?

—Para mí sería magnífico. Hoy descansa una de las enfermeras y podría ocupar su área. Ahí hay una cama para que descanse y en caso de que hubiera alguna emergencia me podría ayudar.

—Pues no se hable más. Neto, ayúdalo con sus cosas y yo me retiro, porque si no llego a mi casa a cenar se me arma una revolución con mi esposa.

Jacinto se recostó y estuvo dormitando. Entre sueños aparecían imágenes que no supo reconocer si eran sueños o sus propios pensamientos. Se veía a sí mismo siendo un adolescente en la escuela de medicina caminando por los pasillos que lucían entre sombras y solitarios. Al llegar al final del corredor de las aulas repentinamente se encontró en la entrada del templo de su pueblo, avanzó hacia el interior que estaba completamente abandonado y en penumbras, donde un débil rayo de luz apenas penetraba por el cristal de una

ventana que estaba en lo alto de un muro e iluminaba un poco las imágenes sacras del interior. Se escuchaban oraciones en coro que el eco hacía que se deformaran de tal manera que no podía distinguir lo que decían las voces, se dio la vuelta para salir y de súbito, a su espalda se encendieron los cirios que iluminaban la cruz de madera en el fondo del altar.

Siguió caminando y, cuando iba saliendo, volvió la vista atrás, entre las sombras que las llamas de los cirios hacían danzar con un vaivén hipnotizante, encontró una figura amorfa y oscura, enfocó la vista con dificultad hasta que logró darles forma y pudo distinguir a un chico y una chica desnudos y abrazados, cubiertos solo del dorso con un chal color oscuro que compartían, mientras un par de lágrimas recorrían sus mejillas dejándoles un rastro de sangre en el rostro y se agachaban apenados haciendo caer algunas gotas.

De repente, las llamas se apagaron dando paso a la oscuridad. Salió del recinto rápidamente y a lo lejos, en una subida de las calles de su pueblo, creyó distinguir a sus padres, más viejos y cansados de lo que habían permanecido en sus recuerdos. Corrió hacia ellos y frente a él apareció una fuerte corriente de agua que le impidió el paso. Pudo reconocer el arroyo de la salida del pueblo, mientras que las siluetas se iban alejando subiendo la calle con paso cansado hasta difuminarse ante una corriente de aire frío y el agua iba adquiriendo un color rojizo. A medida que aumentaba su caudal entre las enormes rocas y árboles secos con los cadáveres de extraños pájaros negros posados en sus ramas quebradizas, el arroyo se iba tornando de color púrpura hasta convertirse en una corriente violenta y oscura que iba arrastrando todo a su paso.

—¡Doctor! ¡Ayúdenos, doctor! ¡Que alguien nos ayude! ¡Se nos muere! —Se escucharon varias voces gritando con desesperación en la calle que hicieron despertar a Jacinto con sobresalto. Cuando llegó a la entrada de la clínica, donde las voces de unos chocaban con las de otros, Neto atendía con nerviosismo a un hombre con heridas provocadas por un arma punzocortante que había sido llevado por algunos compañeros de parranda y por algunos testigos iguales de ebrios que les habían ayudado a trasladarlo a rastras.

Tenía la camisa hecha jirones, en el rostro algunos golpes y heridas, y el cuerpo lleno de sangre.

Lo llevaron al área acondicionada para las emergencias, Neto le limpió las heridas en el cuerpo y el rostro al individuo, y detuvo las hemorragias un poco más seguro debido a la presencia de Jacinto, quien dominaba la situación con serenidad y habilidad sorprendentes. De todas las heridas solo una de ellas representaba un peligro mortal, una que no paraba de sangrar y requería atención inmediata. Las demás eran diferentes cortes en la piel, de variadas formas y trayectorias, que ante la vista se presentaban como un peligro mayor al que en realidad presentaban, debido a la cantidad de cortes y a la sangre que habían manchado la ropa y la piel. Eran cortes poco profundos, pero la herida que seguía sangrando era una puñalada a un costado del vientre, hecha con un verdugillo que había penetrado hasta el tope de la cacha.

La fortuna le había sonreído en dos ocasiones, la trayectoria no había encontrado órganos que dañar y el arma no había sido un cuchillo de los que se acostumbra usar en el cerro, de mayor tamaño y la hoja más ancha. Aun con ello, la muerte también le sonreía con burla, mientras la vida amenazaba con escaparse a través de esa herida.

La emergencia hacía sentir tensión en el ambiente. Jacinto disfrutaba ese estrés, los nervios y temores que le ocasionaba el peligro de la muerte, enfrentarse a ella y luchar por arrebatarle una vida de entre las garras. En medio de la situación tan complicada, no había reparado en observar con atención los rasgos de aquel hombre y, cuando lo hizo, abrió los ojos de más y titubeó por un instante. Luego sonrió para sus adentros, sintiendo la adrenalina recorriéndole el cuerpo como un caudal de color púrpura que se iba convirtiendo en una corriente violenta y oscura que iba arrastrando todo a su paso. ¿Qué pasaría si observáramos un evento y una fracción de segundos después lo viéramos desde otro punto, si lo pudiéramos ver desde otra perspectiva? ¿Qué pasaría si la rutina se convirtiera en algo desconocido, el amigo se convirtiera en el enemigo, el placer en dolor, el principio en el fin y lo conocido en algo absurdo? ¿Cambiaríamos nosotros mismos?

Jamás, ni en sus más oscuras fantasías, había imaginado aquello. Nunca pensó tener a Juan entre sus manos herido de muerte.

Alguna vez él le provocó un deseo malsano de matar y aquel oscuro sentimiento lo llenó de miedo, al punto de paralizarlo cuando un destello de raciocinio le llegó a la cabeza y lo hizo huir con el pensamiento ahogado en un coctel de odio, temor, decepción, ira, tristeza y vergüenza. Allá arriba, en la sierra, una afrenta así solo se cobra matando porque así arreglan las cosas los hombres, pero él había preferido huir. Ahora, repentinamente, el juramento hipocrático amenazaba con irse a la basura. Ya no estaba seguro de si era odio o resentimiento, pero por dentro sentía algo extraño, tal vez una necesidad de darle castigo. Era como si su demonio interior estuviera emergiendo, saliendo poco a poco de su capullo intentando batir sus enormes alas. Cuán fácil era dejarlo morir, qué fácil era poder decidir el destino de aquel desgraciado. Lo vio indefenso, como un pequeño cordero caminando inocente hacia el matadero. Una sonrisa había deformado su rostro por el placer de sentirse superior, de poder decidir entre la vida y la muerte, de poder absolver o condenar.

Después de la larga jornada, fuera de la clínica Jacinto hablaba con los dos hombres que estaban menos borrachos del grupo que habían llevado al herido. Los únicos que se habían quedado a esperar.

—Venemos del Llano Grande, allá se fue a vivir el Juan después de que andaba matando a un amigo de Acaponeta que había ido a San Andrés a trabajar en la construcción de un albergue y se andaba conchabando a una muchacha con la que el Juan andaba de enamorado. Esa mujer lo traía menso. Dicen que hasta se la había ganado en un pleito a un amiguillo suyo, que le había importado poco que desde niños crecieran juntos y fueran como hermanos. La tenía medida en la sangre. Mucha gente del pueblo por eso lo veía mal, pero la muchacha era de cascos ligeros. Le gustaba la vida alegre y anduvo con algunos por aquí y por allá, pero nadie la tomaba en serio. Y eso que dicen que era bonita la muchacha.

—¿Y quién lo hirió tan feo?

—Po's sabe quién sería ese fulano. Estábamos tomando en la cantina y el Juan no dejaba de voltear a una mesa, 'onde estaba sentado aquel amigo con una cantinera que se le sentaba en las pier-

nas y se carcajeaba, y el Juan a cada rato se veía como si estuviera más enojado. Hasta que fue a buscarles problemas y aquel amigo sacó el cuchillo. Nosotros no nos metimos porque los problemas se arreglan entre hombres, pero ya cuando vimos que la cosa estaba dispareja y el Juan estaba todo ensangrentado, nos levantamos de la mesa y el fulano salió corriendo, se subió a su caballo y nos fuimos corriendo detrás de él, pero cruzó el río por El Terrero. Se ha de haber ido pa'l rumbo de Providencia, pero si siguió por la orilla del río 'orita debe andar por Quiviquinta o por el Mineral de Cucharas. A ese amigo ya no se le vuelve a ver pronto por aquí. Nos regresamos y vimos que el Juan estaba más muerto que vivo y lo trajimos arrastrando hasta aquí. Mire que yerba mala nunca muere.

Jacinto entró nuevamente a la clínica, donde Juan aún yacía inconsciente por el efecto de la anestesia pero fuera de peligro.

—¡Neto! —Llamó Jacinto al practicante.

—¿Qué pasó doctor? —preguntó Neto, mientras entraba sobresaltado.

—Nada, no te preocupes. Voy a salir a dar una vuelta. Necesito caminar un poco, fueron demasiadas emociones para tener tan poco tiempo por aquí.

Jacinto caminó por la calle empedrada, subió a la plaza pública, echó un vistazo al kiosco y a la torre del viejo templo, a un costado de la presidencia municipal. Después se fue caminando hasta que encontró una cantina abierta, ya con pocos clientes debido a lo avanzado de la madrugada. Caminó hasta la barra, pidió una cerveza y se fue a sentar en una mesa de un rincón. En una mesa del frente, una cantinera coqueteaba con un borracho que intentaba meter la mano bajo su minifalda; ella se carcajeaba divertida mientras tomaba unos billetes de la mesa. Le dio un beso en la mejilla a aquel hombre cuando este logró llevar su mano hasta su destino, justo entre sus piernas. Ella se dio la vuelta para alejarse con los billetes en la mano y acomodándose la ropa, cuando volteó a ver al tipo solitario que la miraba fijamente desde la mesa del fondo. Dudó un instante al parecerle conocido, agachó la mirada apenada y se fue caminando de prisa a la barra como si quisiera huir de aquella mirada penetrante.

Se sentía culpable pero no tenía claro por qué, y sintió la vergüenza que creyó que había perdido hacía mucho tiempo. Jacinto bebió el resto de la cerveza de un trago, dejó dos monedas en la mesa y se alejó de aquel lugar.

La Rosa salió de prisa y emocionada a la banqueta, solo para ver cómo el doctor se alejaba caminando con paso firme por el empedrado de las calles mal iluminadas y solitarias del pueblo.

DEL OTRO LADO DEL ABISMO

Legó en silencio y se abrió paso entre las personas que estaban en la entrada del salón; su apariencia desaliñada, con el cabello desacomodado, pantalón desgastado y sucios tenis de lona, no pasó inadvertida entre los trajes y corbatas. Algunas miradas lo siguieron durante su paso por el salón hasta que se detuvo frente a ella. De la bolsa de su pantalón sacó dos hojas de papel arrugadas y escritas por ambos lados, se le acercó lo suficiente, como asegurándose de que fuera a escucharlo y comenzó a hablarle en voz baja, mientras algunas miradas no se apartaban de él.

Hola, querida amiga... Me imagino que te sorprende mi presencia después de tanto tiempo, después de irme alejando poco a poco de ti, hasta casi desaparecer por completo. Sin embargo, no quería despedirme otra vez así, a escondidas y en silencio. Había tantas cosas que decir, pero prefería guardarlas. Tú mejor que nadie sabes la dificultad que tengo para hablar sobre mis sentimientos, tal parece que en mi cabeza hay un abismo entre mi hemisferio izquierdo y el derecho. Creo que el tiempo te ha ido dando la razón y tal vez sí estoy un poco loco.

Hace mucho tiempo, durante aquellas inolvidables reuniones con los viejos amigos —he de confesarte que han sido muchas las veces que los he añorado, ¿cómo olvidar aquel picnic en la orilla del lago o las risas que nos provocó aquella película de terror que tanto te asustó?— uno de ellos me confió las preocupaciones e incomodidades que te causaba mi persona. No supe si creerlo o ignorar sus palabras, pero la duda ya no me dejó en paz, así que empecé a observar los detalles y traté de dejar de ser tan distraído. Aun estando todo el grupo reunido en la clase del taller de fotografía en el que nos conocimos, mi atención se centraba en ti, ¿recuerdas? Para mí era divertido confrontar tus ideas conservadoras y que tú lo hicieras con las mías tan liberales; en más de una ocasión provocamos las carcajadas de todos con nuestros disparates. Ya ves, no se cumplieron tus profecías y nunca me castigó Dios, ¿o sí?

Nuestras diferencias hacían que nuestra extraña amistad fuera mejor, tal como tú lo decías. Yo confiaba en ti, aunque hubo un tiempo en que dudé que tú lo hicieras conmigo. Gracias a ti volví a sentirme bien con cosas más pequeñas y, tal vez, insignificantes. ¿Cómo no iba a buscar la forma de decirte “contigo me siento bien” si toda la capacidad de mi agrietado corazón para sentir cariño y aprecio por alguien se volcó sobre ti? Tal vez fue culpa de todo ese tiempo que pasé desconfiando de los demás y tratando de reprimir cualquier sentimiento.

Siempre profesamos divertidos que entre nosotros había una química especial y que en el fondo compartíamos algún tipo de locura. Contigo sentía la libertad de ser yo mismo, de cometer travesuras, expresar y compartirte sin ningún prejuicio mis temores, penas, alegrías, planes y frustraciones, y sigo creyendo que contigo pasaba lo mismo. Recuerdo que desde el primer momento me sentí bien junto a ti. Aunque nunca te confié que en ti me encontré con el pasado; tú hablabas, reías, discutías, bromeabas y te comportabas igual, pero al mismo tiempo eras completamente diferente a todo aquello. Así es, amiga, mi trato especial hacia ti desde los primeros días de haberte conocido era porque yo sentía que te conocía desde antes. No, no pienses mal. Yo nunca quise reemplazar aquella figura ni tampoco repetir el pasado. Esto era algo completamente diferente.

Aquella voz me confió que te molestaba mi forma de ser tan estúpida y alocada, que viviera como si no me importara nada, diera la apariencia de ser un patán, y que yo no hiciera nada por cambiar esa imagen. Que lo peor de todo era que tus padres te habían llamado la atención porque un amigo de la familia les había dicho que tenías relación con un muchacho “no muy apropiado”, se opusieron a que me siguieras frecuentando y te pidieron que escogieras mejor tus amistades. Me dijo que buscarías alejarte de mí de una manera sutil y tal vez ya no te reunirías más con nosotros. Tú sabías mi opinión contra las apariencias, así que aquello me cayó como una cubeta de agua fría. Después de tanto tiempo, eso era lo opuesto a todo lo que yo había pensado de ti; sin embargo, empezaban a tener sentido algunos de tus actos o yo, con mi desconfianza, ya empezaba a ver alucinaciones. Parecía que nada era lo que yo creía, y debo confiarte que la decepción fue enorme. Mi ego nunca me permitió preguntarte si aquello era verdad, pero al ser aquel uno de tus confidentes no se me ocurrió dudarle. Recordé que una vez, en un momento en el que nos invadió la melancolía, me dijiste que no

eras lo que yo pensaba y no le di importancia porque tú tampoco sabías lo que en realidad eras para mí.

Poco después fui yo el que empezó a alejarse. No sé si fue porque me sentí decepcionado o con el orgullo lastimado, lo que sí te puedo asegurar es que te quería a tal grado, que lo que menos quería era afectarte, buscarte algún problema, provocarte sentimientos negativos o lastimarte. Siempre he pensado que cuando uno quiere a alguien es muy fácil y cómodo prometerle estar siempre a su lado, eso no implica ningún sacrificio, ¿pero quién podría, en lugar de ello, prometer alejarse, o simplemente desaparecer? Sí, solo un loco o un tonto.

Empecé a faltar a nuestras reuniones, hasta que llegó el día en que me mudé a otra ciudad sin avisar ni despedirme. Recuerdo que aquella vez que te mencioné que me gustaría irme a recorrer el mundo en libertad me dijiste que nunca me fuera, que me quedara para siempre contigo, y yo te prometí que siempre estaría junto a ti. No fui capaz de cumplir mi promesa.

Durante ese tiempo publiqué aquel libro del que tanto te hablé y que soñaba con escribir; para mi sorpresa tuvo aceptación en otros países aunque aquí casi no. Dudo que alguna vez lo hayas leído. Muchas veces estuve tentado de convertirme en la heroína de alguna de mis historias, si no fuera porque te prometí que nunca escribiría algo sobre ti, ya lo hubiera hecho. A decir verdad, sí escribí varias pero siempre terminé rompiendo las hojas por esa promesa. Después de la publicación, por fin pude visitar aquel lugar en Sudamérica con el que soñábamos; me hubiera gustado poder llevarte, como lo habíamos planeado, aunque hubiera sido imposible que tus padres te dieran permiso si te hubieran visto alguna vez conmigo. Doy la impresión de no ser lo que las señoras quieren para sus hijas, ¿recuerdas? Bien dijiste en un ataque de rebeldía que era más fácil que te ayudara a escaparte a que te dieran permiso y hasta planeamos cómo saltarías por la ventana.

Si tan solo hubieras estado ahí. La altura en las montañas y la arquitectura de las antiguas construcciones en ruinas de ese lugar son más impresionantes y hermosas en vivo que en aquellas fotografías que veíamos juntos. Voy a alimentar tu vanidad confesando que te extrañé como loco en aquel viaje, sobre todo cuando la luna se posaba sobre las montañas. Recuerdo cuando te obligaba a que la viéramos juntos sentados en la vieja banca, me repetías una y otra vez que te disgustaba esa maldita luna llena, mientras que a mí me parecía fascinante.

A mi regreso, en otra ciudad del país me encontré con aquel viejo amigo y me dijo que habías caído un poco enferma; sentí el impulso de regresar e ir a visitarte, pero ya conoces mi estúpido orgullo: “cuando le doy vuelta a la página, cambio de historia”. Le dije que eso ya no era asunto mío, aunque por dentro estaba que saltaba por saber qué pasaba contigo. Él se indignó y me dijo que los amigos estaban juntos en las buenas y en las malas. No sabes cómo me arrepiento de haberle dicho que yo no sabía si en realidad tú y yo seguíamos siendo amigos y haberle pedido que cambiara de tema, fingiendo que no me importaba. Nunca antes lo vi tan molesto conmigo como ese día. Hoy sé que él siempre estuvo junto a ti y los demás amigos siempre estuvieron al pendiente. Esa noche no pude dormir.

Sabes, siempre me he reprochado no haber podido cruzar ese abismo, nunca saltar, haberte buscado y compartir contigo mi colección de experiencias y sentimientos guardados. Pero ahora tú estás del otro lado de otro abismo, uno tan profundo que no tiene fin.

No vine a pedirte perdón porque ya sé que es tarde para eso, solo quería verte por última vez y decirte que tú has sido la mejor locura que me ha pasado. Tal vez algún día nos encontremos en otro lugar, tal vez entonces no me quede en la orilla y me atreva a cruzar el abismo sin miedo a saltar y perderme en el vacío.

Guardó silencio mientras la miraba fijamente, estiró su mano e intentó acariciarle el rostro pero el cristal del ataúd se lo impidió, se frotó los ojos para evitar que cayera una lágrima que amenazaba con deslizarse, apretó en la mano las hojas de papel que nunca desenrolló y se dirigió a la salida justo cuando un grupo de familiares de ella se disponía a acercarse para pedirle al desconocido un poco de respeto para el dolor de la familia. Yo me aflojé la corbata que cada vez me estorbaba más y me desabroché el saco. Desde lejos, confundido entre la gente, no había perdido detalle. Volteé hacia el otro extremo del salón, por donde entraba nuestro grupo de amigos que regresaban de la pieza contigua, donde habían estado descansando en una pequeña sala. Por un momento dudé en ir al encuentro de ellos o detrás de él. Corrí a alcanzarlo pero cuando salí él ya estaba llegando a la siguiente cuadra, donde abordó un taxi mientras arrojaba a la calle las hojas arrugadas que había hecho bolita y mantenido apretadas en su mano. Lo que había en ellas me permití

transcribirlo aquí, pero estoy seguro de que eso no fue lo que realmente le dijo cuando estaba junto a su cuerpo inerte.

Él cumplió su promesa y, aunque escribió mucho, nunca publicó nada sobre ella ni el remolino de sentimientos que llevaba por dentro; sin embargo, yo no prometí nada a ninguno de los dos y por eso, tantos años después, me atreví a escribir esto. Además, mi amistad con ese viejo loco y solitario ya está más allá de cualquier reclamo. Yo estuve con ella hasta el final, en nuestras pláticas casi siempre lo mencionaba, pero nunca fue tan expresiva y efusiva como cuando estaba junto a él. No dejaba al descubierto si en realidad lo quería, le daba igual, lo extrañaba o lo odiaba. Aunque ella no lo dijera, yo sé que siempre estuvo esperando su regreso. Y ahora, después de tanto tiempo, con toda certeza puedo asegurar que en realidad solo ellos dos habían comprendido su extraña relación y compartido su misma locura. Sé que habían estado del mismo lado del abismo.

LA CHICA DE CABELLOS ROJOS

Siempre la veía cuando yo llegaba a la escuela, al edificio en que estaba mi salón. Su pupitre quedaba cerca del ventanal, en el inicio del pasillo interior del edificio por el que caminaba para llegar a mi aula, justo hasta el final. Estaba en segundo semestre, de lunes a viernes por las mañanas, de lunes a viernes ella en la ventana, siempre sus cabello rojo rizado y alborotado, siempre sus anteojos enmarcando su mirada y siempre una hermosa sonrisa en su rostro. Pero nunca una de ellas fue para mí.

Nunca me atreví a saludarla, ¿cómo este Ícaro iba a acercarse al sol, estando lleno del temor de que su destino fuera caer en el mar con las alas deshechas y en picada? Su mirada me encandilaba. Cuando ella me descubría mirándola como enajenado, mi vista caía hasta el piso y mis pies perdían el paso, desconociendo la ruta de siempre por el pasillo. Mis rodillas temblaban, pero ella nunca se dio cuenta.

El brillo de sus ojos, tan negros como una noche sin luna y brillantes como el cielo estrellado, le daba un toque de tristeza y melancolía. Nunca la vi en grandes grupos de amigos, nunca exceso de algarabía ni carcajadas estruendosas, solo sonrisas y risas moderadas que iluminaban mi gris existencia a pesar de que nunca fueron mías. Su hermosa expresión melancólica se iluminaba con aquellas sonrisas. Por un instante Dios estaba en la tierra.

Cuando no estaba en clase la encontraba en la entrada del edificio, recargada contra el muro o sentada en el pasillo, como un ángel viendo el mundo girar. Algunas veces dos amigas, otras veces solo una. Imposible no voltear a verla a mi paso; su piel blanca, su cabello rojo y alborotado, y mi gris silueta fantasmal que ella no tomaba en cuenta al pasar.

La veía en el camión, en los pasillos, en su salón, sentada en las jardineras, en la biblioteca, caminando en la explanada... Mi angelical chica del cabello rojo alborotado y hermosa sonrisa, mi temor

convertido en un sueño que nunca se hizo realidad. El ángel de mis fantasías se aparecía por donde quiera que me llevaban mis infelices pasos. Para el tercer semestre ella ya sabía que en la escuela éramos vecinos. Mi silueta gris empezaba a materializarse, pero nunca me atreví a hablarle, mi solitaria y desdichada persona nunca cruzó la barrera de un “hola”; mi cobardía se conformaba solo con mirarla.

Yo sabía cuándo ella estaba triste, alegre, preocupada, eufórica o cansada, y compartía sus triunfos y penurias desde la distancia, mas nunca me atreví a acercarme a darle una palabra de aliento, a felicitarla o decirle “yo sé lo que te pasa y sufro junto contigo”. Esta figura inexistente y lejana la entendía mejor que sus amigas y que los muchachos que orbitaban a su alrededor. Mi miedo me decía que si alguna vez se lo hubiera dicho, me hubiera tachado de loco o tal vez pensaría que la acosaba.

Una mañana, la melancolía de sus ojos negros se desbordó y la invadió por completo. Varios días como alma en pena; yo sufría a lo lejos y en mi interior había una lucha encarnizada por acercarme a ella. Tal vez pudiera darle un poco de consuelo. Sin su sonrisa mi mundo se tornaba tan gris como yo. En la intemperie donde me encontraba sentado, el cielo con nubarrones y el viento anunciaban la tormenta. Mi corazón se agrietaba al verla ahogada en su pena, ahí sentada en la entrada del pasillo de los salones. Yo sabía muy bien que ella necesitaba aunque fuera un burdo trozo de madera al cual asirse para no terminar de hundirse después de su brutal naufragio.

Cerré los ojos y con toda la fuerza de mi miedo me decidí. Con los puños cerrados y el cuerpo temblando caminé hacia el edificio donde estaba mi hermosa chica triste de cabellos rojos. La vi caminando por el pasillo hacia afuera y con el temor haciéndome flaquear me encontré frente a ella a la salida; nuestros pasos se cruzaron y mi mirada se posó en sus ojos negros desbordados en pena. El peso del miedo y las toneladas de mi cobardía llevaron mi mirada hasta el piso y después hacia un lado. Sentí que pasó a junto a mí. Odiándome por mi estúpida inseguridad, me di la vuelta para ver su cabello rojo y alborotado meciéndose con sus pasos, alejándose y perdiéndose a la distancia, bajo el cielo nublado.

Después de ese día, nunca más volví a verla, nunca regresó a la escuela a alegrar el miedo de este desdichado. Y yo todavía, todas las mañanas muy temprano, camino por el pasillo y miro su pu-

pitre; a veces con amargura lo encuentro vacío y en otras sonrío al imaginar que veo ahí sentada a mi hermosa chica triste, de ojos color negro melancólico, sonrisa angelical y cabello rojo rizado y alborotado.

A la chica de cabello rojo y alborotado que vi a lo lejos, mientras yo estaba hundido en un asiento y ella caminaba por el pasillo buscando un lugar en el camión de la ruta Bobadilla-Ixtapa que aquel día nublado del mes de marzo del año 2015 me llevaba al Centro Universitario de la Costa en Puerto Vallarta. Sé que nunca más volveré a verla.

ACERCA DEL AUTOR

Eder Barajas (Santiago Ixcuintla, Nayarit, junio de 1982) es Ingeniero en Electrónica egresado de la Universidad Autónoma de Nayarit y al momento de la revisión para la publicación de este material, estudiante del último semestre de Ingeniería en Telemática en el Centro Universitario de la Costa de la Universidad de Guadalajara en Puerto Vallarta.

En su adolescencia fue prestador de servicio social-educativo en comunidades rurales indígenas marginadas del estado de Nayarit, dentro del programa Jardín Comunitario del Consejo Nacional de Fomento Educativo. Entre las colecciones de libros de las pequeñas bibliotecas de las escuelas en las que atendía niños indígenas fue donde tuvo sus primeros acercamientos a la obra de los grandes cuentistas y novelistas Mexicanos y de Latinoamérica, como Juan Rulfo, Francisco González Rojas, Arturo Souto, Edmundo Valadez, José Revueltas, Gabriel García Márquez, Horacio Quiroga, entre otros.

Los campos de tabaco que en su niñez y adolescencia recorrió en su pueblo Paredones, ubicado en el municipio de Santiago Ixcuintla, que en su época de bonanza económica debida al cultivo de tabaco fue conocido como la Costa de Oro, dan origen al imaginario en el que algunas de sus historias se mezclan entre el recuerdo, las anécdotas y las fantasías de la infancia.

Como estudiante del Centro Universitario de la Costa, combina el gusto por la tecnología y la literatura; asesora estudiantes en sus proyectos de electrónica y robótica, y edita la gaceta tipo fanzine “Piensa, libre”, un proyecto literario y cultural independiente, producido, escrito e ilustrado por estudiantes.

Relatos de Paredones y de un lugar cualquiera
se terminó de imprimir en julio de 2016
en los talleres de Ediciones de la Noche.
Madero 687, col. Centro
Guadalajara, Jalisco.
El tiraje fue de 400 ejemplares.

www.edicionesdelanoche.com

RELATOS de

PAREDONES

y de un lugar cualquiera

Los relatos que conjuntan este libro son como salidos de un tubo de ensayo en algún laboratorio de genética literaria que constituyen un ente híbrido, mezclado e incalificable que fusiona elementos del cuento con la crónica, el testimonio y la poesía urbana. Dibujando un vitral por el que se reflejan el humor, la ironía, la frustración, el desamor y el olvido, se levantan como el disparo de gracia contra el impersonal y ajeno muro del paredón mental que se agiganta en una sociedad que reclama el rescate urgente del intelecto aniquilado. El autor de estos digeribles, disfrutables y seductores cuentos juega con un lenguaje colmado de códigos lingüísticos que establecen un puente comunicativo con los lectores potenciales de esta ópera prima llamada *Relatos de paredones y de un lugar cualquiera*.



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
CENTRO UNIVERSITARIO DE LA COSTA

ISBN: 978-607-742-573-1



9 786077 425731